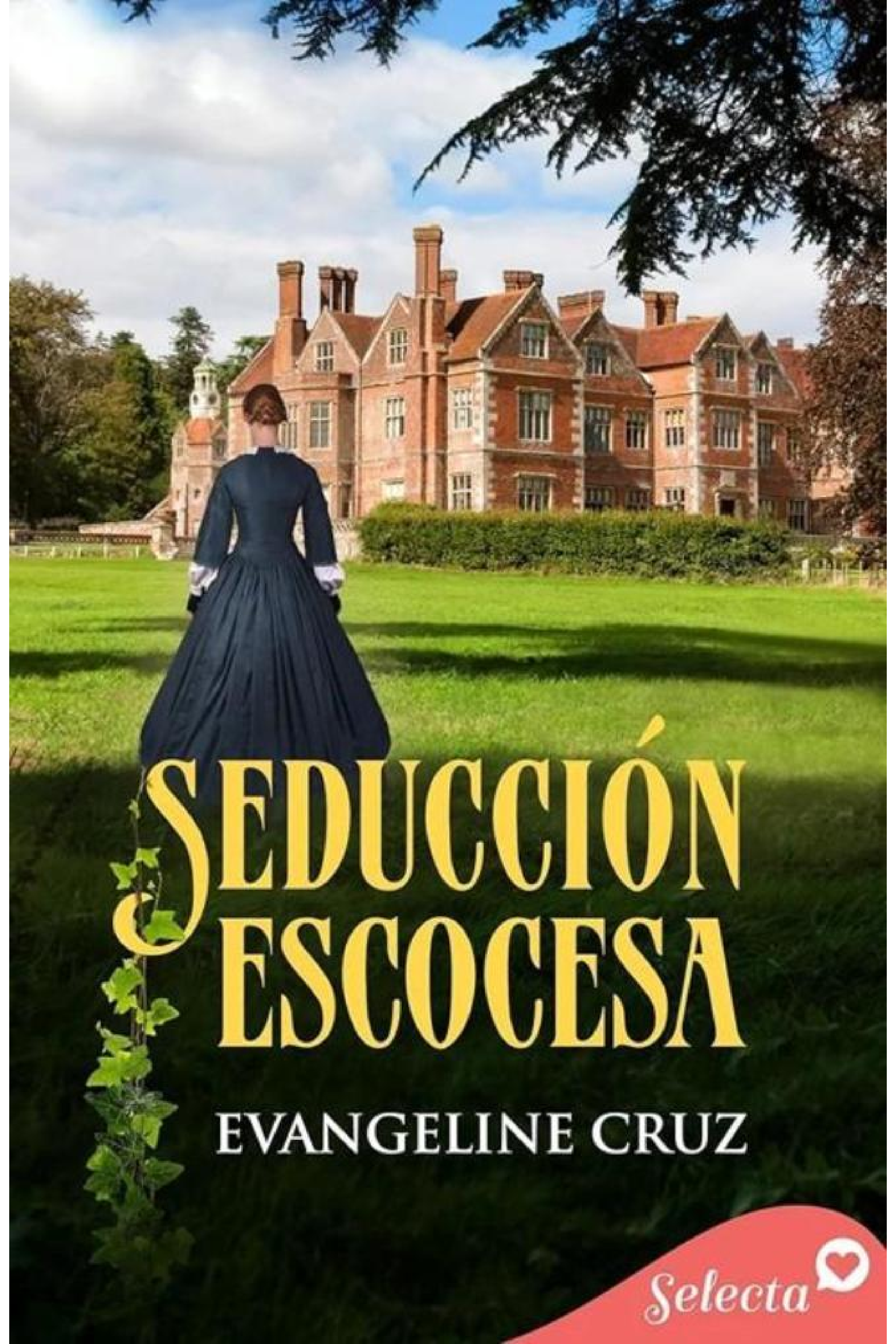

SEDUCCIÓN
ESCOCESA
EVANGELINE CRUZ
Selecta

Seducción escocesa

Evangeline Cruz

Selecta

Capítulo 1

La escasa luz, los gritos, carcajadas, el hediondo olor y la mala bebida que le perforaba el estómago lo aturdían, pero no conseguían hacerle olvidar el mensaje que había encontrado al llegar a casa por la mañana.

Acodado en la barra del tugurio donde llevaba varias horas bebiendo, pensó que «casa» era un término demasiado generoso para llamar al lugar donde vivía, aunque le era suficiente para las pocas semanas al año que pasaba allí. Suponía que alguna vez regresaría a lo que un día fue su hogar, del que se había alejado hacía ocho años, pero no así. No de esta forma. Su llegada tenía que haber sido un motivo de alegría, no de tristeza.

Mientras se consumía en pensamientos lúgubres, alguien lo empujó al pasar y derramó la bebida que le quedaba en el vaso. Aquello fue el detonante que necesitaba. Se volvió y golpeó al tipo con el puño.

Inmediatamente, un coro de parroquianos de aquella lóbrega taberna respondió a la ofensa del oscuro y altanero escocés y se enzarzaron en una lucha desigual en la que el hombre alto y de constitución atlética tuvo las de perder.

Medio inconsciente, lo arrojaron a la calle sobre un charco de aguas pestilentes.

El sol en su punto más alto pegaba con fuerza en aquellas horas del día en las islas antillanas. Una mujer negra con un canasto sobre la cabeza y un vestido de brillantes colores casi tropezó con él. Un individuo con sotana aceleró el paso al verlo. Poco después, un vagabundo, que buscaba refugiarse del calor del mediodía, le dio un puntapié creyéndolo muerto. Un gemido apenas audible salió de su garganta y el mendigo aprovechó su inconsciencia para registrarle los bolsillos y sacar lo que contenían: un reloj, una navaja, monedas y una carta. Se quedó con todo menos con la carta, que tiró a un lado de la calle. Antes de marcharse volvió a patear al hombre, quien en esa ocasión se quejó y abrió los ojos, por lo que el ladrón puso tierra de por medio, rápidamente.

El escocés se incorporó despacio, dolorido. Se sacudió el polvo de las mangas del traje y el agua de los pantalones y, a punto de marcharse, descubrió la carta tirada, que había leído aquella mañana, enviada por el abogado de la familia, y en la que le decía que su hermano Graham había fallecido tras una rápida enfermedad y que debía volver a casa para ocupar su puesto y hacerse cargo de las tierras. Estaba fechada el 22 de febrero de 1855, hacía tres meses.

***

Ivy resopló una vez más, como hacía cada vez que le encomendaban una tarea engorrosa y que debía hacer por obligación. Era algo que no podía evitar y de lo que se percataba al ver los gestos de los que estaban a su alrededor.

Y allí estaban las caras, lo había vuelto a hacer sin darse cuenta. La señora de rictus serio, que la miraba con ojos severos y una ceja portentosamente levantada, sin duda fruto de la mucha práctica; y el señor del maletín, quien aguantaba la risa y la miraba de soslayo; con

ellos compartía carruaje. Su madre le había dicho una y mil veces que evitara resoplar y bufar como una mula tozuda en público, y trataba de contenerse... cuando era consciente de ello. Sin embargo, cuando los pensamientos le llegaban de repente y la tomaban de improviso, cualquiera podía darse cuenta, con solo mirarla a la cara, de las emociones que le provocaba cada uno.

Sus hermanas decían que era como un libro abierto; su cara transmitía claramente lo que pensaba, por eso la quitaban de en medio en cuanto se enteraban de que la tía Henrietta iba a hacerles una visita y con ella traía, por supuesto, todas sus opiniones sobre Ivy, nunca las dejaba en casa.

Al parecer, de los seis hijos e hijas de su hermano, el reverendo metodista Jacob Archer, la única digna de las más duras críticas era la más pequeña de sus hijas: Ivy Archer. «Claro que llamándose Ivy, "hiedra", ¿qué se podía esperar de ella?», proclamaba Henrietta a los cuatro vientos, criticando el poco acierto de su hermano al dar nombre a su tercera hija. No tenía nada en contra de la manía del reverendo de bautizar a sus hijas con nombres de plantas, era reconocido por su pericia como jardinero, y el nombre de Rose para la primera le gustó.

Rose se convirtió en su sobrina predilecta y no tenía reparo en confesarlo. Cuando Jacob bautizó a la segunda con el nombre de Myrtle, «arbusto», le pareció una extravagancia, aunque aceptable. Sin embargo, un otoño, al llegar de un viaje a la costa, donde había estado descansando y frecuentando balnearios, se había encontrado a su cuñada amamantando a un nuevo bebé, el quinto de los hijos y la tercera de las hembras, una niña fea, llorona e inquieta a la que llamaron Ivy.

«Ivy», pensó, el nombre de una planta fea y trepadora, que incluso podía llegar a ser venenosa. Esto le pareció el peor de los augurios, un error, un estigma para la familia; y desde entonces, cada vez que iba a visitarlos, se cebaba sobre la pobre criatura a la que examinaba atentamente en busca de detalles que corroboraran su opinión. Tras mucho escrutinio, Henrietta comprobó, para su completa satisfacción, que aquella niña no entraba dentro de lo que ella consideraba «normalidad».

Una normalidad que, traducido del lenguaje de tía Henrietta al del común de los mortales, significaba quedarse tan quieta como un mueble en su presencia, que no se pudiera detectar que estaba allí. Y eso a la pobre criatura le fue imposible desde niña.

Ivy no nació para ser un adorno. Ella era una niña vivaz, alegre, curiosa, a la que las palabras se le reflejaban en la cara si la obligaban a permanecer callada. Todo le interesaba, todo lo preguntaba, tenía una curiosidad y un don de palabra infinitos.

Afortunadamente, disponía de cuatro hermanos mayores a los que acudía para no cansar a sus padres con sus historias. Aunque el pastor Jacob Archer les daba clases por igual a sus hijas e hijos, pronto descubrió que ya no tenía nada que enseñar a Ivy y que ella debería seguir sus estudios aparte. Sorprendentemente, Henrietta se ofreció a pagarle un internado durante dos años, elegido por ella, por supuesto; un lugar que le habían recomendado para jovencitas díscolas y rebeldes. Ella domaría el carácter de aquella niña consentida, se dijo.

Ivy no era en absoluto una niña caprichosa o consentida, imposible en una casa con tantos hijos, pero aceptó de buen grado la posibilidad de ampliar sus estudios, aun sabiendo que echaría mucho de menos a su familia. Y aunque el internado le supuso un esfuerzo de control y disciplina, supo ganarse la amistad de sus compañeras y disfrutar en los ratos libres de la inmensa biblioteca y de agradables paseos por la campiña cercana.

La joven se marchó al internado siendo una larguirucha y flaca jovencita, para regresar convertida en una saludable y hermosa muchacha, de carácter, aparentemente, más reposado, reflexivo y tranquilo.

Aquello supuso un triunfo para tía Henrietta, quien lo contaba todas y cada una de las veces que visitaba la casa de su hermano. A la quinta o sexta vez se escuchó un resoplido, que fue disimulado por un coro de toses y estornudos. Los hermanos decidieron, entonces, que sería una buena idea que Ivy tuviera importantísimas cosas que hacer cuando la tía fuera de visita. No estaban dispuestos a perder el favor de ella, ni su sustanciosa herencia, si esta se sentía agraviada y se daba cuenta de que el internado, en el fondo, no había domesticado demasiado a «la fierecilla», que era como llamaba a su sobrina.

Fue a resoplar otra vez... y se contuvo. Pronto llegaría a la mansión de su tía Winifred, hermana de su madre, y pasaría unos días con sus primas Margaret y Emily.

Si por parte de padre su único pariente cercano era la tía Henrietta, soltera, por parte de madre tenía varios tíos y tías casados repartidos por todo el país y con un buen número de hijos cada uno.

La que vivía más cerca era la mayor de las hermanas de su madre, Winifred, viuda de un destacado militar que residía en una acomodada casa de campo con sus dos hijas en edad casadera. La más pequeña tenía pocos años más que ella y se habían empezado a relacionar tardíamente, tras regresar Ivy del internado. Antes de esto apenas las había visto. Al parecer, las hijas de Winifred y el militar eran dos tímidas muchachas, de nula conversación y escasas habilidades sociales. Los preceptores más caros no habían conseguido que se abrieran al mundo. Ellas constituían un núcleo sólido, un mundo aparte al que Ivy nunca había tenido acceso, a pesar de que las visitas se habían ido repitiendo. La hija pequeña de los Archer le había caído en gracia a Emily, por su forma de ser alegre y dicharachera. Su conversación y las noticias y hechos de su vida en el ajetreado, caótico y efervescente Londres de mediados del siglo XIX la habían deslumbrado.

A su reclamo, Ivy las visitaba puntualmente cada verano y permanecía unas semanas con ellas. Antes de septiembre regresaba de nuevo a Londres con la misión de entretenerlas cumplida, para satisfacción de su madre, que no quería que su hermana más cercana se molestara si Ivy no iba a visitarlas como representante de la familia. Bien podía haber mandado a alguna de sus hermanas, pero... ay, la elitista Winifred no creía que nadie estuviera a la altura de sus hijas, quizá una duquesa o una condesa, pero en ningún caso Ivy, y aún menos sus hermanas, que no habían ido a un internado y no habían aprendido los modales más elementales para interactuar dignamente con ellas y sus distinguidas amistades.

Ni qué decir que Jacob Archer había educado de forma exquisita a todos sus hijos, pero Winifred nunca se interesó en comprobarlo. Al fin y al cabo, la única razón por la que invitaba a Ivy era por el capricho de su hija pequeña, del que, estaba segura, acabaría aburriéndose.

Para Emily, la pequeña de sus primas, la que la reclamaba, era como un soplo de aire fresco, una novedad en su tediosa y monótona vida. Admiraba la alegría de Ivy, su simpatía, la facilidad con la que entablaba una interesante conversación. Ella, al igual que su hermana, había sido educada para mantener las conversaciones que se le exigían a una delicada dama, lo cual las limitaba mucho. La lectura, más allá de la Biblia y del Manual de cortesía y etiqueta para damas, de Florence Hartley, estaba absolutamente prohibida en aquella casa. Costura, visitas cuidadosamente escogidas y ver pasar el tiempo mirando el paisaje desde la ventana eran las actividades apropiadas para sus hijas, según la férrea disciplina de Winifred Barrow. Y esas

actividades solo se distendían un poco cuando llegaba Ivy. De ahí que todas la esperaran con emoción, pero con espíritu crítico. ¿Qué locuras se dirían en la capital y habría adoptado Ivy? Ellas le corregirían cualquier comportamiento extraño que detectaran.

Y cuando Ivy pensaba en las semanas que pasaría en casa de su tía y sus primas bajo la estricta supervisión de tres pares de ojos y oídos, no podía evitar resoplar… cada vez más fuerte, conforme el carruaje la acercaba.

Capítulo 2

Llevaba una semana en Inglaterra después de un infernal viaje a bordo de un barco inmundo que lo sacó borracho de las Antillas y en el que fue vomitando a partes iguales una espantosa resaca, el mareo que le producía el constante vaivén de un cascarón de madera luchando contra el mar embravecido y sus propios remordimientos. Durante muchos momentos creyó que no lo conseguiría y que el linaje Kendrick desaparecería engullido por las olas del Atlántico. Finalmente arribó, destrozado, a Inglaterra; y tras alquilar una habitación en un hotel londinense, tomar un buen baño de agua hirviendo, cortarse el pelo, recortarse decentemente la barba y comprarse un traje elegante, se presentó en el despacho Bereford & Cía., el recomendado por su abogado en Escocia para tratar sus asuntos más importantes, incluyendo la herencia.

Allí lo pusieron al día de las catastróficas finanzas de la familia, de las que desconocía absolutamente todo desde su huida hacía ocho años. Durante aquel tiempo en el que no estuvo en Escocia, falleció su padre, nació su sobrina y murió su hermano, el lord o laird, como decían los escoceses de la comarca de Rothesay.

Si su hermano hubiera tenido algún hijo varón probablemente no hubiera vuelto y se hubiera limitado a seguir vagando por América. Pero su esposa solo le había dado una hija y Graham había dejado desamparada a las dos, a la niña que tendría unos seis años, según le escribió en una de sus cartas, y a… la viuda.

El letrado de Bereford & Cía. le leyó una carta del señor James Clarence, el abogado de su padre, tan anciano que desplazarse hasta

Londres le resultaba imposible, y de Eunice, su gobernanta y la mujer que lo crio como una madre desde pequeño. En ella la mujer lo ponía en antecedentes sobre lo ocurrido a su hermano Graham y le pedía que fuera a visitar a su pequeña sobrina Lily, que se encontraba en un internado desde hacía más de un año y de la que nadie podía decir cómo estaba, ya que su madre no la había ido a buscar para el entierro de Graham y desapareció después.

Muy en su estilo, pensó iracundo, típico de Victoria Sinclair, la viuda, delegar sus responsabilidades para tener la libertad de hacer en todo momento lo que le diera la gana.

Cuando visitó el colegio donde su sobrina residía, se encontró con un lugar en absoluto apropiado para una niña pequeña. Las salas húmedas de alfombras gastadas y suelos que crujían no le dieron buena impresión; y tras charlar con la directora, que le pareció una mujer despótica e inflexible, decidió hablar con su sobrina. La palidez y delgadez de aquella niña, que lo miraba con ojos desorbitados, y su terror hacia la figura de la institutriz lo resolvieron inmediatamente a sacarla de allí.

¿Quién había decidido que aquel era un lugar apropiado para que una niña viviera?

Aunque Lily jamás había visto a su tío, lo reconoció de inmediato en el parecido físico con su padre. Los dos eran altos, de hombros anchos y constitución atlética. En su rostro destacaban los ojos azules, orlados de pestañas, y una sonrisa perfecta de dientes blancos; y aunque Arthur Kendrick, a diferencia de su hermano Graham, lucía bigote y barba castaños, Lily advirtió los rasgos similares y sintió el calor de la mirada afectuosa de su desconocido tío.

Durante todo el viaje hasta Escocia, donde Eunice, la gobernanta, los esperaba en la mansión familiar de Rothesay, Arthur tuvo la oportunidad de conocer el carácter cariñoso y dócil de su sobrina, y encontró en la pequeña los ojos de su hermano, su color de pelo y el hoyuelo de la barbilla. De su progenitora vislumbró la nariz respingona y la boca de labios perfectos. Iba a ser una mujer hermosa. Como su madre.

Evitó aquellos pensamientos que muchos años después aún lo mortificaban. Pasó con ella algunos días; y cuando se vio obligado a partir de nuevo hacia Londres, le prometió a Eunice y a la pequeña que regresaría tan pronto terminara de resolver algunos problemas

relativos a las tierras. Tenía que regresar a la ciudad y después vería a un conocido en Arlington Row, un pueblo situado en los Cotswolds, a setenta y cinco millas al norte de la capital.

***

Afortunadamente para Ivy, era en la época en la que visitaba a sus primas cuando ellas decidían frecuentar a sus vecinos y escasas amistades, ya que la joven les proporcionaba información sobre los últimos acontecimientos en la capital, las nuevas modas, lo que se cocía en los salones más aristocráticos de Londres y era de dominio público —bodas, compromisos...—, incluso la alocada construcción de un ferrocarril subterráneo que atravesaba la ciudad por debajo de los cimientos, como si de un topo se tratara.

Todo aquello era comentado, analizado, triturado y censurado sin piedad por las dos hermanas y su madre, y revelado en las reuniones sociales. Ya se cuidaba mucho Ivy de lo que decía y, tristemente, las anécdotas familiares que a ella le hubiera gustado compartir debían mantenerse a salvo para no ser desmenuzadas y criticadas, como todo lo que llegaba a los oídos de Winifred y sus hijas.

Llevaba varios días allí y los había sobrellevado bastante bien, especialmente la primera tarde en la que, invariablemente, se ofrecían a ayudarla a deshacer su baúl e indicarle lo insuficiente e inapropiado de su vestuario. Ese año, Ivy llevaba una pequeña colección de vestidos en los que había invertido buena parte del dinero ganado como maestra por horas en varias casas pudientes. Su titulación en el internado le había abierto un interesante camino para ser independiente económicamente y aliviar una renta familiar bastante exigua. Además, su hermana Rose le había prestado un precioso chal blanco y algunas cintas de seda para el cabello, regalos de tía Henrietta, aunque le había advertido con insistencia que cuidara de todos los préstamos, en especial del preciado pañuelo.

Aunque el vestuario de Ivy no se podía en modo alguno comparar al de sus primas, ella se sentía muy orgullosa de haberlo conseguido por sus propios medios.

Tenía un solo vestido de fiesta de un bonito color crema.

Seguramente lo repetiría más de una vez, pero eso no le importaba demasiado.

Lo más interesante de su vida ahora era la perspectiva de trabajar en septiembre en una escuela en el condado de Mowbray. Sentía una satisfacción especial por ser independiente, por no precisar de un matrimonio para poder vivir, no tenía intención alguna en buscar un marido que la mantuviera. Si alguna vez se casaba, algo en lo que no había pensado demasiado, lo haría por amor, como sus padres lo hicieron, y no por interés.

Sus primas coincidían en la opinión de que tampoco se casarían con cualquiera, pero no en el sentido de que tendrían que estar enamoradas para hacerlo. Eso era interesante, pero en absoluto necesario para ellas. Si alguien les propusiese matrimonio tendría que ser de su misma y distinguida posición social cuando menos. El amor sería algo que llegaría… o no. Era de sobra conocido que los intereses comunes eran lo que sustentaba el buen desarrollo de una empresa o negocio.

¿Y qué era el matrimonio sino un negocio pactado entre dos familias? El hombre mantenía la economía, la mujer se encargaba de dirigir el hogar; y, según se rumoreaba, entre los dos, por métodos que no venían al caso y que sucedían tras puertas cerradas, concebían un hijo que la esposa luego se encargaba de traer al mundo. Esa era la aséptica opinión de Margaret y Emily sobre el matrimonio. Una opinión compartida por su regia madre, por supuesto.

Margaret, la mayor, se había resignado a sus veintiocho años a ser una solterona. Solo una vez había recibido una propuesta de matrimonio y vino de parte de un modesto abogado que trabajó en el cercano pueblo de Chipping Campden durante un tiempo. Aunque era un hombre honesto y trabajador, de agradables facciones y educado trato, que la miraba con ojos tiernos, Margaret, ofendida, rechazó su propuesta al pensar en lo poco que le ofrecía aquel letrado; sería simplemente la mujer de un abogado del Estado que recorría los pueblos de la comarca sin mayores ambiciones que su exiguo sueldo mensual y una casa de alquiler, y quizá no pudiera permitirse más que una criada. Su negativa fue tan contundente que el hombre nunca volvió a poner un pie en sus tierras. Al poco oyó que se había casado y vivía en un pueblo cercano. Los años pasaron y supo que había tenido dos hijos. Ella seguía recordándolo muy a menudo, convencida de lo inspirada que había estado al rechazarlo. Menos mal, se decía, que mantuvo la cabeza fría. Y concluía con un melancólico suspiro.

Para la hermana pequeña, Emily, de veintitrés años, cuatro más que Ivy, los estándares para aceptar una proposición matrimonial eran

exactamente los mismos que los de su hermana, con el añadido de que el susodicho tendría que ser, en la medida de lo posible, atractivo.

Aunque Emily era la más exigente de las dos hermanas, Ivy estaba convencida de que tarde o temprano acabaría casándose, aunque tuviese que bajar en mucho esa sarta de tontas exigencias, porque Emily tenía lo que Ivy llamaba… «la curiosidad por las puertas cerradas».

El primer verano que pasaron juntas, Ivy tenía quince años y la menor de sus primas, diecinueve. Tras semanas compartiendo charlas, Emily, quien hasta entonces no había tenido secretos para con su hermana, rompió la regla y comenzó entre ella e Ivy una serie de misteriosas y prohibidas conversaciones que mantenían en el más estricto secretismo. Las consecuencias de que sus confidencias se supieran y llegaran a oídos de su hermana o de su progenitora, y de ahí a los del padre de Ivy, el reverendo Archer, podían llegar a tener tintes apocalípticos.

Y es que Emily tenía un especial interés en conocer qué ocurría tras la puerta cerrada.

La primera vez que Ivy oyó aquello, a sus quince años, no tuvo la más remota idea de a qué se refería su prima. Cuando esta le explicó que algo misterioso y excitante sucedía tras la puerta la primera noche de matrimonio y al parecer también las posteriores, Ivy confesó su nula idea de aquel extraordinario secreto que todas las mujeres casadas ocultaban. Emily le hizo prometer que ambas investigarían y se contarían los descubrimientos, y así había sido a lo largo de sucesivos veranos.

Para Ivy, recabar información sobre tan peliagudo tema era una misión casi imposible. Interrogar a su madre ni se le ocurría. Tenía la suficiente confianza con sus hermanas para poderles preguntar, pero dado que ellas no estaban casadas, no sabía qué podrían contarle.

Cuando, finalmente, se atrevió a consultarles a cada una por separado, Rose la miró asustada y le dijo que era aún muy niña para semejante conversación. Su gesto severo le impidió seguir cuestionándola.

Confió, entonces, en la sabiduría de Myrtle, pero en cuanto esta la oyó preguntar por la misteriosa puerta cerrada de la noche de bodas, su cara enrojeció como una amapola y se echó a reír sin parar durante un buen rato. Ivy la estuvo esperando con el ceño fruncido,

pacientemente, hasta que acabara su ataque de risa; y cuando por fin Myrtle se serenó, le dijo a su hermana pequeña que hiciera el favor de contarle todo lo que averiguara sobre tan enigmático tema, pues ella misma estaba muy interesada en conocer sobre el asunto.

Su prima Emily, en cambio, encontraba una fuente inagotable de información en el espionaje a sus sirvientes. Se había dado cuenta, por casualidad, del tonteo entre una de las doncellas y el lechero. Como el chico llegaba siempre a la misma hora, no tenía más que desaparecer, en ese momento, de las miradas de su madre o de su hermana con cualquier excusa, esconderse en la despensa del patio y observar con ojos desorbitados cómo el muchacho aprisionaba a la sirvienta contra la pared, la besuqueaba, la manoseaba de arriba abajo —con especial interés en la zona de los pechos y el trasero— y le levantaba las faldas para meter las manos por debajo mientras la criada se retorcía entre risas, quejas y grititos.

Emily se lo contaba a su prima a su llegada, en cuanto conseguían encontrarse a solas, y no llegaban a una conclusión. ¿Le gustaba o no a la sirvienta? Si le gustaba, ¿por qué se quejaba y emitía pequeños chillidos? Si no le gustaba, ¿por qué lo esperaba impaciente asomada a la puerta hasta que llegaba? ¿Y quién les aseguraba que aquello tenía algo que ver con lo que sucedía entre un hombre y una mujer tras la puerta cerrada?

Un mundo misterioso se ocultaba para ellas.

Capítulo 3

Las finanzas de la casa Kendrick eran un desastre.

Un desastre que había comenzado mucho antes de la enfermedad de Graham. Gastos desorbitados, lujosos viajes, inversiones ruinosas, la compra de dos inmuebles en Londres que luego se habían malvendido para sufragar préstamos... Unos derroches inusuales e incorrectas inversiones en épocas de malas cosechas habían llevado a la saneada hacienda Kendrick a la bancarrota. Arthur Kendrick, el heredero al señorío de las tierras, pensó en los años de duro trabajo que le quedaban por delante para restituir los préstamos y volver a sanear sus finanzas, y se preguntó si no le valdría más bien regresar a las tabernas de Jamaica y olvidarse de todo trasegando un vaso de ron

tras otro. Si no le sentase tan mal navegar, quizá podría hacerse pirata para intentar conseguir un buen botín que remediara sus males económicos, ironizó.

Sin embargo, y pese a que ganas no le faltaban, no volvería a huir de sus responsabilidades. No dejaría abandonada a su sobrina a su suerte. En las Antillas tenía algunas tierras y un pequeño capital fruto del trabajo de los años pasados allí, que utilizaría como inversión inicial, y hablaría con los bancos y los arrendatarios de sus tierras en Rothesay para negociar los pagos en los meses venideros. Viajaría hasta Arlington Row, donde se encontraba pasando el verano un buen amigo de la familia, y le pediría ayuda y consejo.

No entendía cómo Graham, que había sido un magnífico terrateniente y gestor, había podido hundir así su legado.

La debacle no había comenzado junto con la enfermedad, aquello hubiera podido entenderlo, sino muchos años antes.

***

Los caballos trotaban animosos por la verde campiña, tirando de un faetón donde viajaban las hermanas Margaret y Emily Barrow y su prima Ivy Archer. Las jóvenes se encontraban enfrascadas en una animada conversación y excitadas ante su próxima visita a la casa Muir. Los Muir tenían dos hijos, Sophie y Mathew.

Sophie era una jovencita pálida y enfermiza apenas un año menor que Ivy, con la que esta había entablado una extraordinaria amistad que mantenían, cuando la joven regresaba a Londres, a través de un incesante intercambio de cartas. A Ivy la animaba el reencuentro con su amiga; a sus primas, la oportunidad de ver al hermano mayor de Sophie, quien rara vez hacía acto de presencia por Arlington Row y que, además, según les habían contado, había llevado a varios de sus amigos solteros. La emoción se palpaba en el ambiente.

Tomaron el té en una de las terrazas situadas en los jardines de la casa Muir. El reencuentro entre las dos amigas fue emocionante y todas se sentaron para ver cómo los muchachos, en una agradable pradera situada tras el jardín, competían con sus caballos por ver quién era el más veloz. Algo más tarde, los jóvenes, aburridos de sus juegos, se acercaron a las damas y, después de las debidas presentaciones, se unieron a ellas para tomar el té.

—¡Qué tarde tan extraordinaria! —recordaba Emily en cuanto

regresaron a la casa y se reunieron con su madre en el saloncito de costura. Sentadas cada una frente a la labor asignada para aquel verano —bordados de flores sobre servilletas blancas que completarían el mantel del que se encargaba la señora Winifred—, las hermanas le fueron relatando a la madre los acontecimientos de la visita.

—¡Qué joven tan distinguido es ese Mathew Muir, madre! ¡Y sus amigos, por supuesto! —concluía Margaret, soñadora.

—Supongo que os habréis comportado como se espera de vosotras delante de ese ramillete de jóvenes en edad casadera...

—Por supuesto, madre —contestó Emily rápidamente, mientras miraba de reojo a Ivy. Una mirada que a Winifred no se le pasó por alto.

—¿Tienes algo que contarnos, Ivy? —inquirió la señora Barrow—. Has estado extrañamente callada.

La joven, quien no se esperaba ser incluida en la conversación y, por tanto, llevaba desde hacía rato un hilo de pensamientos diferente al que allí se exponía, carraspeó para hacer tiempo y acertó a decir:

—He visto a Sophie algo mejor que el año pasado, ¿no os parece?

Las hermanas se miraron y las dos a la vez contestaron atropelladamente que no lo habían notado, aunque ellas la visitaban con más asiduidad, y si había habido algún cambio sería insignificante en tan corto intervalo de tiempo. En realidad, acudían a verla muy de tarde en tarde. Visitar a una enferma no tenía nada de emocionante y tampoco sabían de qué hablar más allá del consabido intercambio de recomendaciones médicas.

Sin embargo, la visita de de ese día sí les había resultado mucho más fascinante a las hermanas.

—Bueno, lo cierto es que hay un joven que ha parecido muy interesado en nuestra Ivy —aclaró Emily—.

No paraba de preguntarte cosas —añadió con una sonrisilla que ocultaba una envidia malsana por no haber sido ella la que despertara la atención de tan distinguido caballero.

—Oh, te refieres al señor Gunn... Lo cierto es que creía conocer a

mi padre y le daba explicaciones sobre…

—No tiene sentido que conozca a tu padre —la cortó Margaret—. El señor Gunn nunca frecuentaría los ambientes en los que se mueve el reverendo.

Aquella afirmación le dolió. Su padre era un pastor de la iglesia metodista que trabajaba al servicio de los más pobres y necesitados. Tenía una pequeña parroquia al sur de Londres, que era la que le permitía vivir dignamente, aunque con estrecheces, y dedicaba su tiempo libre a predicar y ayudar a los obreros y a las familias que vivían en las zonas más pobres y abandonadas de la capital, cerca de las fábricas. Su hermana Rose le echaba una mano a su padre muy a menudo. No era un mundo que frecuentase ninguno de los que habían tomado el té con los Muir, pero era muy valioso y digno. Ivy sintió el menosprecio en las palabras de Margaret.

—Pues quizá debería conocerlos —se defendió Ivy—, les debemos mucho a los hombres que se afanan diariamente y trabajan con sus manos para…

—La próxima vez iré yo con vosotras —la cortó su tía Winifred—. No me pareció buena idea que os invitaran precisamente cuando no se encontraban los padres en la casa. Una reunión solo de gente joven, ¿dónde vamos a llegar?

Días más tarde, todas recibieron una invitación para cenar junto a los Muir, sus hijos y unos amigos. La mayoría de los invitados eran conocidos, y Sophie se encargó de hacer las pertinentes presentaciones entre los desconocidos y las Barrow y su prima Ivy.

Uno de los extraños, un caballero alto, de piel bronceada, cabello ligeramente más largo de lo habitual y barba, les llamó la atención por lo sombrío de su rostro y su mirada altiva. Permaneció en silencio durante la cena, sentado entre Sophie y otra dama invitada, sumido en sus propios pensamientos y dirigiendo de vez en cuando miradas insolentes a los invitados.

Cuando acabaron de cenar, el desconsiderado caballero, al parecer un laird escocés llamado Arthur Kendrick, se dignó a charlar un rato con su amigo y anfitrión Henry Muir, el padre de Sophie. Cuando este tuvo que atender a otros invitados, Kendrick no tuvo ningún interés en integrarse en conversación alguna y permaneció apoyado sobre el dintel de la chimenea, observando al resto de los presentes.

Ivy entablaba conversación en ese momento con Christopher Gunn, quien, tal y como Emily había observado, mostraba un interés inusitado y exagerado por ella. A la joven, Gunn le estaba pareciendo algo superficial en su manera de proceder. Le preguntaba por sus gustos en cuanto a vestidos y otras banalidades, para acabar hablando sobre sí mismo y sus propiedades.

Le estaba resultando una conversación decepcionante y una auténtica pérdida de tiempo, pero no veía la manera de marcharse sin parecer maleducada.

Su prima fue en su rescate. Aludiendo a un recado de su madre, Emily consiguió tomarla del brazo y disculparla ante Gunn, y paseó con ella por la estancia hasta que este se sumó a otra conversación.

—¿Ves por qué te dije que estaba interesado en ti? —

le soltó con cierta brusquedad.

—¿Tal vez porque soy la única que lo soporta? —Rio Ivy.

—Vamos, no seas tan modesta, le has caído en gracia, no sé qué verá en el fondo... —concluyó con un hilo de voz—. Mira —señaló con la barbilla—, ahí tienes al lord escocés solo y aburrido, ¿por qué no hablas con él?

—Ah, no, ese hombre me impone. Tan alto, tan serio y con esa mirada tan... arrogante.

—Es cierto que da miedo, pero tú eres muy agradable, querida... —Mientras hablaban cada vez más bajo porque se iban acercando al lugar donde se encontraba el escocés, Emily, molesta con su prima por acaparar la atención de, a su parecer, el más codiciado de los caballeros de la sala, fue pergeñando un plan que no dudó en poner en práctica en cuanto llegaron hasta donde se encontraba lord Kendrick.

—Lord Kendrick. —Emily se detuvo justo delante del caballero cuando pasaba a su lado y lo interpeló con voz trémula—: Disculpe que lo molestemos, pero mi prima Ivy Archer quería saber si es posible que exista hiedra en Escocia.

Arthur Kendrick le dirigió una mirada altanera a Ivy, que no fue nada expresiva en comparación con la cara de sorpresa con la que esta miró a su prima. Notando una ligera taquicardia, Ivy se volvió para enfrentarse a la respuesta del lord. Un gesto de desdén se dibujaba en

el rostro del escocés al mirar a la joven. Muda por la sorpresa y la indignación, Ivy contempló cómo Emily balbuceaba una excusa y la dejaba allí plantada ante la expresión entre indignada e irónica del hombre.

—Así que hiedra en Escocia… —le dijo con una voz profunda y con un cierto toque sensual.

—Yo… —La pregunta le parecía una tontería, lo usual viniendo de Emily. «¡Tierra, trágame!», pensó indignada.

¿Cómo iba a resolver esa vergonzosa situación?—.

Bueno, claro que hay hiedra, por supuesto, el caso es que… mi prima y yo discutíamos acerca de ciertos nombres poco usuales, y yo… yo no tenía claro que hubiera muchas mujeres con mi nombre en su región —carraspeó ligeramente, no acababa de creer lo que había inventado, estaba tan intimidada por aquel hombre que no sabía si había sido capaz de improvisar una explicación con cierto sentido.

Arthur Kendrick bajó el tono de voz y, mirándola con intensidad, susurró su nombre como paladeándolo:

—Ivy… —La muchacha sintió arder sus mejillas al escucharlo pronunciar su nombre y en su cuerpo se despertó una extraña y desconocida inquietud. Las piernas se convirtieron en una gelatina que amenazaba con no sostenerla—. No conozco a ninguna Ivy en Escocia, ni en ningún otro lugar. Es un nombre bastante peculiar.

—Oh, pensaba que tal vez… habría conocido a alguna Ivy en Norteamérica. —En corrillos se había hablado de la fortuna del misterioso y arrogante lord Kendrick y su llegada a Inglaterra tras unos oscuros años en América.

El escocés frunció el ceño y su rostro se volvió sombrío.

—No he frecuentado mucho América del Norte, mis viajes se limitaban a Centroamérica y las islas.

A Ivy se le iluminaron los ojos. Viajar era algo que le encantaba, o más bien pensaba que le gustaría; visitar lugares nuevos, conocer gente, aprender de la cultura y la gastronomía de otras zonas era algo que no podía practicar tanto como le hubiera gustado. Solo había salido una vez de las islas para visitar a unos familiares en Normandía, y atesoraba esos recuerdos como oro en paño. Que el señor Kendrick

le contara sobre aquellas exóticas tierras en Centroamérica le despertó una curiosidad terrible.

—Debió ser una experiencia maravillosa y única, lord Kendrick, conocer parajes tan exóticos y lejanos. ¿Podría preguntarle qué es lo que más le impresionó de aquellos lugares?

Arthur no sentía ningún interés en hablar de su estancia en América. Debía tener algún recuerdo bueno de aquellos años, pero en ese momento su sola mención lo transportaba a una época de dolor, desengaño y huida.

—Señorita Ivy Archer, estoy seguro de que nada de lo que le cuente le va a interesar, no hay en mis vivencias el más mínimo atractivo en cuanto a vestidos, telas, zapatos o cualquiera de esos temas que las damas de buena cuna como usted consideran entretenidos y lo más importante de sus desocupadas vidas. No quiero que pierda usted su valioso tiempo en fruslerías —le espetó irónico.

Ivy no pudo evitar que sus ojos se abrieran como platos y un mohín indignado se dibujase en su rostro.

Aquel impertinente escocés acababa de llamarla «tonta», «desocupada», «insulsa»... ¿Cómo se atrevía?

—Señor Kendrick, lord, oh... ¿Cómo...? Yo... —Ivy intentaba encontrar las palabras adecuadas para responderle tal y como se merecía, pero la ofuscaba la indignación—. Sepa que yo no soy una dama... quiero decir... no soy una dama desocupada que no piensa más que en vestidos y zapatos, oh, no, señor... lord Kendrick.

Si me conociera sabría que mi trabajo como institutriz me obliga a prepararme sobre muchos ámbitos del conocimiento, entre ellos Historia y Geografía, y mi pregunta... —A Ivy se le quebró ligeramente la voz mientras traducía su enfado en palabras, que llegaban directas y claras al escocés. Tomó aire y continuó—: Mi pregunta tenía un interés sincero por saber de un lugar al que estoy segura, casi segura al menos, de que me será imposible viajar jamás. Yo... siento mucho haberlo molestado con lo que interpretó como una... fruslería, créame que no se volverá a repetir.

Y dicho esto, Ivy se volvió muy digna, dándole la espalda al escocés, que la contempló cruzar a toda velocidad la estancia en dirección a la salida, sin darle la oportunidad de réplica alguna.

Arthur Kendrick enseguida se arrepintió de su descortés respuesta

a aquella joven curiosa y atrevida que le había hecho una pregunta que él juzgó demasiado personal y que, al parecer, tenía un interés sincero.

Estaba seguro de que cualquier dama hubiera sonreído ante la mención de los vestidos y zapatos y le hubiera agradecido su interés por no aburrirla, pero al parecer Ivy Archer no era cualquier mujer. Con su aclaratoria y rápida explicación, le había dado la impresión de que era una muchacha con la que podría hablar de cualquier cosa, instruida y que acababa de darle una lección sobre modales. Decidió volver a recargar su copa, que permanecía vacía sobre el dintel de la chimenea desde hacía un buen rato. «Lo que faltaba, sentirme culpable por haber molestado a una insípida dama inglesa, aunque es interesante la forma en que se ha defendido, no es tan aburrida como las otras», pensó echando un vistazo a su alrededor. Y por primera vez desde hacía mucho tiempo, una ligera sonrisa asomó a su rostro.

Capítulo 4

Ivy esperó un buen rato en el hall de entrada hasta que sus primas decidieron regresar a casa. Estaba molesta, más que eso..., furiosa, y por nada del mundo hubiera vuelto a entrar donde corría el peligro de encontrarse de nuevo con el maleducado escocés. Era lógico que nadie se le acercara. En realidad, que las damas no se le acercaran, corrigió, pese al rumor de que poseía importantes propiedades y una gran fortuna repartidas entre Escocia y América, y de que fuera... bueno, tenía que reconocerlo, atractivo. Tenía que confesar que poseía unos bonitos ojos azules y, en conjunto, una cara agradable, aun con esas barbas. Pero su actitud era tan... esquiva, y su semblante tan serio e imponente que a su fama de soltero codiciado se le unía, también, la de carácter difícil, y ella acababa de comprobarlo. «¡Qué hombre tan insufrible!», sentenció.

Sophie apareció en el recibidor junto con las primas y la tía de Ivy. Había estado buscando a su amiga para despedirse. Estaba entusiasmada con la buena marcha de la reunión, pero se encontraba cansada e iba a retirarse. Prometieron verse al día siguiente, ya que Mathew había organizado juegos en el jardín y contaba con la presencia de todas ellas. En el camino de vuelta, Ivy pensó, mortificada, que tendría que volver a ver al escocés, aunque pensaba cuidarse mucho de dirigirle la palabra.

Los días siguientes pasaron volando entre arreglos de vestidos, peinados y complementos para disfrutar de las tardes en el jardín de los Muir. El clima fue benigno toda la semana, el sol resplandeció para los jóvenes casi todos los días, excepto el primero de la semana, pensó Ivy, en el que había visto a Arthur Kendrick enfrascado en una conversación con el señor Muir.

Aquella tarde, la joven conversó con todos los invitados; y en cuanto notaba la presencia del escocés cerca de ella, se alejaba tan con tanta rapidez de su lado que más bien parecía una huida. Afortunadamente, Gunn le hizo mucha compañía y actuó, sin saberlo, como parapeto entre Kendrick y ella. No sabía por qué, de repente, lo descubría mirándola interesado, con aquellos intensos ojos azules posados sobre ella y una sonrisa satisfecha en sus labios. Le producía sensaciones encontradas. Por un lado, tenía que reconocer, por extraño que pareciera, que le gustaba que él la contemplara con aquella mirada incitante que la hacía acalorarse

Gunn. En cuanto llegaba, la reclamaba si el juego era por parejas, se sentaba junto a ella a la hora del té y estaba muy pendiente de todas y cada una de sus palabras cuando se encontraban juntos. A Ivy le agradó descubrir que Gunn se empezaba a preocupar por oír otras opiniones aparte de las suyas, aunque en el fondo, escucharlas no le supusiera mudar sus pensamientos sobre nada. Era un hombre de ideas firmes y muchas de ellas no se correspondían con la forma de ver la vida de Ivy, sobre todo en lo que se refería a personas con un estatus social inferior. Ella conocía a muchas familias de gran valía que pasaban penalidades económicas. Sin embargo, para Gunn la pobreza iba asociada a un menor entendimiento y a una menor capacidad de trabajo. Esto le resultaba en extremo chocante a la joven, quien intentaba rebatir su forma de pensar. Tras escucharla, Christopher se limitaba a dedicarle una sonrisa complaciente. Ivy se preguntaba si la escuchaba siquiera, e intentaba durante el tiempo que pasaban juntos transmitirle alguna idea que pusiese en duda algunos de sus férreos y equivocados principios.

Una de aquellas tardes en la que volvían a casa después de pasar varias horas en la de los Muir, Ivy notó a Emily más seria de lo habitual. Apretaba los puños en el regazo y fruncía el entrecejo como si estuviera enfadada.

Al llegar a la mansión, se bajó rápidamente del faetón, sin esperar a que el cochero la ayudara, y corrió para entrar a su hogar. Ivy miró a su prima y a su tía, que mostraban caras serias. Cuando bajaron del carruaje, Winifred le pidió:

—No subas a tu cuarto aún, Ivy. Me gustaría hablar contigo.

En el salón, la joven se sentó frente a su tía y a su prima Margaret. De Emily no había ni rastro, probablemente estaría en su alcoba.

—Ivy —la interpeló su tía—, nos gustaría saber qué estás haciendo, qué te propones.

La joven las miró desconcertada.

—No entiendo a qué se refiere, tía.

—No estás quedando en buen lugar, y tampoco las dejas a ellas en una situación conveniente —explicó señalando a su hija. Acusando el desconcierto en el rostro de su sobrina, añadió—: Esa confianza con el señor Gunn, el hijo de un lord, no es de todo punto apropiada.

—Tía, no hay confianza alguna, me limito a ser amable con él. Nuestras conversaciones tratan sobre temas sociales y no tienen ningún tipo de…

—No sé de qué conversáis —la cortó—, y nadie lo sabe, lo que es peor. El caso es que pasas mucho tiempo con él, paseáis juntos… y todos murmuran.

—Pero no estamos solos, hablamos a la vista de todo el mundo.

—Es patente, para todos, que tú te has convertido en su favorita. Y no tendría nada de malo si esa relación pudiera prosperar, pero me temo que vuestros caminos están tan alejados que estás siendo un entretenimiento, lo cual no tiene ninguna importancia para él, pero es vital para tu reputación… y la de tus primas.

—No entiendo… —musitó al borde de las lágrimas.

—Estoy segura de que estoy siendo muy clara, Ivy Archer —añadió Winifred.

—No eres más que un entretenimiento para Christopher Gunn —escupió su prima Margaret—. Él nunca se casará con alguien como tú, su padre es un reputado lord y no consentirá que su hijo tome a la hija de un reverendo, sin una dote siquiera, como esposa.

Todos lo saben y piensan que eres una advenediza intentando granjearte sus simpatías. Si sabes que no se va a casar contigo… ¿qué

es lo que pretendes?

—¡Margaret! —la riñó su madre, pero la advertencia llegó tarde. Su prima había expresado lo que pensaba con una claridad apabullante. Ivy se sentía demasiado dolida y avergonzada. Nunca, ni en un millón de años, hubiera creído que las conversaciones que mantenía con Christopher Gunn a la vista de todos diesen pie a esa interpretación acerca de unos intereses que jamás, ni remotamente, habían pasado por su cabeza.

—No, yo... yo no tengo ningún interés. Y siento mucho mucho... haber dado esa impresión. No volverá a suceder. —Reprimió un sollozo, y, poniéndose en pie, recorrió con pasos rápidos el salón para subir a su cuarto.

—¡Ivy! —la llamó su tía antes de salir—, eso espero. Mañana volveremos, pero ten muy presente esta conversación y mantente en tu sitio. Deja que Gunn elija entre las mujeres de su posición.

La joven pasó una noche terrible sopesando lo que su tía y su prima le habían dicho. ¡Qué necia había sido!

¿Cómo no se había dado cuenta de que en aquel mundo tan superficial y encorsetado, que ella hablara con un caballero de una supuesta posición social superior podía malinterpretarse? Se enjugó las lágrimas. Debía intentar recomponerse o a la mañana siguiente amanecería con los ojos hinchados, y no estaba dispuesta a que creyeran que sus palabras la habían mortificado tanto.

Había pensado en hacer las maletas y marcharse, pero, después de meditarlo durante un buen rato, se dijo que no tenía nada que ocultar, ni de lo que avergonzarse, y que volvería a casa de su amiga Sophie con la cabeza bien alta. Lo que tenía muy claro era que no volvería a conversar con Christopher Gunn a menos que fuera estrictamente necesario y en la charla participaran más personas. No tenía ningún interés en él y no estaba dispuesta a que el resto de su círculo social pensara que lo tenía y la tomara por... ¿una interesada? ¿Una buscona? ¡Oh, Dios! ¡Aquello era terrible! Se apartaría del señor Gunn y se lo dejaría enterito a sus primas Margaret o Emily. Ahora veía claro la extraña forma de actuar de esta última desde hacía unos días y su actitud huraña hacia ella.

Respiró hondo y se arrebujó entre las sábanas. Se marcharía en dos o tres días en cuanto las cosas volvieran a la normalidad y no diera la impresión de estar huyendo de nada. Afortunadamente, una vida

mucho más enriquecedora y sencilla que esta la esperaba a solo unas millas de distancia. Pensó con ilusión en su nueva escuela y sus ocupaciones y, por fin, logró conciliar el sueño.

Capítulo 5

Gunn detectó rápidamente, al día siguiente, el distanciamiento de Ivy. La muchacha lo evitaba; y cuando la reclamó como compañera en el juego de bolos, pretextó cansancio y le sugirió que jugara con Emily. La aburrida e insulsa Emily, pensó Gunn, sin reparar en los ojos brillantes de esta y en su sonrisa emocionada.

Cuando el entretenimiento de la tarde acabó y todos se disponían a marcharse, el hijo del lord se acercó a Ivy, la tomó del brazo y, apartándola del grupo, le pidió una explicación.

Aquello fue sumamente desconcertante para Ivy.

Notaba la mirada interesada de todos los que estaban a su alrededor y por un momento no supo qué decir. Sin embargo, se repuso con rapidez y pensó que esa era la oportunidad de aclararlo todo.

—Señor Gunn, no creo que le haya dado motivo para que se tome estas confianzas.

—Señorita Archer, me apena sobremanera que haya mudado su trato hacia mí. Está ignorándome, es obvio, y quisiera saber si he dicho o hecho algo que la haya molestado, porque no tendré inconveniente en disculparme de rodillas si fuera preciso.

—No es necesario, créame, pero nuestra amigable relación se está… malinterpretando y me veo obligada a poner distancia entre los dos. No es posible una amistad entre un caballero y una dama, me temo.

Las palabras de Ivy lo contrariaron, ¿cómo era posible que aquella muchacha se negara a disfrutar de su compañía? Él se encontraba entusiasmado por pasar tiempo junto a ella; su simpatía, su belleza y su forma de expresarse lo atraían irremediablemente. Sin duda ella sentía lo mismo por él, pero era tímida y temerosa de lo que los demás pensaran.

—Lo siento, me niego a aceptar lo que usted pretende. No me veo capaz de estar un minuto más sin oír su voz y sin contemplar su maravillosa sonrisa, señorita Archer.

—Señor Gunn, por favor… —le rogó Ivy, sorprendida por sus palabras—, le suplico que comprenda mi delicada posición, estoy segura de que en el fondo lo entiende.

—Querida Ivy, claro que lo entiendo y haré lo posible por arreglar esta situación. Mañana mismo partiré para Londres y hablaré con mi padre. No pienso volver a sufrir por no tenerla junto a mí cada vez que la necesite.

Espéreme, querida, volveré con buenas noticias.

Y dicho esto, caminó a paso raudo hasta el salón donde se encontraban sus amigos, dejándola con un palmo de narices.

Sus primas la esperaban unos metros más allá con miradas de profundo rencor. «¡Dios mío! ¡Qué desafortunada conversación!», pensó.

A la tarde siguiente, después de una mañana de miradas airadas y reprobatorias por parte de las Barrow, llegó a la casa Muir con el propósito de aclarar las cosas con el señor Gunn. Se sentía confundida en cuanto a la conversación que había mantenido el día anterior con él y el motivo por el cual se suponía que ella debía de esperarlo. ¿Acaso el padre de Christopher iba a decretar una ley por la cual su hijo pudiera hablar con ella sin que se malinterpretara?

Su intención quedó en un vano intento, ya que el joven había partido, tal y como le había dicho, en la mañana de ese mismo día. Poco antes de la hora del té comenzó a llover y todos se trasladaron a los salones interiores donde se enfrascaron en juegos de cartas, ajedrez y billar.

Pese al entretenimiento, Ivy notó como las miradas de muchos de los presentes se centraban en ella.

Sophie, que no participaba en ningún juego y se hallaba acompañada de las invitadas más ancianas, consiguió desligarse de ellas y acudió al encuentro de su amiga en cuanto la vio sola.

—Oh, Ivy, no puedo creer lo que Mathew me ha contado… ¡Es tan emocionante! —le dijo al oído. La mirada interrogante de Ivy la

conminó a seguir—.

Christopher le ha dicho a Mathew y a todos sus amigos que va a solicitar el permiso de su padre para pedir tu mano.

Ivy se tapó la boca, horrorizada.

—¡No! ¿Cómo es posible? —le preguntó en un tono de voz que hizo que algunas cabezas se volviesen en su dirección—. Eso no tiene sentido, Sophie.

—Pero ¿cómo...? ¿Acaso no habló ayer contigo?

—Bueno, sí, pero... no entendí que se refiriera a eso... —intentó aclarar—. Se supone que cuando alguien va a pedir tu mano te pregunta si estás de acuerdo, y él no ha hecho nada de eso.

—¿No te lo ha pedido?

—No. Le dije que no podíamos mantener una amistad porque no estaba bien visto que un caballero y una dama hablaran durante mucho tiempo solos, aunque fuera delante de mucha gente, y él me dijo que hablaría con su padre y lo solucionaría... Sé que suena extraño, pero fue así.

—Oh, qué tipo tan engreído. De seguro pensó que no necesitaría confirmarlo de tus labios, porque estarías perdidamente enamorada de él, típico de Christopher Gunn, aunque tengo que preguntártelo... ¿Lo estás?

¿Estás enamorada de él?

—No, claro que no. Nunca hemos hablado de temas íntimos —hizo una mueca de desagrado— ni hemos mencionado palabra alguna que pudiera dar a entender que podríamos llegar a mantener algo más que una ligera amistad.

—Pues creo que él anda enamorado y piensa que tú también lo estás.

—¿Cómo es posible? No le he dado pie por mi parte para que crea nada de eso.

—Christopher es un muchacho caprichoso y mimado, hijo único de un reputado e influyente lord. Sus padres siempre le han consentido todos sus deseos y creo que ahora te desea a ti.

—¡Ay, no!

—¿Qué harás, Ivy, si te pide en matrimonio?

—Yo... estoy segura de que debe ser una persona maravillosa para alguien, pero no para mí. No nos llevaríamos bien y ni siquiera creo que pudiera soportarlo más de un día entero a solas.

—Pero no es alguien a quien se pueda rechazar tan fácilmente, Ivy, piénsalo. Podías darle una oportunidad... es un gran partido.

—Sophie, no quiero pensar nada. Me va a estallar la cabeza. Ojalá todo sea un malentendido... ¿Cómo es posible? ¡No me habló de ningún compromiso ni me preguntó nada!

Pero a pesar de su dolor de cabeza, aún tuvo que aguantar las miradas interesadas de muchos invitados, además de las de su tía y primas, quienes no abrieron la boca delante de ella durante el resto de la jornada. No es que se hubieran mostrado muy comunicativas desde la llamada de atención que le hicieron dos días antes, pero ese silencio era tan espeso que lo sentía sobre sus hombros como algo físico.

Durante el almuerzo del día siguiente y mientras Ivy comía en silencio, sumida en una maraña de pensamientos, Emily no aguantó más y estalló:

—Así que todo te ha salido bien después de todo, Ivy.

Nuestra dulce e inocente prima... —le soltó con todo el rencor del que fue capaz.

—¡Emily! —le advirtió su madre—. Si Ivy se convierte en la esposa del hijo de lord Gunn, nos vendrá muy bien a todas. Guarda la compostura. —Y se dirigió a Ivy—: Querida sobrina, espero, por tu bien, que el rumor que está en boca de todos sea cierto. Si consigues casarte con Christopher Gunn te habrás ganado mi eterna admiración. Y ojalá sea así, porque de lo contrario no imaginas lo bajo que habrás caído. Ningún hombre se plantea casarse con alguien que está por debajo de su clase social si no considera que debe reparar algún daño.

—Pero no... —intentó defenderse Ivy—. ¿De qué daño me habla, tía? ¿Cuándo ha podido cometer ese daño?

Creo que todos están equivocados, mi intención no es casarme con el señor Gunn.

—Todos no podemos estar equivocados. Si la sociedad cree algo, eso se convierte en un hecho. Ya sabía yo que el internado aquel donde te llevó tu tía Henrietta no era suficiente para hacerte comprender nuestro mundo. Sinceramente, querida, espero que, por tu bien y el de mis hijas, Christopher Gunn pida tu mano.

Ivy aguantó unas imperiosas ganas de bufar y resoplar. Ella no quería casarse con alguien como él, tan distinto a su forma de pensar. Se sentía acorralada. Si Gunn no la pedía en matrimonio, al parecer quedaría señalada en esa enrevesada sociedad que imponía estrictas normas de conducta, pero si, finalmente, pedía su mano… oh, ella no quería casarse y atarse a ese hombre de por vida. Deseó hundir la cabeza en el plato de sopa y no volverla a levantar durante mucho tiempo.

Ivy notaba como los invitados de la casa Muir la miraban de forma especial y la trataban distinto de los primeros días tras la marcha de Gunn, de forma más agradable, más considerada, quizá. Pero cuando las jornadas se fueron sucediendo, ella empezó a advertir cierto desdén en sus miradas y se le empezaron a hacer muy cuesta arriba aquellas reuniones.

Allí, su refugio era Sophie, pero la muchacha pasaba mucho tiempo descansando y atendiendo a otros invitados, por lo que, conforme los días fueron pasando, Ivy se encontró durante mucho tiempo sola. Los invitados comenzaron a chismorrear sobre la tardanza de Christopher Gunn en regresar junto a la mujer con la que quería comprometerse. Empezaron a sospechar que lord Gunn, al fin, no había dado permiso a su antojadizo hijo para que siguiera con la pantomima de prometerse con la hija de un reverendo; y el joven, de manera cobarde, no se había molestado en regresar a dar la cara.

Curiosamente, la tarde en que el altivo escocés regresó y se hallaban tomando el té junto a un nutrido grupo de invitados en la terraza del jardín, un caballero desconocido para ella, que también acababa de llegar de Londres, difundió la noticia:

—¿Os habéis enterado de la última de nuestro amigo Gunn? Se ha comprometido con la hija del vizconde de Sheffield.

Ivy sujetó muy fuerte la taza que sostenía en ese preciso instante, al notar la mayoría de las miradas posadas sobre ella. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para seguir sentada y no echar a correr, y que su cara no dejara ver ninguna emoción, pese a estar expuesta a las

medias sonrisas irónicas y los cuchicheos pocos disimulados que se produjeron a continuación.

Bajó la cabeza y se centró en el líquido oscuro del interior de la taza. No quería encontrarse con las miradas de su tía y de sus primas. Le daba igual lo que pensara el resto de la gente, no tenía interés en volver a ver a ninguno, pero su tía le importaba, así como lo que le pudiera contar a sus padres. Sintió el roce de una mano sobre la suya, era Sophie, en cuya mirada se traslucía su apoyo y comprensión.

No quiso imponerle a su amiga su presencia el resto de la tarde. Le hubiera gustado hablar con ella y desahogarse acerca de la facilidad con la que caprichosamente un hombre podía hacer pedazos la reputación de una dama. En las miradas de las mujeres y en la de algunos hombres se reflejaban con claridad sus pensamientos hacia ella. Algunos la observaban con compasión y en otros se entendía un malvado regocijo, como el merecido castigo hacia alguien que había intentado ascender a una posición social que no le correspondía.

¡Qué injusto era todo!, pensaba mientras paseaba a solas por los jardines. Ella ni siquiera se había sentido atraída por Gunn. Puede que le hubieran gustado las atenciones que el caballero tenía hacia ella y quizá su amabilidad la había llevado a darle una impresión equivocada, pero no... ella no lo había alentado de ninguna manera. En sus conversaciones, nunca hubo un momento de intimidad o una palabra que pudiera malinterpretarse, y, sin embargo, sobre ella pesaba la mancha de una muchacha rechazada por alguien de un estatus superior, una advenediza.

Ya no volvería a confiar en nadie. Ivy, que era de natural amable y de trato alegre y grato, se hizo la firme promesa de convertirse en un cardo, como sus primas.

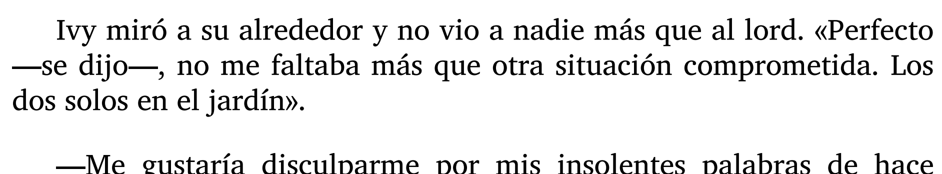
¡Oh, Dios mío! ¿Qué le diría su tía en cuanto llegaran a casa? Se defendería como pudiera y al día siguiente correría al encuentro de sus padres y les contaría todo.

Ellos la creerían y la comprenderían.

Sumida en esos pensamientos, no vio llegar al caballero hasta que lo sintió a su lado. Dio un respingo.

—Siento mucho haberla asustado, señorita Archer.

Creí que había visto que me acercaba —se excusó Arthur Kendrick.



Ivy miró a su alrededor y no vio a nadie más que al lord. «Perfecto —se dijo—, no me faltaba más que otra situación comprometida. Los dos solos en el jardín».

—Me gustaría disculparme por mis insolentes palabras de hace unos días… —La cara de Ivy mostró extrañeza—. ¿Acaso, afortunadamente para mí, no las recuerda?

—Por supuesto que las recuerdo, lord Kendrick. Fue usted un poco… maleducado, si me lo permite, pero he vivido unos días tan agitados que no he tenido mucho tiempo de pensar en ellas.

—Lo cual supone cierto alivio para mi pesar —le dijo irónico—. En cuanto a su agitación, le daré un consejo si no le importa: no se angustie demasiado. Creo que en este caso, el verdadero perdedor ha sido el señor Gunn al dejar marchar a una joven de su valía.

—Oh, pero… ¿cómo…? ¿Acaba de llegar y ya está enterado de las murmuraciones y cotilleos sobre mi persona?

—Nadie de esta reunión me ha informado. Es algo de dominio público en Londres.

Ivy se tapó la cara con las manos a punto de echarse a llorar. No podía creerlo. No quería creerlo. Respiró hondo y le preguntó:

—¿Y… qué se dice en Londres sobre… todo este… asunto?

—No gran cosa, que el hijo de lord Gunn está enamorado de una muchacha de condición humilde y que su padre ha montado en cólera y lo ha obligado a comprometerse con la hija de un vizconde.

—¿Y esa muchacha de condición humilde… saben su nombre?

—No lo creo, yo no lo he oído al menos.

—Es una situación injusta.

—Lo sé. Dos personas que se aman no deberían separarse por motivos económicos o sociales.

—Oh, no. No me refería a eso, yo no…

—Pero, créame, solo he tenido que indagar ligeramente sobre usted para comprender que vale su peso en oro, señorita Archer, y no debe sentirse desgraciada por este penoso asunto. Estoy casi seguro de

que encontrará a alguien que la valore y la anteponga a los deseos de un padre estirado.

—¡Vaya! ¡Gracias! —Le dedicó una sonrisa irónica con la que intentaba disimular su contrariedad y su indignación—. Eso ha sonado… alentador. No tiene que compadecerme, señor Archer, ni usted ni nadie.

Además… ¿acaba de decirme que ha indagado sobre mí?

¿Por qué?

—Porque no pensaba pedirle disculpas a alguien que no las mereciera. —Ivy fue a responderle, pero Arthur la paró con un gesto —. Tengo, además, otro interés particular en usted que hizo necesario que investigara sus antecedentes, señorita Archer. Me gustaría que viniera a vivir a mi hacienda en Escocia y…

Una bofetada restalló en la mejilla del lord, quien apenas movió la cabeza ante el impacto.

—¡Qué demonios! —exclamó asombrado.

—¿Cómo se atreve? —le gritó Ivy, mientras agitaba dolorida la mano con la que lo había abofeteado—.

¿Quién se cree que es para hacerme semejante proposición?

—¿De qué proposición me habla? Solo quería pedirle que fuera la institutriz de mi sobrina. Por eso he averiguado sobre usted. Me dijo que trabajaba como maestra y me gustó su carácter resuelto y combativo…

¡Caray! ¡Pero no tanto! —Se acarició la mejilla—. Mi sobrina es una niña de seis años que ha pasado por una mala experiencia en un internado y la aterran las típicas institutrices con sus vestidos oscuros y sus caras pálidas y severas. Necesita estudiar, pero también aprender a defenderse. Yo no estaré mucho tiempo en Gran Bretaña, por eso pensé en usted y parece que no me he equivocado, sabe defenderse muy bien.

«No tan bien», pensó la joven, abochornada. «Aquel bofetón se lo hubiera merecido otra persona, en realidad».

—Lord Kendrick, estoy tan avergonzada. Discúlpeme usted ahora. Yo creí… —se excusó avergonzada y al borde de las lágrimas.

—Ya he imaginado lo que creyó y puede estar tranquila, conmigo no tiene de qué preocuparse. No posaría mis ojos sobre usted en ese sentido. Yo prefiero a las damas con un carácter más…dulce.

Ivy sintió como su rostro enrojecía violentamente.

Permanecieron unos momentos en silencio hasta que ella se aclaró la garganta y se excusó:

—Siento rechazar tan... tentadora oferta, lord Kendrick, pero me he comprometido a trabajar como maestra en una escuela en Mowbray, empezaré en septiembre y me temo que...

—Le pagaría el doble de lo que le pagan allí, señorita. Y sería por un año, el tiempo que tengo pensado pasar en Escocia; después volveré a América.

—No se trata de dinero, lord Kendrick, es mi... —iba a decir «reputación», pero lo pensó mejor después de la tarde que llevaba de malinterpretaciones y errores—, es mi compromiso con esa escuela lo que hace que me vea obligada a rechazar su oferta.

—Entiendo... —le respondió el lord, aunque no sonó muy convincente—. Está bien. Estaré en Londres algunos días más. Si por alguna circunstancia cambia de opinión, aquí podrá ponerse en contacto conmigo. —Le entregó una tarjeta en la que leyó «Bereford & Cía.

Abogados» y una dirección de la capital—. Hubiera sido una interesante institutriz para mi sobrina, ella es una niña muy especial que ha sufrido mucho.

—Lo siento mucho, créame, pero estoy segura de que encontrará otra institutriz que será de su agrado.

Arthur inclinó la cabeza en un gesto de despedida e Ivy echó a andar, alejándose de él para encontrarse unos metros más allá con dos orondas damas que, sin duda, la habían visto hablando con el escocés. ¿Cuánto de la conversación habrían visto y oído? Ivy puso los ojos en blanco, resopló, y pensó en fingir un desmayo justo al entrar en casa de su tía para evitar la tormenta que se avecinaba en el horizonte.

Capítulo 7

En el tren de vuelta a Londres, Ivy no paró de recrear la escena en casa de su tía, en la que esta prácticamente la echó de su casa. Aquello hubiera sido innecesario, pues ya tenía por completo decidido que regresaría a su hogar al día siguiente. Ya en la habitación hizo la maleta de cualquier manera y se acostó para dormir a intervalos y sin que le sirviese de descanso alguno. Se levantó muy temprano y el cochero, advertido por su tía desde ayer, la acercó a la estación. Nadie la había esperado por la mañana para despedirse. Aquello era tan triste y tan injusto que le partía el corazón; y por más que lo intentó, no pudo disimular al llegar a casa antes de lo que la esperaban. Se echó en brazos de su madre en cuanto esta le salió al encuentro.

Le contó lo que había ocurrido, y aunque la señora Archer mantuvo una actitud de escucha y fue comprensiva, la riñó por ser tan ingenua. No volvería a casa de las Barrow, le dijo, y debería esforzarse por evitar ser tan efusiva y desprendida. A la edad de diecinueve años ya no podía ver el mundo con los ojos de una niña inocente. En adelante debería cuidarse mucho de las apariencias, la amabilidad debería ofrecerse en su justa medida, y su alegría y simpatía deberían quedar restringidas al ámbito del hogar.

Desahogarse con su madre la tranquilizó y decidió acatar sus recomendaciones punto por punto. Se convertiría en una persona tan seria y formal que pensarían que estaba amargada, como sus primas. En cuanto saliera de su casa camino de la escuela en Mowbray, lo pondría en práctica.

Al deshacer la maleta, se dio cuenta de que había olvidado el precioso chal blanco de su hermana sobre el sillón de su dormitorio en casa de las Barrow. Un nuevo ataque de llanto la acometió, sintiéndose la persona más estúpida y miserable del mundo. ¿Cómo había podido olvidarlo? Le prometió a su querida Rose que lo cuidaría con esmero.

Sumida en el llanto, la encontró Rose después de que su madre le contara en la cocina lo que le había ocurrido a Ivy durante su estancia en casa de su tía. Las hermanas se abrazaron y, entre sollozos, Ivy le contó lo del olvido de su pañuelo. Rose apretó los labios, pero ninguna queja salió de su boca. Le dijo que ya lo recuperaría y que bastante mal lo había pasado como para pensar en el chal. Para Ivy eso no era excusa, se sentía mortificada por su olvido, y a petición de Rose le volvió a contar lo sucedido en Arlington Row.

Rose no le recriminó su carácter demasiado abierto, pero le dijo

algo que la impresionó:

—No debes fiarte de los hombres, Ivy, ni de su palabra, la mayoría nos tratan como a juguetes, no como a sus iguales. Eres bonita y simpática y eso les resulta muy atrayente, pero no te toman en serio. Ten esto en cuenta. Ve con cuidado, mi querida niña.

Ivy se preguntó en qué libro habría leído aquellos consejos su hermana, o... ¿lo habría experimentado por sí misma? ¡Era tan poco lo que conocía de su querida Rose! Su hermana mayor era tan reservada, tan seria, tan hermética... aunque tal vez sus confidencias se las hiciera a Myrtle, con la que solo se llevaba un año y medio. Ivy siempre se había extrañado de que la dulce y hermosa Rose no estuviera comprometida a sus veintiséis años.

Pensar en su hermana la alivió de sus penas hasta la tarde, en que volvió a tener que recordar lo que su madre llamó «metedura de pata» ante su padre. El reverendo la escuchó entristecido y, cuando acabó, la abrazó, la consoló y le dijo que todo pasaría. En Londres las modas y cotilleos no se mantenían por mucho tiempo, justo hasta que aparecía un chismorreo nuevo. En cuanto a su tía Winifred, pensaba que esta no podía culpar a su sobrina de que sus hijas no se hubieran casado todavía.

Seguramente acabaría recapacitando y la volvería a invitar el año siguiente. Ivy pensó que no volvería a Arlington Row ni bajo amenaza de muerte. Aquella noche, reconfortada por las palabras de su familia, durmió como un lirón.

Los siguientes días, Ivy se puso al día en cuanto a las tareas en casa y comprobó lo bien que les vendría a muchas de las habitaciones un cambio de papel de pared, cortinas nuevas o retapizar los sillones. El año pasado había sido muy egoísta al gastar casi todo su dinero en vestidos pensando en agradar a sus primas, pero este año compensaría a sus padres y les enviaría el dinero que ganara en la escuela, a la que viajaría en menos de dos semanas.

Una de esas tardes, llegó en el correo una carta para Ivy enviada desde el internado de Mowbray. La leyó delante de sus padres y hermanos por la noche, sentados todos en la sala de estar, después de cenar. En la carta, que Ivy leyó con asombro y voz temblorosa, la directora se condolía de tener que dar marcha atrás a su plaza en la escuela porque, al parecer, ese año se habían matriculado menos alumnas y, por tanto, su puesto resultaba de todo punto innecesario y

un gasto que no podrían afrontar. La emplazaban para el siguiente año si las matriculaciones subían.

Ivy se quedó helada. En junio le habían asegurado que, dado el gran volumen de alumnas nuevas, era imprescindible su presencia, y justo un mes y medio después le decían lo contrario. ¿A qué se debía este cambio de opinión? La muchacha intuía algo turbio y fue su padre quien lanzó su sospecha:

—La familia de la directora del internado y la de lord Gunn son amigas desde hace mucho. No me extrañaría que este hubiera intervenido de forma nada sutil para dejarte fuera. Y eso no es justo ni cristiano. Voy a hablar ese señor en este preciso instante.

—Padre, no... —Ivy miró a su padre con su pobre y gastado atuendo, un traje negro que había pasado de moda hacía ya mucho y unos viejos zapatos que no cambiaría hasta que se cayeran a pedazos. Él trataba con mucha gente que no tenía un trozo de pan que llevarse a la boca y les daba el suyo sin pararse a pensar.

Era un hombre caritativo y ejemplar al que no le importaban las apariencias y a quien no tentaban las frivolidades materiales. Esta forma de ser exasperaba a su esposa, quien sabía de la importancia de las apariencias y quien cuidaba de que tanto sus hijos como ella fueran vestidos con la mayor pulcritud y corrección.

El reverendo no se oponía a esto; él practicaba la limpieza de las ropas, del cuerpo y el alma, pero su ropa se utilizaba hasta el infinito —. Padre, no debe preocuparse... —intentó convencerlo Ivy—, en realidad, yo no quería ir... —Ella pensó con remordimiento en lo vergonzoso que sería que lord Gunn y su hijo vieran a su padre con su desgastado traje. Era un pensamiento miserable y odioso e Ivy se mortificó por ello, pero estaba segura de que lord Gunn no trataría a su padre como se merecía y quiso evitarle el disgusto.

—¿Cómo es posible eso, hija? —le preguntó su madre, extrañada —. Parecías tan ilusionada...

—Yo... es que... —recordó la oferta que le hiciera el escocés antes de volver de Arlington Row—, en realidad, tengo una oferta de trabajo mucho más interesante. —Su padre, madre y hermanos la miraron con interés—. Me hubiera gustado aceptarla en cuanto me la propusieron, pero mi compromiso con la escuela de Mowbray me hizo rechazarla. Sin embargo, es posible que aún esté a tiempo.

—¿Y de qué se trataría, Ivy? —Se interesó el reverendo, olvidando momentáneamente su visita a lord Gunn.

—Sería la institutriz de una niña de seis años.

Imaginaros qué bien podríamos trabajar las dos juntas.

Es una edad idónea para comenzar a sentar las bases de un magnífico aprendizaje.

—¿Y qué ocurrirá en cuanto a las clases de Música?

Sabemos que no eres especialmente buena en esa materia, Ivy —la interrumpió su madre—. ¿Tendrías que enseñarle eso también? Esto es algo de lo que no te ibas a encargar en Mowbray.

—Pues... —Ivy no había pensado en ello ni en nada que concerniera a la propuesta de lord Kendrick hasta ese preciso momento en que la recordó al verse rechazada por el internado y como distracción para que su padre olvidara su reclamación ante los Gunn—. No, no creo. Seguramente lord Kendrick no tendrá inconveniente en contratar un profesor de Música para su sobrina.

—¿Lord Kendrick? No es un apellido inglés, ¿viven en Londres? —Volvió a intervenir su madre.

—En realidad... viven en Escocia.

—¿Y tendrías que marcharte a Escocia? ¿A qué condado? —le preguntó su hermano Percy, el pequeño de los tres varones y el único de ellos que vivía en la casa, pues el mayor era militar al servicio de la Corona y el mediano era ayudante de un pastor metodista en Plymouth y se preparaba para recibir los hábitos.

—No lo sé... aún. Tengo la dirección de un gabinete de abogados donde me informaré de todo lo concerniente a estas cuestiones.

—El que puedas acudir a unos abogados para informarte es alentador, Ivy, pero ¿qué sabemos de esta persona... este lord Kendrick?

—Lo conocí en Arlington Row, padre. —El ceño fruncido de su madre no fue una buena señal—. Es un hombre de edad... avanzada, o al menos más avanzada que la mía, del que me han hablado muy bien. Se mostró interesado en que impartiera clases a su sobrina. Al parecer

su padre ha muerto, aunque su madre no, así que debe vivir con ella. Lord Kendrick quiere dejar a su sobrina con una buena institutriz antes de marcharse a América.

No creo que permanezca por mucho tiempo en Escocia. —Se obligó a cerrar la boca, esperando no tener que improvisar más sobre la desconocida vida y circunstancias del lord… ¿Edad avanzada? Intentó no resoplar.

—Y este interés de lord Kendrick en elegirte como maestra de su sobrina ¿a qué se debe? ¿Ha oído referencias tuyas? —Volvió a inquirir la señora Archer.

—Le llamó la atención mi forma de expresarme… creo —aseguró Ivy, arrepintiéndose tan pronto como lo hubo dicho al ver como su madre ponía los ojos en blanco y escuchar las risitas disimuladas de sus hermanas.

—Esa es una razón muy pobre, Ivy, para que te permitamos viajar a Escocia a la casa de un desconocido.

—Madre, visitaré a los abogados y me aseguraré de que todo está en orden.

—Si la contratación viene de la mano de un gabinete de letrados es algo muy a tener en cuenta. No muchas jóvenes van a trabajar con esa garantía que las respalde —añadió Jacob Archer—. Por mi parte, me encargaré de indagar quién es este misterioso lord Kendrick.

—Es una idea estupenda, Jacob —intervino la señora Archer—. Y tú, jovencita, mañana irás en compañía de tu hermana Myrtle a hablar con los abogados y veremos qué te dicen.

—Me pagará bien —añadió Ivy más tranquila ahora que sus padres parecían más convencidos. No es que le ilusionara en especial volver a ver al laird escocés, pero estaba convencida de que su presencia pasaría desapercibida para él y seguramente este no estaría mucho tiempo en su casa. Además, le gustase o no, necesitaba echarles una mano económicamente a sus padres.

—El dinero es lo de menos, Ivy —le dijo su madre—.

No vas a sacar un piececito fuera de esta ciudad si antes no estoy convencida de que no vas a meterte en ningún lío.

Capítulo 8

Myrtle Archer acompañó a su hermana Ivy, en cuanto desayunaron, hasta la dirección consignada en la tarjeta. Para Ivy fue una suerte que Rose tuviera otro compromiso y no pudiera ir con ella. La mayor era mucho más desconfiada e incisiva que Myrtle y hubiera detectado cualquier indecisión o duda por su parte. Ivy, en realidad, no estaba muy segura de dónde se estaba metiendo. No conocía apenas a lord Kendrick, y lo poco que había compartido le resultaba exasperante, aunque, al fin y al cabo, ella solo iba a ser su empleada temporal y le vendría bien la experiencia, su recomendación posterior y la paga.

Ivy y Myrtle tomaron un carruaje hasta el despacho de abogados. Mientras recorrían las calles, la menor pensaba en lo afortunada que era al tener una familia en la que poderse respaldar siempre. Su padre, el reverendo, era un hombre comprensivo, y su madre gobernaba a sus hijos con mano firme, pero con mucho amor. Nada se escapaba a sus ojos, y menos en lo que se refería a Ivy, que era conocida por su expresividad. A ella le costaba mucho mantener sus emociones bajo control y que no traslucieran, pero estaba firmemente dispuesta a conseguirlo y que su rostro no reflejase sus sentimientos.

Sería una máscara imperturbable de serenidad y condescendencia.

Y tras convencerse de esto, asomó a sus labios una sonrisa al pensar en sus hermanas. Rose y Myrtle eran lo mejor del mundo para ella.

Rose tenía el cabello y los ojos oscuros como su padre y toda su familia, de la que ya solo quedaba como pariente más próximo la tía Henrietta, quienes eran descendientes de irlandeses afincados en Londres. Era lista, sensata, formal, alguien a quien podías confiar un secreto ya que sabías que nunca lo contaría. Ivy lo había hecho muchas veces de niña. Le gustaba tener confidencias solo para confiárselas a su idolatrada hermana mayor, con la que se llevaba siete años, y que ella le prestase atención por un rato. Rose la escuchaba muy seria y después le sonreía marcando los hoyuelos de sus mejillas, herencia paterna también y que le daba un toque muy especial a su hermoso rostro.

Myrtle, el segundo retoño de los Archer, venida al mundo a los quince meses de nacer Rose, había heredado la belleza de su madre,

de antepasados italianos e ingleses. Rubia y de ojos azules, Myrtle era la dulzura personificada, el equilibrio, la paciencia. Si a Ivy le gustaba que su hermana Rose la escuchara y la aconsejara, de Myrtle le gustaba todo lo que le decía, las historias que inventaba, siempre con moraleja al final.

De niña, amaba cepillarle su precioso cabello rubio antes de irse a la cama mientras le contaba algún cuento o alguna anécdota con su voz suave y convincente.

Después de Rose y Myrtle llegaron Bellamy, que se encontraba en España con una misión que incumbía a la Corona británica, y Jacob, al que familiarmente llamaban Jake, que al igual que su padre iba a seguir sus pasos en el ministerio de la Iglesia. Y tres años después de Jake asomó Ivy, con su pelo rojizo, su llanto incesante de niña, sus modos y energía impropia en una damita y su verborrea incesante. Ivy admiraba el pelo, los ojos y la belleza de sus hermanos y hermanas mayores. Morenos o rubios, la mezcla estaba en sus genes. ¿De quién habría heredado ella su cabello castaño tirando a rojizo, sus ojos marrones o sus pecas? Tía Henrietta también se lo preguntaba, aunque pensaba que, con semejante mezcla de antepasados por parte materna, de alguno de ellos la habría heredado, desgraciadamente.

Por suerte para Ivy, el sexto y último vástago de los Archer, su hermano Percival, también había heredado el pelo cobrizo y las pecas, no así sus ojos castaños, porque para Percy la herencia genética le había reservado un precioso color verde esmeralda con el que conseguía que todos le perdonasen sus trastadas, en cuanto detectaban el menor rastro de tristeza en aquellos grandes y luminosos ojos semejantes a faros encendidos en una noche sin luna.

¡Oh, qué injusto había sido el reparto de belleza en la familia Archer!, había pensado Ivy más de una vez. Ella era sin duda la que poseía los rasgos más insulsos de todos. Sus padres siempre destacaban su inteligencia, pero a la vista de lo que había acontecido en los últimos días, Ivy estaba convencida de que poseía una buena memoria para los libros y nada más, porque muy lista no había sido para detectar lo que se le avecinaba. Asumida su condición de muchacha corriente, sin ningún rasgo especial o bello, descubrir que tampoco era tan inteligente como le habían hecho creer de niña fue humillante.

Viajaría a Escocia, si finalmente su madre le daba permiso, y en aquella soledad meditaría sobre su vida y su destino. Puede que no fuera bella ni demasiado lista, pensó, pero eran características

prescindibles para una vida feliz y que no le impedirían ser la más paciente de las institutrices y la más amable de las hijas y hermanas.

En aquel momento, Ivy no reparó en cuánta sensatez e inteligencia contenían sus sentimientos.

Una vez que llegaron al despacho, tuvieron que aguardar unos minutos en una agradable y cómoda sala de espera hasta que un abogado de Bereford & Cía. pudo atenderlas. Como si hubiera previsto que Ivy iría a hablar con ellos y aceptaría la proposición del escocés, el letrado tenía preparado el contrato y toda la información relativa a su puesto de trabajo en Rothesay. En un mapa les mostró la región hasta donde la muchacha se desplazaría, su correspondiente billete de tren de ida fechado para el próximo lunes y otro abierto de vuelta, sus ocupaciones con la sobrina del laird e incluso les habló de otros empleados en la casa con los que ella se pondría en contacto al llegar. Le recordó asimismo la necesidad de no usar trajes excesivamente oscuros, y de ocuparse no solo de las lecciones de la señorita Lily Kendrick, sino también, si era necesario, de acompañarla durante sus comidas, aseo y a la hora de acostarse. El sueldo, tal y como Arthur Kendrick le había prometido, era el doble de lo que cualquier institutriz ganaría en un solo año. Ivy iba a cobrar ¡treinta libras anuales! Aquello era mucho dinero para doce meses, y si hubiera ido Rose les hubiera hecho muchas preguntas. Por fortuna, Myrtle se limitó a felicitarla por su buena suerte.

Cuando regresaron a casa, Ivy dejó que su hermana contara todo lo que había escuchado en el despacho, permitiendo que su dulce, armónica y convincente voz deleitara y persuadiera a todos los presentes.

Por su parte, el reverendo Archer expuso lo que había sabido del lord de Rothesay. Al parecer, el anciano laird había muerto hacía seis años y el título pasó a manos de su primogénito Graham, quien se había casado con una joven escocesa unos años antes. Tristemente, el nuevo lord apenas pudo disfrutar unos años de su título, pues murió de una grave enfermedad sin dejar un heredero varón, tan solo una hija, la que, al parecer, iba a ser la discípula de Ivy. El nuevo lord, el segundo hijo del viejo Kendrick, vivía en América desde hacía algunos años y había regresado para hacerse cargo de la herencia. Era, según decían, un hombre solitario, rudo y con mal carácter, al que no se le conocía esposa o hijos.

Eleanor Archer, al oír el comentario de su marido, manifestó no tenerlas todas consigo, pero entre unos y otros ayudaron a convencer

a la madre de Ivy para que esta pudiera cumplir con su sueño de viajar hasta Escocia y trabajar como institutriz, ya que en su rostro la muchacha reflejaba lo emocionada que estaba ante esta perspectiva.

Por la noche, sentada ante el espejo de su pequeña habitación en el ático, mientras peinaba sus preciosos bucles cobrizos, Ivy observaba su rostro tratando de dilucidar dónde habrían visto reflejada sus hermanos la ilusión por marcharse a Escocia a casa del descortés lord. Al parecer Ivy estaba aprendiendo a esconder sus sentimientos, aunque no se le estaba dando muy bien si en vez de mostrar la preocupación que su trabajo en Escocia le provocaba, sus hermanos la confundían con ilusión.

No podía quejarse, al fin y al cabo, le había salido bien y sus padres le habían dado su permiso. En unos días viajaría hasta Rothesay y volvería a encontrarse frente a él, esta vez como su empleada.

Justo debajo de su habitación, en la tercera planta, se encontraba el dormitorio de las dos hermanas mayores, Rose y Myrtle, quienes comentaban lo mucho que iban a echar de menos a la pequeña, pizpireta e inocente Ivy. Ellas estaban convencidas de que poseía una inteligencia prodigiosa para aprender, pero le faltaba la experiencia para desenvolverse en un mundo que era implacable con las mujeres, que las condenaba tras el menor desliz sin pararse a pensar si era cierto o justo lo que se decía y que se ensañaba especialmente con las más ingenuas. La extrañarían, sin duda, pero le vendría bien alejarse de los rumores insidiosos que circulaban en Londres sobre el precipitado compromiso de Christopher Gunn y de su dañina influencia, que había hecho que Ivy perdiera su trabajo en Mowbray. En Escocia, alejada de todo, Ivy disfrutaría de un año sereno y relajante, y cuando volviese, Gunn estaría ya felizmente casado, las aguas se habrían calmado y todos se habrían olvidado de ella.

Capìtulo 9

El ferrocarril la llevó desde Londres hasta la estación de Rothesay, donde un coche de caballos enviado por lord Kendrick la esperaba.

Era un bonito día de septiembre, una ligera brisa suavizaba los rayos de un sol inusitado para aquel mes del año. El paseo le mostró un pueblo pintoresco, de casas de piedra y tejados a dos aguas, muy diferentes de los edificios londinenses. Tras unos minutos recorriendo

Rothesay, salieron a las afueras e Ivy disfrutó de un paseo entre arboledas y ondulantes campiñas de destellantes y llamativos verdes, en todos sus matices.

De vez en cuando encontraban una casa, una mansión en la línea del horizonte, gente que se afanaba en los campos sembrados, bosques de pinos y enebros, algún álamo en lontananza.

El cochero, hombre de escasas palabras, se dirigió a ella para anunciarle la cercanía de la mansión Kendrick.

Las manos le empezaron a sudar y su corazón comenzó a latir más rápido.

Una nueva etapa de su vida estaba a punto de iniciarse. Respiró hondo y sonrió. Todo iba a ir bien.

Al final del camino de entrada la aguardaba una mansión centenaria, de ladrillos rojos con múltiples ventanas abalconadas y disposición simétrica. Dos torres de tejado cónico, una a cada lado, limitaban la fachada del espléndido edificio de tres plantas.

Bajo el magnífico portón de entrada la aguardaba la gobernanta, Eunice Turner, quien llevaba de la mano a una niña pequeña. La señora Turner le dio la bienvenida al bajar del faetón y un criado se hizo cargo de sus dos maletas. Excusó al lord explicando que se había marchado hacía unos días a resolver unos asuntos urgentes, pero que estaría de vuelta tan pronto como pudiera. En cuanto a lady Victoria, la viuda del hermano de lord Kendrick, comentó, escuetamente, que se encontraba en el extranjero. «No hay prisa», pensó Ivy, si por ella fuera, en lo que respecta a lord Kendrick, podría demorarse todo el tiempo del mundo.

La gobernanta le presentó, entonces, a la niña, que trataba de esconderse, temerosa, tras sus faldas. Ivy supo que congeniarían tan pronto la miró a los ojos.

Había en ellos temor, pero también un punto de curiosidad que supo reconocer enseguida. Agachándose para ponerse a su altura, sin importarle arrastrar su falda, Ivy le habló con suavidad, como a un animalillo asustado:

—Encantada de conocerte, Lily. Mi nombre es Ivy y me asusta un poco estar aquí sola, tan lejos de mi casa, pero ahora que te conozco me siento mejor y presiento que vamos a ser buenas amigas.

La cara de la niña mudó del desconcierto a una ligera sonrisa. No dijo nada, pero el brillo de sus ojos le demostró a Ivy que había logrado captar su atención y quizá, también, su curiosidad y simpatía.

Eunice le anunció que las clases no empezarían hasta el día siguiente, por lo que el resto de la tarde podría dedicarlo a deshacer sus maletas y descansar, y la hizo pasar a la cocina, donde la cocinera le sirvió un humeante estofado para reponer fuerzas. La gobernanta se ofreció a enseñarle las habitaciones en cuanto estuviera dispuesta, si era de su agrado, y la dejó frente a su almuerzo.

Después de comer, una sirvienta la guio hasta su cuarto en el segundo piso. Ivy tardó muy poco en colgar su ropa en el armario y colocar sus pertenencias. Había llevado vestidos cómodos, prácticos y de agradables colores, ya que recordaba que lord Kendrick le había señalado la inconveniencia de vestir de oscuro frente a la niña. Se aseó y cambió su ropa de viaje por un alegre vestido de un amarillo suave, salpicado de pequeñas flores celestes, y salió al encuentro de la gobernanta.

Recorrió un amplio pasillo decorado con retratos que probablemente pertenecerían a la familia. En algunas paredes distinguió el hueco que había dejado un cuadro al ser quitado, la solitaria alcayata que aguarda ser cubierta. No se paró a inspeccionar los retratos y bajó a la planta principal. A través de la puerta de entrada, que se encontraba abierta, Ivy distinguió a Eunice y a la niña, que se encontraban paseando. Salió a su encuentro.

—Señorita Archer, ¿tan pronto lista? ¿No ha querido descansar? No sabe cómo se alegran estos viejos huesos de que haya alguien joven con la energía suficiente para atender a nuestra querida Lily. Los niños necesitan sol y jugar al aire libre, pero me temo que yo no soy muy buena compañía a estas alturas. Crie a su padre y a su tío, pero de eso hace ahora demasiados años.

Ivy sonrió. Eunice Turner parecía una mujer agradable. Tenía una voz amable y un rostro bondadoso enmarcado por algunos rizos que se escapaban de un apretado moño de pelo blanco.

—Le enseñaremos la mansión, al menos las habitaciones que frecuentará. Es demasiado grande para que la recorramos por entero ahora y hay muchos cuartos cerrados. El señorío de Rothesay no es lo que era desde que murió la madre de Graham y Arthur. Antes las visitas eran constantes, era un lugar alegre y vivo, pero desde que la señora falleció, Dios la tenga en su gloria, hace ya muchos años, esto

no ha vuelto a ser igual.

Eunice, con Lily pegada a sus faldas, le enseñó a Ivy el comedor pequeño —para la familia— y el grande —para las celebraciones con invitados—, varias salas de estar, la sala de música —donde un espléndido piano de madera de caoba le recordó a Ivy la advertencia de su madre sobre las clases de Música— y las habitaciones dedicadas a la costura y la pintura, que no se usaban ahora. La condujo hasta la puerta de la biblioteca, que servía también como despacho del señor de Kendrick, y, para fastidio de Ivy, le anunció que no podrían entrar, ya que, salvo invitación previa, lord Kendrick les había prohibido a todos el acceso.

En la segunda planta, Eunice respondió a la pregunta de Ivy sobre los retratos. Todos eran antepasados de la familia, y la gobernanta le fue diciendo su parentesco y antigüedad. Se pararon un rato ante un óleo de los dos hermanos Kendrick de niños. Parecían llevarse cuatro o cinco años y, aun así, eran terriblemente parecidos. La diferencia más destacable era que Graham, el hermano mayor, tristemente fallecido, tenía el pelo de un color dorado muy similar al de su hija y, en cambio, Arthur lucía un color de cabello ostensiblemente más oscuro.

Sobre los huecos vacíos en puntos estratégicos del pasillo, en los lugares mejor iluminados donde un retrato resaltaría más, Eunice mencionó, simplemente, que el laird había mandado quitar, a su llegada, algunos retratos que no eran de su gusto.

En el ala izquierda se encontraba la habitación de Lily, la de Ivy y la guardería. En el ala derecha se ubicaban las habitaciones del señor de la casa, que Eunice mantuvo en la intimidad. Sus dominios, los de la institutriz, se mantendrían dentro del ala izquierda, y las salitas que precisara, debajo. Las clases, hasta que Lily no fuera más mayor, ocuparían la guardería, de una amplitud considerable. En el tercer piso se encontraban las habitaciones de invitados y diversos salones a los que actualmente no se les daba uso.

Descendieron hasta la planta baja y Eunice la volvió a llevar hasta la cocina. Desde allí accedieron a una escalera que las condujo hasta el sótano de la casa, donde se encontraban las habitaciones de los sirvientes, y una puerta que conducía al exterior, donde se encontraban los establos, despensas y otras dependencias. Eunice presentó a Ivy al resto del personal y volvieron a la entrada principal dando un agradable paseo, bordeando la mansión.

La señora Turner le habló de los jardines que rodeaban la residencia. Tendría tiempo de visitarlos mañana. Le aconsejó no internarse sin guía en los bosques que se encontraban detrás del edificio, ya que corría el riesgo de perderse.

Después del paseo tomaron el té, y la gobernanta se encargó de llevar a Lily hasta su habitación, donde tomaría un baño y cenaría. Le comunicó a Ivy que una comida ligera le sería llevada a su habitación y que aprovechara para descansar o revisar las clases que comenzarían al día siguiente. Ivy tuvo que recluirse, entonces, en su alcoba, pese a que aún no había oscurecido, no se encontraba cansada y no le hubiera importado pasear por aquel inmenso palacio. El hecho de que no pudiera entrar en la biblioteca, recordó, suponía un auténtico fastidio, ya que los libros que había llevado consigo los había releído una y mil veces y le hubiera venido bien tener alguno nuevo que leer. Cenó y, después de entretenerse un rato en su habitación, decidió meterse en la cama. ¿Se atrevería a pedir al arisco lord Kendrick que la dejara leer los libros de su biblioteca?, pensó justo antes de quedarse dormida.

Capítulo 10

Durmió de un tirón gran parte de la noche y se despertó temprano, recién amanecía. Se levantó, aseó, vistió y bajó a la cocina, donde la cocinera y su ayudante se afanaban amasando el pan, hirviendo la leche y preparando el desayuno. Como era pronto, decidió regresar más tarde para tomar un té y recoger el desayuno de la niña, y resolvió pasear a solas por los salones que la gobernanta le enseñara ayer.

La mansión estaba decorada exquisitamente y derrochaba una opulencia y un buen gusto que ella no había visto jamás, ni siquiera en la mansión de su tía o en la de los Muir. Así que ser lord era esto, se dijo. Lord Gunn la había juzgado muy poca cosa para su hijo y sus propiedades. Por fortuna para ella, pensó, pero no pudo evitar sentir un regusto amargo por un rechazo público que no le hubiera tocado soportar si Gunn le hubiera preguntado su opinión. Decidió no incidir en pensamientos que le arruinarían el día. Aquella historia había quedado atrás, en el pasado.

Disfrutaría de su momento presente. La Ivy que regresaría a casa dentro de unos meses sería una mujer diferente, con buenas

referencias de su paso por Rothesay, o eso esperaba, con más experiencia y mucho más sensata.

En unos de los salones donde un gastado butacón junto a la chimenea denotaba su preferencia de uso, había visto, el día anterior, el cuadro de una hermosa dama de cabellos rubios, recogidos sobre la coronilla, que lucía una preciosa diadema de zafiros rojos e iba vestida a la moda de hacía bastantes años. La gobernanta le había contado que era el retrato de la esposa del viejo lord Rothesay, madre de Graham y Arthur y abuela de Lily. Arthur lo había colocado allí en su primera visita a la casa tras estar varios años fuera, e Ivy tuvo que morderse los labios para no preguntar dónde había estado colgado antes, qué cuadro había sido el que quitó y de quiénes eran los que faltaban en el piso superior.

Se entretuvo más de lo conveniente en su recorrido por los salones, incluso se quedó un buen rato ante la puerta de la biblioteca, convencida de que no iba a entrar, ni siquiera se asomaría un poquito. No iba a quebrantar las normas del señor de la casa, pero había que reconocer que era un auténtico disgusto no poder visitar la habitación que más le atraía.

Corrió rauda a la cocina, donde una criada salía, en ese momento, con una bandeja en la que llevaba el desayuno de Lily.

La siguió y entraron en el aposento de la niña. La sirvienta depositó el desayuno en una mesita y se marchó para dejar a Ivy excusándose por su tardanza ante Eunice, quien ya se encontraba abriendo las cortinas del balcón.

La mujer le enseñó los hábitos diarios a la hora de levantar a la pequeña. No le supondría esfuerzo alguno, ya que Lily había aprendido a ser muy independiente en el internado. Le asombraba cómo la niña podía asearse, vestirse sola e incluso cepillarse el pelo, y lo conforme que se mostraba ante cualquier tipo de alimento. No era lo propio en la hija de un lord, según Eunice. Cuando la niña terminó de vestirse bajo la atenta supervisión de la gobernanta, esta salió a revisar que los muebles que encargó para que pudiera recibir las clases en la guardería estuvieran debidamente colocados, y dejó a Ivy a cargo del cabello de la niña.

La joven cepilló su pelo y en un cajón encontró una colección de cintas de colores. Seleccionó varias de ellas y se las dio a elegir a la pequeña, quien la miró con extrañeza ante la novedosa opción de

poder decidir.

Mientras terminaba de arreglarla, Ivy pudo observar con disimulo un pequeño daguerrotipo enmarcado en plata que reposaba sobre la peinadora. Mostraba la imagen en blanco y negro de un hombre y una mujer que serían, con toda seguridad, los padres de la pequeña, por el parecido del varón con lord Kendrick. La dama, su esposa, era una mujer sumamente atractiva, rubia y menuda, con cierto aire a la dama del cuadro que presidía el salón.

Después de desayunar fueron hasta la cercana guardería. Una mesa grande y varias sillas cómodas, que el día anterior no estaban, se encontraban dispuestas cerca del balcón, así como una pequeña pizarra con ruedas. Ivy recordó que había dejado los libros en la habitación, al igual que cuadernos y algunos lápices, pero en la mesa encontró una buena provisión de hojas en blanco, plumas, tinta y tiza.

Pasaron varias horas aprendiendo los rudimentos de la escritura y la lectura, y haciendo pequeñas sumas.

Lily sentía miedo e inseguridad a la hora de acometer sus tareas. Se notaba que había comenzado su enseñanza en el internado, pero no debió de ser muy agradable para ella, ya que se mostraba nerviosa ante la posibilidad de equivocarse. Los primeros intentos de Lily por escribir con tinta acabaron en borrones sobre el papel y lágrimas de frustración por parte de la niña, pero, animada por las dulces y tranquilizadoras palabras de Ivy, fue ganando confianza y, poco a poco, comenzó a hacer trazos cada vez más limpios.

A media mañana, después de un refrigerio en el que Ivy había podido tomar un té y recuperar el desayuno perdido, esta decidió que era suficiente para ser el primer día y le ofreció a Lily la oportunidad de dar un paseo y aprovechar una jornada soleada antes de que el otoño se presentara llevándose todo rastro del calor del sol y no tuvieran demasiadas oportunidades de sentir sus rayos sobre la piel.

Ivy dejó que la niña le enseñase los jardines y las fuentes repartidas aquí y allá, cerca de estratégicos bancos para descansar.

A la hora del almuerzo, Eunice las vio llegar, sonrosadas —Lily con una sonrisa en su rostro e insólitamente parlanchina—, y supo que la señorita Archer había sido todo un acierto.

Almorzaron las tres juntas. Eunice le contó a Ivy que lord Kendrick le había pedido que no dejara que la niña hiciera sus comidas sola cuando él no estuviera; así que, en tanto él no regresara, podrían

sentarse juntas y comer con ella.

Lily le preguntó a Eunice si faltaba mucho para que su tío volviera a Rothesay y, para sorpresa de Ivy, no lo hizo con temor, sino con anhelo y añoranza. ¿Sería capaz el señor de Rothesay de ganarse el cariño de una niña pese a sus rudos modales y su mal carácter?, se preguntó. En aquella casa todos parecían tenerle mucho cariño, admiración incluso. A Eunice se le iluminaban los ojos al hablar de Arthur Kendrick. Quizá, pensó Ivy, al haberlo soportado desde niño, estaba acostumbrada a sus gestos despectivos y a sus actitudes de superioridad para con el resto del mundo. Sería muy interesante comprobarlo una vez que llegara, caviló, pero tan pronto como lo pensó, se arrepintió. Le resultaba extraño estar viviendo bajo su techo, en la misma casa que él. Recordó que lo había abofeteado cuando el laird se lo había propuesto en Arlington Row, y se sonrojó tanto que bajó la cabeza y se dedicó a meter la cuchara en el plato hasta que estuvo vacío.

Durante los días siguientes, Ivy estrechó lazos de amistad con Eunice y de cariño con Lily. La gobernanta era una mujer paciente, bondadosa, que había trabajado toda la vida con los Kendrick y se había dedicado a ellos en cuerpo y alma. No se había casado y hablaba de Arthur y Graham con un amor casi maternal. Cuando se refería a Arthur, una gran sonrisa presidía su rostro. En cambio, hablar de Graham aún la hacía sufrir, apretaba los labios, palidecía, desviaba la conversación.

Lily, por su parte, avanzaba rápidamente. Mostraba gran interés por aprender a escribir su nombre y el de su tío. La sorprendió al revelarle que Arthur le narraba anécdotas de su padre cuando era pequeño, e incluso cuentos, si ella se lo pedía. Sin embargo, Lily no solía hablar de su madre. Ivy se preguntaba qué motivos tendría para vivir en el extranjero y dejar a su hija a cargo de su cuñado. Quizá era algo que solían hacer los aristócratas, concluyó.

Aprovecharon todos los días en los que el sol brilló para salir a jugar al jardín y dar paseos, a los que de vez en cuando se sumaba Eunice. Mientras la niña recogía flores o jugaba, institutriz y gobernanta charlaban.

Llegaron las primeras lluvias y los juegos se limitaron a los que se podían practicar en la guardería. Para evitar la monotonía, Ivy y Lily bajaron varias veces a la sala de música, para comenzar con algunas nociones de piano, y pintaban bodegones en la sala de dibujo. La biblioteca la seguía atrayendo... quién sabe qué libros maravillosos se

escondían en aquella habitación: cuentos, leyendas... que podrían ser usados en las clases y que se estaban perdiendo.

Los días se tornaron monótonamente fríos y lluviosos.

Las chimeneas se mantenían encendidas, día y noche.

En una de esas noches en la que una espantosa tormenta descargaba su furia con más rabia de lo acostumbrado contra los muros de la mansión Kendrick, se oyeron golpes en la puerta. Todos estaban ya acostados. Ivy, que no podía dormir a causa de los truenos, dio un respingo en la cama al oír los golpes y su primera intención fue meter la cabeza bajo las mantas.

¿Quién estaba fuera y llamaba en tan espantosa noche?

Fue inútil que intentara contener su curiosidad.

Descalza y en camisón, tomó una vela. Recorrió el pasillo dejando que los ilustres Kendrick expuestos en los cuadros la contemplaran y llegó hasta la escalera para ver qué ocurría. Eunice y un criado abrían ya la puerta, y, en ese momento, se oyó un terrible trueno, a la vez que un rayo iluminó la estancia como si fuese de día.

Entonces lo distinguió, sin asomo de duda. Lord Kendrick había llegado, y su imponente mirada se posó sobre la muchacha despeinada y en camisón que presidía la escalera.

Capítulo 11

A la mañana siguiente, Ivy reanudó sus tareas diarias sin que nada diera a entender que lord Kendrick había llegado. Eunice, más seria y pensativa de lo normal, no se lo mencionó, ni tampoco a la niña. ¿Lo habría soñado? Recordó todo lo ocurrido, la tormenta de anoche, los golpes en la puerta, su figura en la entrada y esos ojos penetrantes que la descubrieron al final de la escalera y que hicieron que corriese a ocultarse en su alcoba. Quizá hubiera vuelto a marcharse y, por algún motivo, le había pedido a la gobernanta que no lo delatase. Era todo tan misterioso que pensó en encarar el asunto directamente con Eunice en cuanto estuvieran a solas.

Lily recibió sus clases diarias, pararon para almorzar, y después la

niña le suplicó, antes de bajar a la sala de música, que se divirtieran un rato con el juego que más le gustaba de todos: el escondite. Ivy, a quien mortificaban las clases de piano, pensó que sería una buena idea para entretenerse en una tarde gris en la que no acababa de llover, pero que nubes plomizas amenazaban con una nueva tormenta.

Eligieron el salón principal para sus juegos, ya que había suficiente espacio y muebles para esconderse.

Primero se escondió Lily e Ivy se tomó su tiempo para encontrarla, a pesar de que hacía un buen rato que la había descubierto. Después le tocó a Ivy el turno de ocultarse y procuró no ponérselo demasiado fácil a la pequeña, que disfrutaba revisando todos los sitios posibles en los que podría estar la institutriz.

La tarde pasó volando entre juegos y casi llegó la hora del té sin haber pisado la sala de música. Al día siguiente le dedicaría más tiempo, se reprendió Ivy. La tarde caía cuando Lily y su maestra, sentadas ambas en la banqueta ante el piano, comenzaron a aporrear las teclas. La interpretación de esa jornada estaba siendo especialmente desafortunada, e Ivy deseaba que Eunice las llamara para tomar el té y se acabara la tortura cuando alzó la vista y se encontró con la mirada sarcástica del laird de Rothesay, quien apoyado en el marco de madera de la puerta parecía observarlas desde hacía rato.

La joven se envaró, retiró las manos del piano y las cruzó sobre su regazo. Extrañada ante el gesto, Lily siguió su mirada y entonces se dio cuenta de la presencia de su tío. Emocionada, se levantó de su asiento y corrió a sus brazos. Arthur la levantó en volandas, lo que despertó las risas de la niña, y la besó, ante las quejas divertidas de ella por la molesta barba. Con la pequeña en brazos, apenas se molestó en dirigirse a la institutriz para ordenarle que le llevaran el té a la sala de estar. Lily pasó el resto de la tarde con su tío.

A la hora de la cena, Eunice le contó a Ivy que el señor de Rothesay había llegado la noche anterior y que no la había avisado antes de su presencia para que Lily no perdiera su concentración por la mañana, ya que lo que más feliz la hacía era estar junto a su tío cuando él se encontraba en la residencia.

Cuando Arthur se encontraba en casa solía cenar con la niña y pasar un rato conversando con ella antes de que se la llevaran a la cama, por lo que Ivy compartió su cena con Eunice y los demás sirvientes en la cocina.

Aunque la conversación estaba resultando animada, Ivy no hacía más que darle vueltas en su cabeza a la fría bienvenida que le había mostrado el señor de la casa. En realidad, no le había dado ninguna bienvenida, la había ignorado, como si fuera un objeto que llevara mucho tiempo allí, y tan solo se había dirigido a ella para decirle que se encargase de pedirles un té. Típico de él, se dijo, y más aún ahora que estaba en sus dominios.

Se quedó en la cocina hasta que llegó la hora de llevar a la niña a su habitación, algo de lo que la gobernanta había dejado de encargarse desde su llegada.

Tendría que aparecer ante lord Kendrick para reclamar a la niña, pensó afligida.

Resignada, compuso lo mejor que pudo su vestido de pequeñas flores celestes y su moño, un tanto despeinado, ante uno de los espejos de la entrada.

Eunice, que regresaba de hablar con el laird, pasó junto a ella, le sonrió y le dijo que él se mostraba muy complacido de que se hubiera decidido a venir, finalmente. Aquello la sorprendió, a ella no le había comentado lo más mínimo; de hecho, si tuviera una mascota, estaba segura de que le hubiera hecho más caso. «Si supiera mis motivos en realidad...», caviló Ivy.

Suspiró y entró en el salón.

Lily jugaba ante su tío con una muñeca nueva y este la miraba con adoración hasta que, al escuchar los pasos de Ivy, se volvió. Su rostro alegre mudó a uno serio y la observó, recorriendo su figura de arriba abajo con un extraño brillo en los ojos que Ivy no supo interpretar, pero que tenía algo de animal. «Este hombre me da escalofríos», pensó.

Lily se despidió de su tío con un abrazo para tomar de la mano a su institutriz. Cuando Ivy casi soltaba un suspiro de alivio al verse fuera del alcance del lord, escuchó que le decía:

—Baje en cuanto la niña esté acostada. Me gustaría que tuviéramos una conversación. —Ivy movió su cabeza hacia un lado y asintió sin volverse.

Quizá si tuviera a Eunice junto a ella le hubiera pedido consejo. ¿Qué podía esperar en ese caso? Que hablara con ella no debería ser

extraño. Al fin y al cabo, era la institutriz de la niña y tendría que informarle de su trabajo. Pero que lo hiciera a esas horas y después de haberlas visto tocando el piano… Bueno, si a eso se le podía llamar tocar, más bien golpeaban el piano. Unos pensamientos nada halagüeños se atropellaban en su cabeza. Oh, Dios, iba a despedirla. Seguro. Si no lo hacía por eso, lo haría por cualquier otra cosa. Tal vez la niña le había contado lo de los juegos en el jardín y quizá le parecería que perdían el tiempo; o los juegos en la casa, el escondite, las muñecas… no eran precisamente el ajedrez o las damas. Ivy pensaba enseñárselos un poco más adelante, sin forzar, pero a saber qué le parecería al lord. A lo mejor pensaría que se había equivocado con ella después de todo.

Lo escucharía, pero la joven le daría su opinión, por supuesto. Puede que la despidiera, pero antes le pediría que no atosigara demasiado a la pequeña. Necesitaba recobrar su confianza y autoestima antes de pedirle tareas complicadas. Si le exigía demasiado, acabaría retrayéndose y…

Lily ya estaba acostada, la arropó y le acarició la mejilla sonrosada. La niña apretó la nueva muñeca contra su pecho, bostezó y cerró los ojos. Ivy tomó la vela y salió de la habitación cerrando la puerta.

Bajó las escaleras camino del salón, donde la esperaba lord Kendrick, como si se dirigiera al patíbulo.

Sentado en el desgastado sillón de la sala donde se encontraba el cuadro de lady Kendrick, Arthur parecía ensimismado en la contemplación de las llamas de la chimenea, mientras balanceaba un vaso de licor vacío.

Ivy había sido demasiado sigilosa al entrar y tuvo que carraspear con suavidad para sacar al hombre de sus pensamientos.

—Señorita Archer, nos vemos de nuevo. Finalmente aceptó mi propuesta.

«¡Qué remedio!», pensó Ivy.

—Sí, le estoy agradecida por su confianza. Me sorprendió la presteza con la que los abogados arreglaron mi partida a Rothesay, como si lo estuvieran esperando.

—Siempre conté con la posibilidad de que lo pensara con tranquilidad y se decidiera a acompañarnos. ¿Qué le parece? ¿Ha tenido tiempo de adaptarse? ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Tres semanas. —Lo observó levantarse con agilidad casi felina y dirigirse hasta el mueble bar para tomar una botella—. En cuanto a Rothesay…

—No, claro que no. Yo… no bebo —contestó con un deje de indignación.

—Vaya, pensé que las damas inglesas no eran reacias a una copa de vino de vez en cuando.

—Señor… Lord Kendrick, siento decirle que su conocimiento de las damas inglesas no se corresponde con el mío. Yo… desde luego no tomo vino, y mucho menos cuando trabajo.

—Cierto, señorita Archer. ¡Cómo he podido olvidar que se encuentra aquí por razones de trabajo! —Rio resueltamente ante la expresión enfadada de Ivy, quien tras escuchar su risa mudó del enojo al pasmo más absoluto—. Es posible leer sus pensamientos como si los expresara en voz alta, Ivy —pronunció su nombre como si lo acariciara—. Está visto que debo pensar muy bien lo que digo antes de hablar en su presencia.

—Yo… es usted… demasiado… creo que se expresa con una franqueza inusitada, lord Kendrick, no es lo usual entre un caballero y una dama, o una… institutriz.

—Es probable que tenga razón. He vivido muchos años en América y allí las relaciones no son tan… encorsetadas. Había olvidado los modales de la vieja Europa, las diferencias entre clases. Aquí es todo muy aburrido y tremendamente rígido. No hay libertad para hablar con sinceridad, hay que dar mil rodeos para solucionar cualquier problema, y la palabra de un hombre no basta por sí sola…

Ivy comprendió que sus quejas iban dirigidas a algo que Kendrick tenía en su cabeza y lo importunaba. Deseó retirarse, pero no podía hacerlo en este momento sin que se considerara un desplante y una descortesía.

«Encorsetadas normas sociales», pensó, «Kendrick no está demasiado equivocado».

—Siento mucho importunarla, señorita Archer. Me hablaba de Rothesay…

Ivy lamentó que la conversación se alargase, nada le urgía más en

ese momento que desaparecer de su presencia. Intentó retomar el hilo de sus pensamientos.

—Es un lugar… de ensueño, lord Kendrick. Tiene una mansión magnífica y los jardines que la rodean… nunca había visto nada igual.

—Me alegro de que le guste. Sí, es un lugar por el que merecería la pena luchar —dijo para sí más que para ser oído; sin embargo, Ivy lo escuchó a la perfección y se preguntó qué significarían esas palabras —. Estoy firmemente convencido, además, de que el personal a mi servicio es lo más valioso de todo Rothesay.

—Oh, sí. La señora Turner ha sido de gran ayuda, no sé qué hubiera hecho sin ella al principio…

—Eunice es como una madre para mí, señorita Archer. Me gusta que se ocupe de mi sobrina, pero entiendo que su edad ya no le permite hacer ciertas cosas y por eso la he elegido a usted.

—Ivy levantó la barbilla, súbitamente seria, al ser mencionada—. Lily necesita de alguien que la entienda, que le enseñe sin atosigarla. Esa niña ha sufrido mucho a pesar de su edad. Ha estado en un internado sola mientras su padre se moría y su madre… Necesita aprender a defenderse. —Ivy asintió—. Sin embargo, no estaría mal que también aprendiera algunas nociones de música, que seguramente usted podrá proporcionarle…

Esta vez fue ella quien lo cortó:

—Lord Kendrick, mis conocimientos de música se limitan a unos años terribles, sobre la materia, en un internado, debo confesar. Y en cuanto a práctica con el piano, por ejemplo… bueno, en casa no teníamos, así que me temo que mi destreza deja mucho que desear…

La muchacha lo observó volverse repentinamente pensativo. Permanecieron unos momentos en silencio hasta que Arthur dijo:

—No se preocupe. Mañana veré en Rothesay si encuentro algún profesor de Música que sea de mi agrado, y tanto Lily como usted podrán practicar.

—Es usted muy amable.

—No voy a permitir que Lily se quede sin su adorada institutriz por un problema con el piano, ¿no cree?

Considere a su disposición todo lo que necesite para el beneficio de mi sobrina, y si precisa cualquier otra cosa no dude en hablar con la señora Turner o conmigo.

—Gracias, lord Kendrick. Si no desea nada más...

Arthur la miró con una ceja levantada y una media sonrisa que a Ivy le resultó inapropiada y... muy atractiva. Antes de que su rostro demostrara lo que estaba pensando, se dio la vuelta y salió de la habitación con la sensación de que, en su conversación con el señor de la casa, había pasado por una oleada de diferentes sentimientos, desde la indignación a la admiración, hasta la compasión y la ternura. Cualquier encuentro con Arthur Kendrick lograba despertar en ella una mezcla de emociones que no la dejaban indiferente.

Capítulo 12

En cuanto Lily se despertó a la mañana siguiente, pidió ver a su tío. Eunice le contó que se había marchado temprano para visitar a unos arrendatarios y que llegaría a la hora del almuerzo. La niña se pasó toda la mañana mirando por la ventana, sin concentrarse en ninguna de sus tareas.

Aunque lo esperó con ansia a la hora de comer, no llegó, y Eunice e Ivy la acompañaron en la mesa como solían hacer cuando él no estaba. Tras la comida y en vista de que toda concentración iba a resultar imposible, Ivy cogió el cuaderno y los lápices de dibujo de Lily y salieron al jardín para dar un paseo en tanto no encontrasen algo digno de ser dibujado.

A la pequeña le gustaban las flores de colores vivos y solía pararse a recoger algunas que regalaba a su institutriz para que se las pusiera en el pelo y para adornarse ella misma. Después de que la joven insistiera en que debía escoger algún modelo para su dibujo, Lily decidió que le haría un retrato a ella y le pidió que se sentara en un banco, escogiendo una postura elegante y un giro de cabeza que al parecer la favorecía.

Ivy se dejó hacer, mientras Lily se sentaba en el suelo, ya que pese al consejo de su institutriz de que aquella perspectiva desde el suelo no era la correcta, según la niña era la que le resultaba más

favorecedora.

Si Arthur Kendrick quería que su sobrina defendiera sus intereses, esta iba, sin duda, muy bien encaminada, juzgó Ivy, quien al cabo de un rato se dio cuenta de que su retrato no tenía visos de ser terminado aquella tarde cuando vio a Lily escribiendo palabras en la tierra con un palito.

Se levantó del banco y se inclinó junto a ella para ver lo que escribía. Le enterneció el esfuerzo de la niña por poner el nombre de su tío al lado del de ella. Lily había anotado su nombre correctamente, pero el de Arthur le estaba resultando mucho más difícil. Se sentó cerca de ella, sin importarle mancharse el vestido y, tomándole la mano, le enseñó a escribirlo. Los ojos de la niña brillaban orgullosos al conseguirlo y un grito entusiasmado se escapó de su garganta al ver acercarse a su tío por el sendero.

Ivy también estuvo a punto de gritar cuando vio que... ¡lord Kendrick se había afeitado la barba! La joven se puso en pie tan pronto lo hizo Lily, que corrió en busca de su tío. Mientras la pequeña era aupada por Arthur y sometía su cara a múltiples caricias, pellizcos y achuchones, Ivy intentaba no fijar su vista sobre el rostro del lord, quien parecía mucho más joven y atractivo ahora que no llevaba la cara enterrada en una maraña de pelo, y sus ojos de un azul celestial destacaban tanto que le estaba resultando muy difícil apartar la vista de ellos.

Lo hizo en cuanto lord Kendrick dejó a Lily en el suelo y se dirigió a ella con una mirada interesada.

La institutriz se obligó a enfrentarse a aquellos expresivos ojos que siempre habían estado ahí, que siempre la habían abrumado, pero que no sabía muy bien por qué le resultaban más impertinentes en ese momento.

Dejándose llevar por su sobrina, Kendrick se acercó hasta Ivy, la saludó con una inclinación de cabeza, mientras la recorría con aquella mirada inquietante y se paraba en las flores de su pelo.

—Tío Arthur, tienes que ver esto —le dijo la niña, mostrándole sus nombres escritos sobre la arena del camino.

—Lily, ¡has puesto nuestros nombres! ¡Qué niña tan inteligente!

—En realidad me ha ayudado la señorita Archer, aunque creo que ya puedo escribirlos sola. Señorita Archer, ¿mañana me ayudará a anotarlos en mi cuaderno? También escribiré el suyo si me enseña.

Pondré el de tío Arthur entre nuestros nombres y así estará rodeado de flores.

Aquellas palabras de la niña despertaron las risas espontáneas de los dos; y la niña, avergonzada, corrió a esconderse entre las faldas de la institutriz.

—Lily, esa es una idea excelente —la animó esta.

Arthur recogió el cuaderno de dibujo del suelo y contempló el boceto de su sobrina. Destacaba la silueta de una mujer, que llevaba una flor en el pelo y mostraba unos ojos poco alineados y una nariz y una boca trazadas de forma infantil. Buscó la mirada de la institutriz y le preguntó socarrón:

—¿Qué opina, señorita Archer? ¿Cree que el dibujo de nuestra Lily le hace justicia a la modelo?

Ivy notó un brillo divertido en sus ojos y su corazón empezó a latir con más rapidez.

—Yo diría que es un retrato bastante aproximado, sin duda. Lily tiene un espléndido futuro como pintora si continúa practicando, y estoy segura de que le encantará que para su próximo boceto sea usted su modelo.

Prometo confrontarlo con el original y valorarlo en su justa medida.

—Sí, sí, por favor, tío Arthur —le pidió la niña entusiasmada—. ¡Déjame que te dibuje!

Lord Arthur no pudo reprimir la risa y, acercando su rostro al oído de Ivy, le susurró, sin parar de reír:

—Touché.

La muchacha notó el loco galopar de su corazón cuando el caballero le habló al oído.

Como aún era pronto para el baño y la tarde continuaba espléndida, Arthur sugirió continuar el paseo y los tres recorrieron los

jardines en animada charla hasta que Eunice, preocupada por no verlos llegar, salió a buscarlos para avisar de que el agua para el baño de Lily se estaba enfriando.

Una vez que la niña estuvo lista, Ivy la acompañó al salón, llevando de nuevo la muñeca que su tío le había regalado, y la dejó con él, mientras ella subía a asearse y pensaba en la posibilidad de cenar en su habitación un sándwich e irse a la cama tan pronto acostase a la niña.

Cuando bajó para comentarlo en la cocina, Eunice la esperaba con una sonrisa resplandeciente y novedades.

—Me gusta tu vestido, tiene un bonito color azul que te favorece y es lo suficientemente apropiado para la cena. Vamos, han puesto un cubierto más en la mesa de lord Arthur. A partir de ahora te sentarás con ellos a cenar.

—Eunice, eso no es nada apropiado —le dijo sorprendida.

—Si es lo que el lord desea, no veo por qué no debería serlo. Tienes unos modales exquisitos, querida, y así les harás compañía a los dos.

—Pero...

—Nada de remilgos. ¿No irás a hacerle el feo de negarles tu compañía en la mesa? Te están esperando para empezar.

Aquel era un argumento contundente de algo que a Ivy le seguía pareciendo inapropiado. Al parecer sus encuentros con lord Arthur no se iban a limitar a momentos puntuales, tendría, además, el honor de encontrárselo todas las noches durante la cena. Una inquietud familiar volvió a recorrerla. Durante el paseo de la tarde con Lily, tras la escena del boceto, se había mostrado tan encantador y divertido que casi le había parecido estar ante un hombre diferente, que escondía su alegría y buenos sentimientos tras una máscara de tosquedad y malhumor.

Cuando llegó al comedor acompañada de la gobernanta, comprobó que el señor de Rothesay y su sobrina la esperaban con una sonrisa y un cubierto frente a la niña. Lord Kendrick presidía la mesa con Lily sentada a un lado e Ivy se sentaría al otro.

—Lord Kendrick, yo... —acertó a decir.

—Vamos, Lily y yo estamos muertos de hambre, nos comeríamos a un oso, ¿verdad, pequeña? Siéntese, por favor, no nos haga esperar más.

Así que, sin decir más, se sentó junto a él y se colocó correctamente la servilleta.

Eunice salió de la estancia e Ivy miró a Kendrick con aprensión. Él le explicó:

—No te preocupes por Eunice. Ya le pedimos hace mucho tiempo que compartiera la mesa con nosotros, pero tiene un sentido de clase tan arraigado y lleva tantos años trabajando para nuestra familia... que le hubiera costado una enfermedad si la hubiera obligado.

Ivy abrió la boca, sorprendida.

—Pero ella... ella me convenció...

—Tal y como le pedí, señorita Archer, no sea remilgada, usted compartió mesa conmigo en casa de los Muir.

—No trabajaba como institutriz entonces.

—Estupendo. Durante la cena no será una institutriz, sino mi invitada.

—Se quedará con nosotros, ¿verdad, señorita? —le pidió Lily.

¿Qué podía decir? Ivy se resignó, aunque no por ello dejó de agradecer el detalle de lord Kendrick de tratarla como a una igual. Ese hombre era una auténtica caja de sorpresas.

Después de la cena, Kendrick le pidió a Ivy que los entretuviera con alguna lectura y le mostró una selección de libros de aventuras: Ivanhoe, Los tres mosqueteros, El último mohicano...

A partir de aquella noche, durante las cenas y la sobremesa posterior, el señor de Rothesay, su sobrina y la institutriz charlaban, reían y se asombraban de las anécdotas que sobre su tiempo pasado en las Américas contaba Arthur Kendrick, en las que aparecían extraños animales, costumbres insólitas, temporales aterradores...

A Ivy le pareció que Arthur empezaba a suavizar sus modales, a reconciliarse con una época de su vida de la que no le hubiera hablado tiempo atrás. Después de cenar era el turno de Ivy, que les leía con

voz melodiosa emocionantes aventuras escritas en los libros. Lily sonreía feliz por primera vez en mucho tiempo. Aquel mundo minúsculo era todo lo que necesitaba, lo que la protegía; su tío y su institutriz eran su familia.

Capítulo 13

A principios de noviembre llegó el profesor de Música. Se llamaba Clayton Wayne y era un joven tímido, de agradables rasgos, pelo y ojos oscuros y tez pálida, que vestía con corrección. Ivy salió a recibirlo a petición de Eunice, ya que lord Kendrick había vuelto a marcharse durante unos días a Londres.

Clayton le contó que lord Kendrick se había puesto en contacto con la parroquia de Rothesay por si podían recomendarle a un buen maestro de Música que viviera en el pueblo y que se pudiera desplazar tres días a la semana hasta la mansión para dar clases a su sobrina.

Habían contactado con él, que era el encargado del órgano parroquial y el que lo tocaba durante los oficios, y se había sentido tan orgulloso que no lo había pensado un segundo. Ivy detectó algo parecido a la decepción cuando supo que no lo recibiría personalmente el señor de Rothesay, pero conforme pasaba más tiempo en la mansión, se consoló y su desilusión fue pasando.

Acordaron los días y las horas de las clases, y el profesor comenzó a ir puntualmente a partir de entonces.

Ivy permanecía con ellos durante las lecciones, empapándose de las enseñanzas del joven, que explicaba con infinita paciencia y dedicación. Lily fue soltándose poco a poco y comenzó a tocar pequeñas piezas religiosas y algunas populares. La presencia de Clayton era refrescante y ayudaba a romper la monotonía, pese a sus modales sosegados y su timidez. A veces las acompañaba a dar un paseo por los jardines de la entrada, antes de marcharse a lomos de su vieja mula hasta el pueblo. Ivy y Clayton descubrieron que se llevaban pocos años y que tenían gustos parecidos, y durante aquellos paseos charlaban sin cesar de música o filosofía.

Arthur regresó al cabo de dos semanas en Londres.

Le hubiera gustado solucionar sus asuntos antes y volver al hogar. Se descubrió echando de menos Rothesay, el cariño de su sobrina, la presencia reconfortante de Eunice, el calor de la cercanía de... Ivy.

Aquella muchacha marisabidilla, desafiante, diferente, de ojos brillantes y sonrisa preciosa se le había colado en el alma y su recuerdo lo asaltaba constantemente, dejándole el corazón acelerado y la piel anhelante. No podía ser que se hubiera enamorado de alguien que había estado a punto de comprometerse y había sido rechazada, ya que ella no se habría fijado en él, porque, de seguro, todavía andaría triste y compungida por la pérdida de su amado Gunn. Aunque no lo parecía.

Definitivamente, la señorita Archer no parecía en absoluto lamentar el compromiso fallido. No había detectado en ella el más mínimo asomo de pesar, más bien al contrario.

Al principio, la actitud de la muchacha fue algo desafiante, se mostraba alerta, atenta a cada una de las palabras que él pronunciaba, como si pudiera cogerlo en alguna clase de falta que justificase su marcha, su vuelta a Londres. Aquella etapa fue estresante para él, que quería que se quedara junto a su sobrina, pero a la vez muy estimulante. Poco a poco notó como ella se relajaba y comenzaba a disfrutar de su estancia en Rothesay y… de su presencia. Estaba seguro de que ella hubiera sido muy feliz sin él en la casa, pero dado que viviría allí durante un buen tiempo más, le valía acostumbrarse. Y lo hizo. Afortunadamente.

Ambos habían aprendido a sentirse a gusto en la compañía del otro. Y durante todo este tiempo no había asomado ni rastro de melancolía por el desaparecido Christopher Gunn. Él lo habría notado enseguida. Y no quería pensar que la muchacha hubiera tenido la intención de casarse con él solo para ascender en su escala social. Ivy no era de esas. Y él conocía muy bien a ese tipo de mujer. Podía olerlas de lejos. No había en Ivy una pizca de doblez, de segundas intenciones. Era sencilla, clara, transparente. Por eso le encantaba ponerla en aprietos o situaciones comprometidas y ver reflejarse en su hermoso rostro los pensamientos, las emociones que le provocaba y cómo intentaba resarcirse en cada situación. Adoraba eso de ella. No cabían dudas, algo le estaba pasando con la institutriz. No podía ser normal que pensara tanto en ella, que analizara cada una de sus miradas, de sus opiniones… y que le importaran.

Así que cabalgó veloz de vuelta cuando sus asuntos estuvieron resueltos, cuando el banco finalmente le concedió una demora en los intereses del préstamo y canceló todas las cuentas que no estaban a su nombre y que seguían desangrando las menguadas arcas de Rothesay.

Llegó justo a tiempo para cambiarse y bajar a cenar.

Lily e Ivy ya lo esperaban en el comedor.

Charlaron de los acontecimientos más importantes de los últimos días. Arthur trajo noticias de Londres y Lily le contó, entusiasmada, que ya era capaz de tocar pequeñas piezas al piano. Hablaron entonces de la figura del profesor de Música, al que tendría oportunidad de conocer en los próximos días, y escuchó muy atento el relato de Ivy sobre las virtudes del señor Wayne. Le prestó tanta atención que la joven se sintió azorada al notar como no dejaba de observarla atentamente, cada palabra que decía, la forma de pronunciarlas, el movimiento de los labios, y se detenía sobre ellos con una mirada anhelante, mientras se mordía sus propios labios.

De repente hacía mucho calor en el comedor. Por fortuna, habían terminado y pasaron a la salita, donde Ivy pudo refugiarse detrás de las páginas de un libro y poner sus cinco sentidos sobre este, para evitar pensar qué extrañas emociones estaba empezando a provocarle el señor de Rothesay y por qué se había sentido tan feliz, una hora antes, cuando Eunice le comunicó su llegada.

El sábado amaneció lluvioso y Arthur se quedó en casa, no salió durante la mañana a visitar sus tierras y a los arrendatarios, como solía hacer otros días. Fue a buscar a Ivy y a Lily a media mañana a la guardería y se quedó con ellas hasta terminar la lección.

Por las ventanas de la habitación se veía caer la constante lluvia plateada; y dado que no podrían salir al exterior, la pequeña propuso jugar a su juego favorito: el escondite. Ivy había evitado que lo jugaran mientras lord Kendrick se encontraba en casa. Tenía la impresión de que no sería de su agrado, aunque, tarde o temprano, se acabaría enterando, como así había sido. Para sorpresa de la muchacha, Kendrick no se lo tomó mal. Todo lo contrario. Decidió que él también participaría.

La niña le explicó las sencillas normas. Delimitarían una zona, decidieron que sería el hall de entrada y las salas colindantes, dos se esconderían y uno trataría de encontrarlos. El primer turno para buscar le correspondió a Arthur. Las descubrió poco después escondidas detrás de una chaise longue en la sala de dibujo. A continuación, Arthur y Lily se escondieron e Ivy tuvo que simular que no los veía pese a que oía sus risas desde debajo de una mesa en la sala de costura. El tercer turno para buscar le correspondió a Lily, quien comenzó a contar hasta veinte apoyada sobre la pared y con los ojos cerrados mientras ellos se escondían.

Arthur le hizo una señal a Ivy para que lo siguiera y la llevó hasta un imponente armario situado en la entrada. Abrió la puerta y la ayudó a entrar. Cuando él cerró desde dentro, Ivy se percató de que, de entre todas las cosas tontas y sin pensar que había hecho en su vida, esta quizá fuera la que se llevaría la palma.

Encerrada en el armario con un hombre. Por su propia voluntad, a oscuras, hombro con hombro, sintiendo el calor de su cuerpo y la cercanía de su aliento. La imagen de su madre con el ceño fruncido apareció ante sus ojos y se obligó a borrarla, ya que algo parecido a la risa le empezaba a subir desde el estómago. No era apropiado, pero se sentía muy bien. Arthur permanecía en silencio a su lado. Oyó unos pasos infantiles afuera y dio un respingo. El laird se movió ligeramente y ella, nerviosa, en un impulso, lo golpeó con la mano... en la entrepierna. Oyó un bufido y lo sintió encogerse. Deseó en ese momento que la tierra se la tragara. Quizá lo mejor sería rendirse, salir al encuentro de Lily y pedir auxilio para el pobre lord. Ella había oído decir a sus hermanos que los golpes en según qué sitios eran muy dolorosos, pero no quería ni imaginar qué clase de cura necesitaría, ni qué contaría acerca de cómo había recibido el daño.

Dio un paso adelante para salir del armario cuando notó que Arthur la tomaba de la mano. Con los ojos ya acostumbrados a la oscuridad, vio como él le hacía una señal posando el dedo índice sobre sus labios para que permaneciera callada. Si quería seguir jugando, pensó, era una buena señal. Ya no estaría tan dolorido. Se quedó quieta, sintiendo el calor de la mano de él sobre la suya. No la había soltado.

Escucharon los pasos de Lily alejándose. Él se acercó aún más a ella e Ivy comenzó a temblar. «¿Qué me pasa?», se preguntó. No tenía frío y, sin embargo, temblaba como una hoja movida por el viento sin poderlo evitar. Sabía que era la cercanía de él lo que lo provocaba. Y no temblaba de miedo, todo lo contrario.

Vibraba, como si algo inesperado y delicioso fuera a pasar y su cuerpo estuviera expectante, como si se abriera de deseo ante un placer largo tiempo esperado.

Arthur se acercó aún más y la notó estremecerse. La abrazó cálidamente acercándola a su pecho, la tomó de la barbilla y buscó sus labios, rozándolos, dejando que la punta de su lengua mojara la boca de ella. Ivy suspiró de placer y apretó su figura contra el duro y fibroso cuerpo del hombre y... Alguien abrió en ese momento la puerta

del armario e Ivy cayó al exterior.

Eunice, que se apartó justo a tiempo pensando que se le vendría encima una maraña de abrigos, gritó al ver una figura caer del armario. Y chilló aún más cuando la otra puerta se abrió y una figura enorme salió al exterior.

No sabía si sus ojos la engañaban, pero aquella que se incorporaba del suelo con la cara tan roja como un tomate, siendo ayudada por un hombre, era… la institutriz, y el hombre… el laird de Rothesay.

Lily y varios criados se asomaron al oír los gritos de la gobernanta. Ivy trataba de explicar que estaban jugando al escondite. Lily daba palmas, contenta de haberlos encontrado al fin; y los criados preguntaban, asustados, la razón de los gritos. Eunice los tranquilizó diciendo que había visto un par de ratones dentro del armario, que seguía con las puertas abiertas, y los despachó a todos ordenándoles que fueran a buscar trampas.

Cuando se quedaron los cuatro solos —Ivy, Lily, Arthur y Eunice—, la gobernanta escuchó la explicación de la niña acerca del juego del escondite, que era la causa por la que tanto la institutriz como su tío estuvieran ocultos en el armario. Aquellas cejas alzadas de Eunice le recordaron a Ivy las de su madre, aunque al notar cómo la mujer contenía la risa, pensó que no se lo había tomado demasiado mal después de todo.

Afortunadamente, la señora Turner les recordó que era la hora del baño e Ivy pudo escaparse con Lily escaleras arriba, cabizbaja, sin dedicar una sola mirada a Arthur, mientras él y Eunice las contemplaban desde las puertas aún abiertas del armario.

Capítulo 14

¿Qué había pasado? ¿Qué era lo que había ocurrido dentro de ese armario? ¿Lo habría soñado?

Mientras bañaba a la niña, la vestía, secaba su pelo y la peinaba con cuidado, Ivy no paraba de darle vueltas a todo lo que había sucedido. Hasta que Arthur no cerró la puerta del ropero y se quedó con él a solas y a oscuras dentro, no se percató de la inconveniencia de la situación, aunque tampoco era para alarmarse. Al fin y al cabo,

era solo un juego; y él, un caballero. ¡Ja! Aquello era una burda excusa. Él era un hombre y ella una mujer y, de resultas, no sabía cómo, él la había besado. Y ella no se había opuesto. En absoluto. Si Eunice no hubiera abierto la puerta… ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza!, probablemente, aún estarían besándose, porque ella había descubierto que le encantaba que lo hicieran. No era cierto. No le encantaba que la besaran. Le entraban náuseas solo de pensar que Christopher Gunn, por ejemplo, se acercara con esa intención. A ella lo que le gustaba era que Arthur Kendrick la rodeara con sus fuertes brazos y saboreara sus labios.

Y ahí estaba otra vez el temblor. Dejó de cepillar el cabello de Lily porque no podía controlarlo, ya que era más evidente en sus manos. Un estremecimiento que iba asociado a un cosquilleo que le recorría el vientre y se extendía por todo su cuerpo, llenándolo de calor y de una extraña inquietud. Cerró los ojos y recordó el momento en que Arthur la abrazó y dejó de temblar, el roce de su rostro junto al suyo, sus labios posados sobre los de ella…

¿Cómo iba a volver a mirarlo a la cara? ¿Qué estaría pensando de ella? Debería hacer su equipaje y marcharse. Lo que había pasado entre ellos no podía suceder entre una institutriz y su señor. «Oh, Ivy», se dijo, «has vuelto a equivocarte». Sintió ganas de llorar.

Ella no quería marcharse de Rothesay. ¿Cómo iba a dejar a Lily? ¿Qué excusa le podría dar? Y tampoco quería alejarse de Arthur Kendrick, aunque sabía que era lo más sensato y lo que debería hacer. Evitar la tentación.

Bien sabía ella que sus mundos estaban condenados a no encontrarse. A él lo esperaba una dama de su alcurnia, no la hija de un reverendo.

Quizá, después de todo, la solución se le presentaría más fácilmente. Puede que el propio Kendrick la instara a marcharse. Al fin y al cabo, si se había prestado a… jugar con él en el armario, le había demostrado que no era un ejemplo de comportamiento para su sobrina.

Pensó en argüir alguna indisposición para evitar la cena, pero aquello sería demasiado cobarde. Bajaría y daría la cara ante Eunice y ante el lord. Si Arthur no quería seguir contando con ella como maestra de su sobrina, cuanto antes lo supiera, mejor.

Sus pensamientos la entretuvieron más tiempo de lo deseado, y

cuando terminaron de arreglarse ya pasaban unos minutos de la hora a la que se sentaban a cenar. Se dieron prisa, lord Arthur estaría enfadado. Pero al contrario de lo que esperaba, el caballero las aguardaba en el comedor con una amplia sonrisa que la desconcertó.

Durante la cena y los siguientes días, Ivy evitó al máximo su contacto. Le respondía con monosílabos, no iniciaba ninguna conversación y pretextaba tener que escribir cartas pendientes para no salir a pasear con ellos.

El señor de Rothesay no solo no la había echado, sino que además estaba siendo más amable y atento que nunca, algo que le dificultaba mucho su propósito de mantener una relación estrictamente profesional con él.

Ella se estaba comportando de manera seca y retraída, parecía que las tornas habían cambiado, y él no lo merecía, pero la joven hacía lo que consideraba más conveniente para delimitar una relación que había sobrepasado los estrictos límites profesionales, y esperaba que él se diera cuenta y supiese entenderlo.

Arthur era muy consciente del cambio en el comportamiento de Ivy. Desde que jugaron al escondite y él se atrevió a besarla en el armario, ella había mudado su carácter hacia él por completo. El laird intentaba ser amable, obsequioso, y demostrarle que le importaba, que quería seguir profundizando en... su relación, pero la institutriz había erigido un muro entre los dos que lo mortificaba. Quizá en el fondo no le había gustado que él se tomara unas confianzas que no debía, aunque lo había hecho desde que había llegado a Rothesay. Había pasado las tardes paseando con ellas, cenaban juntos... él no la trataba como a una persona ajena, como a una empleada. Quería seguir conociéndola, acercándose a ella con las mejores intenciones. ¿Habría acaso otra causa que él no era capaz de discernir? La miraba y constataba que detrás de su rostro serio y reservado, se escondía un poso de tristeza. Decidió, con cierto temor a que su respuesta no le gustase y tuviera que arrancarla de sus pensamientos, que hablaría con ella.

Y con esa intención se dirigió hasta la sala de música, donde Lily, Ivy y el profesor, al que había saludado antes de comenzar la clase y había pedido que permitiera que la institutriz practicase con ellos, se encontraban.

Las risas se oían desde fuera de la habitación. Una alegre melodía

sonaba mezclada con la algarabía de voces. La puerta estaba abierta y desde allí contempló cómo Ivy y Clayton Wayne tocaban juntos sentados frente al piano, con Lily entre los dos.

Reían encantados mientras practicaban y se miraban a los ojos cuando alguna nota discordante era perpetrada por Ivy. Ella era la viva imagen de la felicidad y la alegría, tal y como se mostrara con él en otros tiempos, justo antes de que el profesor apareciera. Estaba bien claro que quien molestaba a la institutriz era él mismo. Y que, por el contrario, el señor Wayne le resultaba de lo más estimulante y divertido, pensó enojado.

Sin haber hecho constar su llegada ni haber solicitado la presencia de la institutriz para hablar con ella tal y como se había propuesto, lord Kendrick se alejó de la sala dolido, notando un creciente malestar, una sensación de ira mezclada con una tristeza que le era familiar. Una desdicha que ya había sentido cuando una mujer lo había rechazado por otro. Ivy no era así, se dijo, pero la imagen de ella y Wayne mirándose entre risas lo hundió en la miseria. Se dirigió a los establos, necesitaba ejercitarse, ocuparse en hacer algo con sus manos para desfogar su profunda desilusión.

Un enorme montón de leña se apilaba en las cuadras traseras. Los criados la iban cortando poco a poco según se iba necesitando en las habitaciones de la casa. Arthur se quitó la chaqueta y se subió las mangas de la camisa inmaculadamente blanca. Tomó un hacha y comenzó a cortar troncos.

Aquella actividad monótona y repetitiva lo abstraía y evitaba que su mente divagara y volviera una y otra vez al recuerdo de Ivy respondiendo a su abrazo en el armario; Ivy, evitándolo; Ivy, riendo feliz junto al profesor...

Dentro de la casa, Wayne y sus alumnas se despedían. Había sido una tarde divertida e Ivy le agradeció al profesor su clase. Mentalmente, se dijo que debía agradecérsela también a lord Kendrick, ya que Clayton le había manifestado el interés que había mostrado el caballero en que ella pudiera practicar.

Ivy se acordó, entonces, de su confesión ante Arthur el día que él llegó, cuando le contó que no se le daba bien tocar, puesto que en su casa no tenían piano en el que practicar. Sintió un pellizco en el corazón ante el generoso detalle de él. Se había sentido tan feliz y emocionada que había disfrutado de cada minuto de clase que Wayne

le había dedicado, aunque tenía muy claro que debía de agradecérselo a Arthur, a su bondad y generosidad. Iría a buscarlo en cuanto el profesor se marchase.

Acompañaron a Clayton hasta el establo donde estaba su mula. El muchacho se sintió algo decepcionado por la escasa atención que recibía hoy por parte de sus alumnas. Estaba claro que no tendría lugar el habitual pequeño paseo, pues Lily preguntaba dónde se encontraba su tío, al que quería contarle lo bien que lo había pasado, e Ivy tenía la cabeza en otra cosa, como reflejaba su expresión distraída.

Al llegar a las cuadras, la institutriz, el profesor y la pequeña se encontraron con la extraña estampa del laird, que cortaba leña como un vulgar criado, pensó Wayne. Como un dios griego, pensó Ivy por su parte, quien no podía apartar los ojos de aquella mole de hombre, con la camisa obscenamente abierta, puños arremangados, el pelo despeinado, cayéndole sobre la frente y marcando, en cada movimiento, la tensa musculatura de su cuerpo. Tragó saliva para humedecer una garganta que se le había secado de repente.

Lily fue la que consiguió atraer la atención de su tío, quien paró sus movimientos para fijar sus ojos, que echaban chispas, en la pareja formada por Ivy y Clayton.

La niña se abrazó a las piernas de su tío y consiguió que su rostro se distendiera y mudara del enojo a la ternura. Se puso la chaqueta y, tomando de la mano a Lily, se despidió del profesor con un escueto «buen viaje», mientras regresaba a la casa acompañado de su sobrina.

Esta vez le tocó a Ivy el turno de ser ignorada.

Capítulo 15

Eunice, afortunadamente para Ivy, no había comentado nada de la escena del armario, estaba especialmente locuaz y preguntona esa mañana, mientras desayunaban en la cocina antes de subir a despertar a la niña.

Ivy, en cambio, llevaba unos días alicaída, sin su habitual alegría, y la gobernanta podía verlo de lejos, tan claramente como notaba que

el malhumor había vuelto a instalarse en el semblante del lord. Al parecer la armoniosa relación entre el señor y la institutriz se había roto. Eunice estaba segura de que ese cambio emocional los ligaba a ambos.

Era una pena, pensó, que las cosas no marchasen entre Arthur e Ivy porque, aunque no había pasado demasiado tiempo paseando con ellos debido a sus quehaceres y las molestias de sus viejas piernas, sí había tenido la sensación de que algo hermoso estaba creciendo entre los dos, algo que podía hacerlos muy felices. Y sospechaba que alguna circunstancia había sucedido que había acabado por alejarlos.

Cuando la cocinera salió a recoger unos pedidos y las dejó a solas, Eunice intentó encontrar aquello que hacía infeliz a Ivy, y por ende a Arthur.

—Te veo melancólica estos últimos días, Ivy, ¿te encuentras bien? —le preguntó.

Ivy suspiró. ¿Qué le podría decir? ¿Qué desde que Arthur le había dado su misma medicina y la trataba con indiferencia y brusquedad, se sentía la muchacha más infeliz del mundo?

—Sí, yo… supongo que estaré algo cansada… No es nada.

—Lord Kendrick también parece más… cansado últimamente, como tú dices, aunque yo lo definiría como triste y enfadado.

La joven la miró sorprendida. Al parecer Eunice sabía o sospechaba más de lo que aparentaba.

—No sé lo que le ocurre a lord Kendrick, Eunice…

—Sé que no me has preguntado ni me has pedido la opinión, pero si lo hicieras, lo que sería muy buena idea, yo te diría que sospecho que tus males y los suyos son los mismos. Verás, Ivy, pese a que no te conozco desde hace mucho tiempo, eres como un libro abierto, querida; y en cuanto a lord Kendrick, fui la segunda que lo cogió en brazos al nacer. El primero fue el médico, por si te sirve de algo para comprender que lo conozco mejor que nadie, Ivy, y sé que él no está bien. Y tú tampoco.

La institutriz miró a Eunice con sus grandes ojos bien abiertos, sin atreverse ni a pestañear, segura de que unas tontas lágrimas se le escaparían. Un nudo le comprimía la garganta, y de repente tenía

ganas de llorar y de contarle a Eunice lo desgraciada que se sentía desde hacía un tiempo. Y sí, era a causa era Arthur. Y si él se sentía un poquito mal también, se lo tenía bien merecido, aunque aquello no fuera un pensamiento muy cristiano, se recriminó.

—Pensaba que os llevabais especialmente bien, el juego del armario parecía muy divertido…

Ivy resopló y se tapó la cara con las manos.

—Aquello no fue muy apropiado, sé que no estuvo bien. —La escuchó decir Eunice, escondida tras sus manos.

—No, no es lo apropiado entre un lord y su institutriz

—razonó la gobernanta—, pero Arthur no es un lord al uso. Si ha mostrado interés por ti, de seguro está interesado en hacer las cosas bien. No lo educaron para aprovecharse de las mujeres.

Ivy se quitó las manos del rostro y la miró con un brillo extraño en los ojos.

—¿Qué quieres decir? ¿Lord Kendrick está interesado en mí?

—Es más que evidente, Ivy, yo nunca lo había visto tan feliz junto a nadie. Pero… no sé qué ha ocurrido entre vosotros y si es algo que podéis solucionar.

La joven meditó las palabras de Eunice, quien, al entrar de nuevo la cocinera y su ayudante, volvió a quedarse en silencio.

Ella lo había tratado con frialdad desde la escena del armario porque estaba convencida de que era lo más conveniente. No quería que él pensara que era una muchacha fácil, de la que podría aprovecharse y dejar abandonada. Ella no lo iba a consentir. Recordaba cómo su reputación había sido comprometida por el hijo de lord Gunn, y las palabras de su hermana Rose instándola a que fuera precavida en todo lo relativo a los hombres. Si Arthur Kendrick tenía intenciones honorables con respecto a ella —su corazón se aceleró ante este pensamiento—, debería de perseverar y cambiar su actitud y entender que su frialdad era todo lo que le podía ofrecer, en tanto él no le hablase de forma sincera sobre sus sentimientos.

Pasó la mañana sin verlo; y por la tarde, mientras Lily dormía una pequeña siesta, bajó a la cocina en busca de una taza de té.

Al pasar frente a la biblioteca vio la puerta entreabierta. Una suave y agradable luz se colaba, invitándola a asomarse. Ivy asió el picaporte y entró sin dudar.

Aquella mañana durante la lección de Lily, había necesitado unos mapas y había pensado pedírselos a Eunice o al laird. Pero en ese momento recordó con sorprendente claridad que Arthur le había dicho durante su primera entrevista que tenía a su disposición todo cuanto pudiera necesitar su sobrina. Estaba claro que el sitio donde encontraría un atlas sería ese y la prohibición de no entrar no tenía lugar. Lily necesitaba los mapas.

Cerró la puerta tras ella y contempló la magnífica sala recubierta de suntuosas estanterías de madera de suelo a techo. Cientos —probablemente miles— de libros se alineaban en sus estantes. En el centro de la amplia habitación se encontraba un cómodo sofá sobre una preciosa alfombra de estilo oriental. Al fondo, frente a un ventanal por el que se colaba una suave luz otoñal, una mesa grande orlada de molduras acogía lo que parecía un cómodo sillón. Aquel era, sin duda, el despacho de Arthur.

Cruzó la habitación y se acercó hasta su mesa, cubierta de papeles. Paseó sus dedos por los bordes ornamentados, acariciándolos. Repasó la suave y aterciopelada tela del sillón de un rojo tostado, imaginando a lord Kendrick recostado sobre él, descansando su amplia espalda, dejando que los músculos de sus brazos se relajaran... aquellos brazos que la habían abrazado con ternura y deseo.

Se obligó a abandonar esos pensamientos y dirigirse hacia los estantes. ¿Por dónde debía empezar a buscar?

Aunque mentalmente se aconsejó no tardar demasiado, era una tarea imposible teniendo a su alcance tantos libros interesantes. Se prometió dirigirse a la sección de Geografía, pero los títulos la invitaban a ojearlos. Una preciosa colección de las obras de Shakespeare le llamó la atención. Sacó el volumen de Romeo y Julieta para apreciarlo un momento y en su interior encontró unos preciosos grabados antiguos. Era, sin duda, un libro muy valioso. Quizá para proteger esas joyas era el laird tan cuidadoso y prohibía la entrada a tan excepcional lugar.

La puerta se abrió de repente y un sorprendido Arthur Kendrick se quedó parado en el vano, mirándola inquisitivo. Feliz por el hallazgo que tenía en su mano, y olvidando el motivo que la había llevado

hasta allí, pese a la prohibición, Ivy quiso preguntarle desde cuándo poseía tan bonita colección, pero se quedó sin palabras al contemplar su rostro, que cambió de la sorpresa al enojo en apenas unos segundos.

—¿Se puede saber qué hace aquí? —le espetó con ira contenida.

Ivy se tragó su pregunta curiosa para responder la que él le hacía, pero antes de que pudiera abrir la boca, lo vio avanzar hacia ella a grandes zancadas, provocándole un intenso deseo de huir, salir corriendo, a la vez que él le increpaba:

—Creo que es consciente de que esta habitación está prohibida, señorita Archer. Puede pasear por toda la casa y, sin embargo, tiene la desfachatez de ignorar mis órdenes y entrar precisamente aquí.

La joven lo observó cruzar la estancia como una exhalación, furioso, para acabar regañándola en un tono de voz por completo innecesario, ya que estaba tan cerca de ella que con solo extender su brazo podría tocarla. Ivy miró el libro que tenía entre sus manos, desilusionada porque ya no se lo mostraría ni compartiría su admiración con él. «¡Qué hombre tan insufrible!», se dijo.

Alzando la barbilla, le contestó:

—Usted me dio permiso para utilizar todo lo que necesitara en mis clases. Y vine a buscar un libro de Geografía. Necesité esta mañana unos mapas de Escocia y pensé que aquí los encontraría.

Arthur tragó saliva, su nuez se movió hacia arriba y hacia abajo. Estaba tan cerca de ella que la institutriz lo pudo ver sin dificultad. «Muy bien, digiere tu derrota», pensó.

—¿Y se supone que el mapa que está buscando se encuentra entre las páginas de Romeo y Julieta? —le preguntó, socarrón, con un brillo extraño y peligroso en los ojos mientras daba un paso más hacia ella. Ivy reculó hacia atrás para mantener la distancia, pero se encontró con que la mesa le obstaculizaba el paso. Él se acercó aún más—. ¿Y bien? ¿Ha encontrado entre las páginas de Shakespeare su mapa? —volvió a preguntarle, bajando la voz. La joven tenía un rostro tan adorable y una mirada tan inocente que no podía permanecer mucho tiempo enfadado con ella.

«Oh, por supuesto que no, pedazo de tonto», quiso decirle, pero de su garganta salió algo parecido a un gemido. Estaba tan cerca que podía olerlo, sentir el calor de su piel, y notó como su cuerpo se

empezaba a estremecer. «No es posible», pensó, ahí estaba él regañándola y a ella no se le ocurría nada más que morderse los labios y echarse a temblar.

—No, claro que no... —se obligó a decir—. Mientras buscaba encontré este ejemplar y me pareció... tan hermoso.

Arthur puso sus manos sobre las de ella, que sujetaban el libro, y la ayudó a abrirlo. Repasaron juntos algunas de las ilustraciones y él le explicó, sin ningún deje de enfado en la voz:

—Mi padre encontró esta colección en Italia hace muchos años y la compró para regalársela a mi madre.

—Es un presente muy bello. Debió de quererla mucho.

—Fue un matrimonio por amor. Los Kendrick nunca hemos seguido las normas en cuanto a esponsales. Los miembros de nuestra familia se han casado con quienes han deseado, sean duquesas o campesinas, más bien esto último, diría yo. Y nos ha ido bien... casi siempre. Mi madre trabajaba como maestra en Rothesay cuando mi padre la conoció. Era una mujer muy culta. Nos enseñó el amor por los libros desde niños, entre muchas otras cosas. Mi padre le regaló la mayoría de los ejemplares que ves aquí.

—Entiendo que prohíba la entrada a esta habitación.

Es como un santuario. Lo siento mucho, no lo sabía. No era mi intención molestar...

—Está bien, Ivy —le dijo acercándose tanto a ella que sus alientos se confundían—. No debí enfadarme tanto.

Yo... —ella lo miraba con una expresión tan deliciosa en sus dulces labios—, no me reconozco últimamente. Tú...

Yo... Yo me devano los sesos intentando pensar qué he hecho para que me trates con tanta indiferencia, cuando en tus ojos veo una mirada que me alienta. Y no sé si me estoy volviendo loco, tal vez esté absolutamente equivocado, y el objeto de tu interés sea Clayton Wayne.

La cara de sorpresa de Ivy fue la respuesta que Arthur necesitaba.

—¿Clayton? No, ¿por qué? Él es solo... un conocido, el profesor de Música de Lily.

—Pareces feliz junto a él.

—¿En serio? Bueno, eso está bien, ¿no? Porque significa que estoy mejorando y… ¡Ah! Aún no le he dado las gracias por dejarme practicar al piano.

—Entonces… ¿no sientes… nada especial por Clayton Wayne?

Una sonrisa pícara asomó a la cara de la joven.

—Nada, lord Kendrick. —Y recordando las palabras de Eunice acerca del interés del lord por ella, se atrevió a preguntar—: ¿Y usted?

Arthur rio ante su pregunta y le contestó:

—¿Por Wayne? Te aseguro que no. Estoy plenamente convencido. —Ivy se dio cuenta de su error y se sonrojó, intentó expresar su pregunta de nuevo, pero Arthur la ayudó—. Mis intereses se centran ahora en una preciosa señorita, hermosa por dentro y por fuera, que tengo muy cerca de mí en estos momentos… Quizá tengas una ligera sospecha de quién se trata…

Ivy se derretía de placer ante sus palabras, sin dejar de mirarlo a los ojos, le contestó:

—No… estoy muy… segura…

—Voy a dejárselo claro a la interesada para que no le quepa ninguna duda. —Y llevando una de sus manos a la nuca y la otra a la cintura de ella, la atrajo hacia él y la besó, suavemente al principio; y en cuanto ella se abrió al placer y la sintió participar y abrazarlo, con ansia y deseo, continuó.

—Lord Kendrick… —musitó Ivy un rato después, cuando pararon para respirar.

—Llámame Arthur, mi preciosa Ivy, ¿no crees que esta situación es lo suficiente íntima para que podamos tutearnos? —El caballero leyó en el rostro de la institutriz cierta indecisión y mucha timidez, así que agregó—: Déjame que insista en demostrártelo, por si tienes dudas. —Y volvió a acogerla entre sus brazos y a atrapar sus labios húmedos y cálidos con renovados deseos.

No, ella ya no tenía dudas, pero tampoco iba a objetar nada a tan deliciosa y excitante demostración.

Capítulo 16

Ivy salió de la biblioteca, poco después, algo atolondrada, flotando en una nube y llevando un cartapacio con mapas y varios libros, entre ellos el de Romeo y Julieta que tanto le había gustado. Arthur le había pedido que lo avisara cuando terminara de leerlos o quisiera llevarse otros. Fue una sutil forma de decirle que no volviera a entrar en la biblioteca a solas, y le dolió, por mucho que comprendiera sus motivos.

A él en realidad lo que le preocupaban eran los documentos sobre la mesa, aunque estaba seguro de que Ivy no se había molestado en mirarlos. Allí se encontraban, desde hacía muchos días, los títulos de propiedad de las tierras de los Kendrick, incluyendo el de la mansión y las hipotecas, préstamos y avales de los bancos. La situación económica era tan desesperante que el señor de Rothesay se encontraba en la triste situación de tener que vender la mayoría de su patrimonio si quería conservar la casa. No quería preocupar a nadie con su situación financiera, aunque por más vueltas que le daba no conseguía vislumbrar una solución rápida antes de que los bancos volvieran a exigirle el pago de los préstamos, después de haber conseguido un breve aplazamiento.

Sentarse frente a la mesa repleta de documentos le hizo valorar los ratos pasados con Ivy, en los que la muchacha conseguía que se olvidara de todo y lo hacía sentirse feliz. Pensar en ella serenaba su alma.

Alguien llamó a la puerta y, al recibir el permiso del lord, la gobernanta asomó mostrando una cara que no presagiaba nada bueno.

—¿Lily…? —preguntó súbitamente preocupado.

—Lily está bien —dijo ella—. Ha llegado una carta.

Arthur la tomó y, al leer el remitente, una bilis espesa y amarga lo inundó por dentro. La carta llegaba desde Londres y la enviaba lady Victoria Sinclair, viuda de lord Kendrick, la esposa de su hermano Graham.

Eunice contempló como el atractivo rostro de Arthur se oscurecía,

como si una nube maligna hubiera tapado el sol, de repente. El laird evitó mirarla. Eunice sabía todo cuanto había acontecido en su vida hasta que se marchó de Rothesay hacía más de ocho años. Conocía lo que lo ataba a la mujer que enviaba la carta y no quería que le pudiera decir nada sobre ello. Por eso la despidió, agradeciéndole que la hubiera llevado, pero sin darle pie a ningún comentario. Eunice era muy prudente y cualquier cosa que le dijera saldría desde lo más profundo de su corazón. Y Arthur la quería tanto como ella a él, no en vano se había aferrado a la gobernanta cuando murió su madre siendo aún muy niño, pero en lo que se refería a los asuntos entre Victoria y él, prefería que nadie se involucrara.

Cuando Eunice se marchó, rasgó el sobre y sacó un pliego doblado que contenía el perfume y la recargada letra de Victoria. Los recuerdos asomaron más vívidos que nunca al comenzar a leer.

Ivy no vio a Arthur durante la tarde, y se sintió decepcionada porque pensó que las acompañaría a pasear, tras la siesta de Lily. Su corazón aún latía acelerado por lo ocurrido en la biblioteca, y mil mariposas revoloteaban en su estómago cuando lo recordaba.

No volvió a encontrarlo hasta la cena, donde lo sintió distinto y no precisamente feliz y de buen humor, como cuando se había despedido de él. Sospechó en seguida que algo había ocurrido y no parecían buenas noticias.

Comieron en silencio, y al acabar Arthur informó a Lily de que su madre llegaría a Rothesay en dos días. La niña intentó esbozar una sonrisa, pero sus ojos azules miraron a su tío con desconfianza y… miedo. Ivy quiso felicitar a la pequeña por la llegada de su madre, pero la expresión que esta intercambió con su tío la dejó helada. Obligándose a comentar alguna cosa que ayudase a relajar el ambiente, musitó:

—Es una buena noticia que la madre de Lily, lady Kendrick, pueda venir a visitarla… —concluyó casi en un susurro al ver como los músculos de la mandíbula de Arthur se tensaban y la niña se encogía en su silla.

—Sí, es estupendo que por fin haya concluido su viaje por Europa y haya encontrado el momento de venir a ver a su hija —aseveró Arthur, contrito.

Nadie dijo nada más sobre el asunto durante el corto intervalo de tiempo que permanecieron juntos en el salón. Esa noche no habría

cuentos ni risas. Arthur no parecía de humor, aunque cuando descubría a Ivy observándolo, le dedicase una sonrisa y una mirada cálida. La pequeña Lily también se mostraba triste y apagada, así que en cuanto Ivy le propuso ir a la cama, accedió sin rechistar.

Una vez que hubo metido a la niña en la cama después de desvestirla, ponerle su camisón, cepillarle el pelo y rezar sus oraciones, pensó en bajar para hacerle compañía a Arthur, pero Lily, cuya tristeza se había ido intensificando en cuanto se metió en la cama y se dio cuenta de que se quedaría sola, tomó de la mano a Ivy y le pidió:

—Por favor, señorita Archer, no permita que nadie me lleve de Rothesay.

Aquel ruego fue toda una sorpresa para la institutriz, a la que le llegaron al alma las suplicantes palabras y el tono quejumbroso de la niña.

—Lily, ¿por qué dices eso? ¿Quién te va a llevar?

—Dígale a mi tío que me quiero quedar con él. Me iré con él a donde vaya… no me importaría marcharme a América si él quiere irse.

A Ivy le impresionó el comentario de su pupila. Era cierto que Arthur contaba divertidas anécdotas de los lugares donde estuvo a su paso por el nuevo continente y que, a veces, su rictus se endurecía o se volvía melancólico según lo que contara, pero ella no había pensado que él se fuera a marchar de Rothesay… tan pronto. A su mente regresó aquella conversación en casa de los Muir en la que él le pedía que se hiciera cargo de su sobrina durante un año… hasta que él regresara a América. ¿Cómo había podido olvidarlo? ¿Se estaba enamorando y haciéndose ilusiones con una relación que no tenía futuro?

Se apartó un mechón molesto que le caía sobre la cara y lo colocó detrás de la oreja.

—No creo que tu tío tenga la intención de marcharse… al menos por el momento. Además, no deberías pensar en eso ahora que vas a ver a tu madre

—la consoló acariciándole una mejilla, aunque con sus pensamientos en otra parte. La reacción de la niña fue inesperada. Enterró la cara en la almohada y comenzó a llorar. «Oh, Dios», pensó

Ivy, «¿qué he dicho?»—.Vamos, pequeña, dime qué te pasa, ¿qué te ocurre?

Lily levantó la cabeza y, entre sollozos, musitó:

—No quiero que mi madre me vuelva a llevar al internado. Quiero quedarme con mi tío.

Ivy no sabía los motivos que tuvo Victoria Sinclair, viuda de Graham Kendrick, para recluir a su hija en un internado a la tierna edad de cinco años, justo en los últimos meses de vida de su padre. No sabía qué la había impelido a tomar una decisión tan extrema y tan dura para la niña, y suponía que también para ella misma. El hecho de que tampoco estuviese con su hija en los meses posteriores a la muerte de su padre, que no fuera a buscarla al internado, le parecía sumamente extraño, pero no iba a juzgarla sin saber qué poderosos motivos la obligaron a tomar tan extrema decisión. Estaba segura de que lady Kendrick valoraría el bienestar de su hija, tras haber superado muchos de sus miedos, y reconocería que se encontraba a gusto y feliz en la mansión y en las tierras de la familia. No veía motivo alguno para que esa situación cambiara... a no ser que quisiera llevársela consigo. Victoria Kendrick debería ganarse a la niña si pretendía que dejara Rothesay sin causarle más dolor.

—Lily, mi pequeña —la abrazó—, estoy segura de que todo va a ir bien. Lord Arthur no haría nada que te hiciera infeliz. Él te quiere muchísimo.

Poco a poco la niña fue serenándose y se quedó dormida abrazada a su institutriz. Ivy la colocó suavemente sobre la almohada. Le apartó el pelo de la cara y le secó las lágrimas. Antes de marcharse le echó un último vistazo y se aseguró de que su respiración fuese tranquila. Pensó en bajar y hablar con Arthur, pero ninguna luz se apreciaba en el piso inferior, él estaría ya en su habitación. Intentaría comentarle los temores de la niña al día siguiente.

Durante las posteriores jornadas no tuvo demasiadas oportunidades de hablar con el lord a solas, ya que permaneció la mayor parte del tiempo recluido en la biblioteca y pidió no ser molestado. Lo encontraba profundamente preocupado y no quería causarle más zozobra. Sin embargo, la súplica de Lily era algo que le rondaba constantemente la cabeza. Decidió que se lo comentaría en cuanto tuviera ocasión, aunque esperaba que, al final, no fuera necesario y que Lily no tuviera nada que temer.

Capítulo 17

Victoria Sinclair, lady Kendrick, llegó con las primeras nieves del invierno a bordo de un carruaje repleto de baúles y maletas. Entró como un torbellino en la mansión, seguida de su doncella y una criada, quienes cargaban con algunas bolsas de viaje, mientras fuera, el cochero y un muchacho se encargaban de descargar sus cachivaches.

Lady Victoria era mujer menuda, de bonitas formas, pelo rubio recogido y adornado con un pequeño sombrero con plumas, a juego con el abrigo que lucía, de un rojo oscuro. Tenía un rostro bello, de luminosa piel blanca, ojos azules, nariz respingona y labios jugosos. Exhalaba sensualidad y, en conjunto, todo en ella emanaba sofisticación, lujo y cuidado.

Se dirigió a la gobernanta y la saludó con frialdad para pedirle a continuación que se hiciera cargo de trasladar sus cosas a su antigua habitación. Echó un vistazo a los criados que se alineaban a ambos lados del hall de entrada para presentarles sus respetos y por último posó sus ojos sobre Arthur Kendrick y la niña que lo acompañaba. Se acercó a ellos luciendo la más encantadora de las sonrisas y su más ensayada y sugerente inclinación de cabeza cuando tuvo delante de sí al nuevo lord.

—Mi queridísimo Arthur… —susurró—, la desgracia nos ha unido. —Y lo tomó de las manos, componiendo una mueca triste.

Arthur se deshizo sutilmente de su apretón y señalando a Lily, le dijo:

—¿Recuerdas a tu hija?

—¡Mi pequeña florecilla! ¿Has echado de menos a mamá? —le preguntó modulando su voz a la vez que la tomaba de la barbilla.

Lily no contestó, hundió su cabeza sobre los hombros y dio unos pasos atrás hasta tropezar con Ivy, a quien Arthur había pedido que los acompañara en la recepción de lady Victoria. Fue entonces cuando la viuda se percató de la institutriz.

—Pero… ¿qué tenemos aquí? —dijo mirándola de arriba abajo—.

¿Arthur?

—Ella es la señorita Ivy Archer, la institutriz de Lily.

Ivy musitó un saludo que fue ignorado por lady Victoria.

—Nunca lo hubiera imaginado con ese vestido tan… alegre.

La joven contuvo las ganas de bajar la vista y revisar su sencillo vestido de minúsculas flores celestes. Antes de que pudiera contestarle, oyó a Arthur decir:

—Le pedí a la señorita Archer que no vistiera con ropas oscuras. Aterrorizan a la niña.

—¿En serio? Eso puede ser un problema… quizá debería acostumbrarse. Con su precioso pelo rubio, Lily debería vestir con ropas oscuras a menudo, destacarían su belleza.

—El año en el internado le causó ese trastorno, no fue una buena idea…

—Probablemente tengas razón, querido Arthur —lo cortó, zalamera—, pero me encontraba sola en una situación tan difícil… Tú estabas muy lejos de nosotras…

Ivy apreció como Arthur inclinaba la cabeza, apesadumbrado. Las palabras de su cuñada habían hecho mella en él de manera palpable. Lady Victoria le sonrió y, acariciándole suavemente un brazo con sus manos enguantadas, le dijo, en un tono que pecaba de sensual, mientras se disponía a subir las escaleras:

—Me voy a mi alcoba a descansar, ha sido un viaje terrible… pero prometo haceros compañía esta noche.

Por fin la familia vuelve a estar unida.

Ivy acompañó a la niña hasta su habitación y se entretuvieron durante la tarde hasta que fue la hora de vestirse para la cena. Nadie subió a visitarlas, tan solo Eunice que, a media tarde, les llevó unos sándwiches y té.

La joven observaba con detenimiento a Lily, quien no había vuelto a hablarle como lo hiciera hacía algunas noches, pero detectaba en su rostro la preocupación y cierto nerviosismo. Cuando, finalmente, llegó la hora de la cena y comprobó que Ivy no se había vestido, le

preguntó con voz suplicante:

—Señorita Archer, ¿no va a cenar con nosotros?

—Lily, no me parece apropiado. Está tu madre y tu tío y hace mucho que no os veis. Entiendo que debéis cenar en familia.

—Pero, señorita Archer...

—No estaría bien. Además, tendrás un montón de cosas que preguntarle a tu madre, no te aburrirás...

Seguro que te contará dónde ha estado y qué cosas ha visto y ha hecho... Será divertido.

Lily la miró con aprensión, pero no intentó convencerla de nuevo.

Cuando la dejó en la puerta del comedor, Arthur y Victoria charlaban al fondo, frente a la chimenea. Ambos tenían una copa de vino en la mano y ella reía encantada, echando hacia atrás su cuello, permitiéndose lucir el atrevido escote de un vestido a la última moda.

Ivy salió sin ser vista y se encaminó a la cocina. No sabía muy bien por qué, pero un humor sombrío se había acabado apoderando de ella, como si Arthur se lo hubiera contagiado, aunque, pensó, parecía que al final había recuperado su buen humor esa noche y era capaz de gastar bromas y hacer reír a su cuñada, según se apreciaba en el comedor. Obviamente, esta noche no cenaría con ellos. Ni las siguientes...

No le importaba, se obligó a decirse. No era de ningún modo apropiado que la institutriz se sentara a la misma mesa que el señor de la casa y... su cuñada, quien hasta que no se volviese a casar, seguiría ostentando el título de lady Kendrick. No era lo adecuado y, sin embargo, el hecho de que Arthur no hubiera hablado con ella le dolía más de lo que estaba dispuesta a confesar.

La cocina era un hervidero de gente, entre cocineras y criados, todos afanándose por preparar y servir los platos preferidos de la señora. Ivy calculó que allí habría más comida de la que los tres podrían comer en una semana, pero al parecer lady Victoria era tan exigente en sus gustos culinarios como en su atuendo, y una atmósfera de nerviosismo y tensión se palpaba en el ambiente.

Se dio cuenta de que había perdido el apetito y decidió marcharse

a su habitación hasta que llegara la hora de recoger a la niña.

Eunice le salió al encuentro con una bandeja tapada con una servilleta, pero en la que se vislumbraban cuencos con comida.

—Ven, te estaba buscando. Vamos a cenar —le dijo—.

La jefa de cocina se ocupará de todo.

—No tengo apetito, Eunice.

—Eso es porque aún no has probado este consomé.

Vamos, cenaremos en mi habitación y podremos charlar.

El cuarto de Eunice estaba en el sótano, al fondo del pasillo donde otros sirvientes de la casa tenían sus aposentos. Probablemente, era el más espacioso y ventilado, como correspondía a sus años de servicio y su cargo. El desnivel del terreno permitía que las habitaciones tuvieran ventanas de distintos tamaños; y desde la alcoba de la gobernanta, una amplia ventana daba al patio trasero.

Mientras Eunice buscaba un mantel para vestir la mesa y colocaban los platos, Ivy se permitió admirar el paisaje nevado, que diluía los contornos del mundo exterior y lo convertía en un lugar encantado.

Se sentaron a comer. Un nudo atenazaba el estómago de la muchacha, un malestar que era más mental que físico y que no quería reconocer. El delicioso consomé y la conversación distendida de Eunice contribuyeron a deshacerlo en parte. Sin embargo, todo aquello le suponía un esfuerzo a la anciana, que no se sentía especialmente feliz aquella noche y había requerido la compañía de Ivy para que ambas se sintieran menos solas.

—Tú también lo has notado, ¿verdad? Hay algo pesado y enrarecido en el ambiente desde que ella llegó…

Consigue que todos estén en tensión, pendientes de sus mínimos deseos. Los desasosiega.

Ivy abrió sus ojos como platos. Jamás había escuchado a la gobernanta comentar nada de nadie y mucho menos decir algo negativo sobre persona alguna.

Eso era extraño e inquietante. Eunice debía conocerla bien, no en

vano había convivido con ella desde que se había casado con Graham hasta la muerte de él.

Después ella desapareció.

—Eunice, Lily está muy preocupada —confesó de repente, sintiendo que, con cada palabra que salía de su boca, la carga que le suponía la súplica de la niña se hacía un poco menos pesada—. Ella me ha pedido que hable con su tío para que le permita vivir con él y que su madre no se la lleve. Ella teme...

—¡Y con razón, Ivy! —soltó Eunice, súbitamente enfadada—. Esa criatura teme que su madre la vuelva a arrancar de los brazos de un ser querido para internarla en un lugar triste y lleno de desconocidos. Cuando mi querido Graham enfermó —continuó—, lady Victoria tuvo la idea de apartar a la pequeña de su lado. Lily y su padre estaban muy unidos, pero, según su madre, era mejor que la niña no lo molestara durante su enfermedad. A Graham no le importaba, ¡cómo iba a hacerlo si ella era la luz de sus ojos!, pero Victoria le dijo que sería muy triste para su hija verlo empeorar día tras día... y él consintió que se la llevaran por no causarle dolor ni preocupación a la pequeña. Yo, sinceramente, creo que Lily hubiera aceptado y se hubiera ido acostumbrando a los cambios de su padre, y llegado el final lo hubiera asumido. Y él quizá no se hubiera ido tan pronto y con el corazón roto por no poder estar junto a su hija... —Eunice amagó un sollozo. Ivy, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas, la abrazó. La gobernanta sacó un pañuelo, se sonó y prosiguió—: No me quiero imaginar lo que esta pobre niña habrá vivido allí sola, pensando en su padre enfermo, dejando pasar los días sin que nadie le dijera nada, sin que fueran a buscarla —suspiró—. Cuando Arthur por fin llegó, como tutor de la pequeña, ya que tanto él como su madre comparten su potestad —explicó—, fue a sacarla del internado. Nadie le había dicho a la niña que su padre había muerto. Ella lo imaginó al ver a su tío. Supo reconocerlo, pese a que nunca lo había visto más que en los cuadros que Graham le había mostrado y por su gran parecido con este. Arthur se dio cuenta de lo terriblemente sola y asustada que estaba la niña. La dejó a mi cargo mientras solucionaba asuntos de la hacienda y me dijo que le buscaría la mejor institutriz, alguien que la hiciera sonreír y que fuera capaz de empatizar con ella. Y, por fortuna, te trajo a ti.

—Estoy sin palabras, Eunice. Eso que has dicho de mí es precioso, pero no dejo de pensar en todas las tragedias que ha vivido esta familia, en especial Lily.

—Es normal que esté asustada, pobrecita, no ha tenido demasiada relación con su madre. Ella siempre estaba de viaje, atendiendo visitas o invitaciones de una u otra familia. Cuando Graham enfermó y tuvo que quedarse, no pasaron mucho tiempo juntas, la internó en la escuela. Nunca estuvo unida a Lily. Yo me encargaba de su cuidado, y alguna sirvienta, ocasionalmente. Pero nada le faltaba, tenía a su padre.

—Y ahora tiene a lord Kendrick, a Arthur. Él la quiere con locura.

—Sí, por eso estoy segura de que él hará lo que sea por no separarse de ella —dijo enigmática—. Y eso no me agrada. Pobre muchacho, ahora que empezaba a recuperar la sonrisa...

—¿Pobre? ¿Qué ocurre? —inquirió la joven, intrigada.

—Ella está aquí, y nada bueno puede esperarse. No se marchará de vacío... o lo que es peor, tal vez pretenda quedarse.

—¿Qué significa...?

—No me hagas mucho caso, Ivy. Quizá soy una vieja agorera. No dejes que mis palabras enturbien tus pensamientos. No quiero restarte una pizca de tu alegría y de esa ingenuidad que te hacen tan especial y tan preciosa. Arthur y Lily te necesitan tal como eres.

La institutriz no consiguió sacarle ni una sola palabra más a la gobernanta sobre el tema. Recogieron la mesa y volvieron a la cocina, donde los nervios se encontraban ya más calmados. Cuando fue a recoger a la niña para llevarla a la cama, encontró a Arthur jugando a las damas con la pequeña, que tenía las mejillas arreboladas de felicidad; no había rastro de lady Victoria. Después la niña le contaría que su madre había subido a escribir unas cartas que debían ser despachadas urgentemente por la mañana.

Al verla llegar Arthur la recibió con una sonrisa de auténtico placer.

—La hemos echado de menos, señorita Archer —le dijo—. Créame que hemos lamentado que no quisiera acompañarnos.

—Yo... creo que no era apropiado.

—Y yo sigo diciendo que no me importa lo que es apropiado o no, en Rothesay mando yo. No voy a obligarla porque no quiero que se

sienta mal o cohibida, pero en el momento que le apetezca compartir una comida con nosotros —miró a Lily—, siéntase libre de hacerlo y tenga la seguridad de que será bien recibida.

Mientras Lily recogía su muñeca que había dejado sentada en un sillón de espaldas a ellos, Arthur repasó suavemente con su dedo el contorno de la cara de Ivy para dirigirse después a sus labios. Ivy dio un respingo hacia atrás y él contuvo la risa.

—¿Sería tan amable de venir a hablar conmigo cuando acueste a nuestra Lily? —El tono de su voz y la familiaridad al hablar de la pequeña como algo de los dos le produjo a ella una ternura tremenda y su corazón palpitó diferente.

Subió las escaleras flotando, preguntándose si aquello tan maravilloso y perturbador que estaba sintiendo era amor.

Capítulo 18

Ivy bajó tras acostar a Lily. La niña se durmió tan pronto como puso su cabeza sobre la almohada.

Seguramente aquellos primeros ratos pasados con su madre habían disuelto su preocupación. Arthur parecía de mejor humor también. Sin embargo, cuando bajó y lo contempló apoyado sobre el dintel de la chimenea, su ceño fruncido y su mandíbula en tensión reflejaban una profunda desazón. Al percatarse de su llegada, su rostro se transformó y las preocupaciones parecieron quedar relegadas a algún rincón secreto de su mente.

Ella se acercó y él le pidió su mano ofreciéndole la suya. La joven se la dio, cohibida, y él la besó y la colocó sobre su camisa, en su pecho, justo donde el corazón le palpitaba. Se miraron a los ojos.

—Te he echado de menos, Ivy.

—Yo también —musitó ella con ojos brillantes—.

Todos estos días…

—Sé que no he sido demasiado... sociable. Hay algunos asuntos que me preocupan, aunque eso no debería ser excusa...

—¿Puedo ayudarte de alguna forma?

—Ya lo haces, con tu presencia.

—Esos asuntos… ¿tienen que ver con Lily?

—¿Por qué lo dices?

—Es… ella teme alejarse de ti. Tú no la obligarías a marcharse si no quiere, ¿verdad?

—No haré nada que la haga infeliz, Ivy. Se lo debo a mi hermano —confesó súbitamente serio, soltando su mano que hasta el momento había mantenido al calor de la suya, junto a su pecho.

—Arthur, nunca te he dicho lo mucho que lamento…

—Está bien, Ivy. Él tuvo una buena vida, aunque demasiado breve. Se casó con la mujer que amaba y tuvo una hija preciosa, que no pudo disfrutar mucho tiempo…

Quizá yo no debí haberme alejado de él y debí haberme quedado a compartir su felicidad, pero fui egoísta y me marché…

—Tenías derecho a hacer tu vida, a construirla, a inventarla a tu gusto… no tenías por qué vivir a su sombra… —Las palabras de Ivy resonaban en su cerebro mientras Arthur pensaba que él no había huido para construirse una vida, sino más bien para destruirla.

Recuerdos temibles de los primeros meses pasados en América lo asaltaron y se obligó a atender lo que decía Ivy para poder olvidarlos —. Cada uno de ellos tiene su propia vida en el fondo. Dos de los tres chicos viven fuera, y Rose y Myrtle son tan independientes…

—¿Quiénes?

—¡Mis hermanos! Te hablaba de ellos. Cada uno ha decidido su propio camino. Y eso está bien. Como tú hiciste.

«Mi querida e ingenua Ivy», pensó él, «¡cuánto desconoces de mi pasado! Y es mejor que sea así».

—Me encantará conocerlos a todos ellos algún día,

¿Rose y Myrtle son tus hermanas mayores? ¿Tú eres la más pequeña?

—Rose es la mayor, seguida de Myrtle. Después llegaron Bellamy y Jake. Yo nací tres años después que Jake, y finalmente llegó Percy.

—¡Dios mío! Debe ser tremendamente caótico y divertido vivir en una casa con tantos hermanos —rio Arthur—, pero te envidio, Ivy. Me hubiera gustado tener muchos... Tal vez los hubiera tenido si mi madre no hubiera fallecido tan joven.

—Era muy hermosa —le aseguró Ivy contemplando su cuadro colgado sobre la chimenea—. Tiene cierto parecido con lady Victoria.

—¿Tú crees? Puede... pero solo en la superficie —dijo, enigmático —. Graham y yo crecimos muy unidos. Él era cinco años mayor y yo lo admiraba. Me enseñó a montar, a jugar al ajedrez y a... pelear. Sí —recordó risueño—, teníamos tremendas peleas en las que, por mucho coraje que le pusiera, yo siempre acababa perdiendo.

—No sé por qué no me extraña nada. Bellamy y Jake han crecido juntos y se quieren con locura, pero si se enfadan... son temibles.

Arthur sonrió y sus ojos destellaron con la melancolía de recordar tiempos pasados que ya no regresarían. Pese a todo lo pasado entre ellos, él lo seguía queriendo y lo echaba mucho de menos. Los ocho años que pasó lejos de Graham, lejos de Rothesay, tras su boda, fueron un infierno para él. Graham le escribió en unas cuantas ocasiones, él solo en una y eso le reconcomía por dentro, no haber sabido qué ocurría, no haberlo podido acompañar durante su penosa enfermedad, no haber evitado el declive de su hacienda... Si hubiera estado al corriente, habría regresado, aun con el corazón destrozado, lo habría ayudado, se habría despedido de él... Ahora no valían de nada las lamentaciones.

Siguieron hablando del pasado durante mucho tiempo: con absoluta transparencia, ella; seleccionando cuidadosamente entre sus recuerdos alegres, él, hasta que se les hizo tan tarde que, aunque se sentían a gusto, se hizo necesario marcharse a descansar.

La joven subió primero, él la seguiría más tarde.

Cuando Ivy llegó al final de la escalera en el piso superior, se dio cuenta de que, en el ala derecha, la puerta de una de las habitaciones estaba abierta y una luz surgía de su interior. Una sombra tapó la claridad durante un momento y alguien salió al exterior. Ivy adaptó su vista a la oscuridad y comprobó que era lady Victoria la que salía de

su propia habitación, portando una lámpara.

—¿Arthur? —preguntó. Ivy contestó, algo avergonzada de sorprenderla vestida con un ligero camisón que a la luz de la llama mostraba su silueta como si estuviera desnuda—. Ah, eres tú —musitó en un tono despectivo, y volvió a entrar en la habitación.

La institutriz recorrió el camino contrario a las habitaciones de lord Kendrick y lady Victoria, hacia el ala izquierda, que era el que ocupaban Lily y ella. Antes de entrar en su cuarto, dirigió su mirada a la habitación de la viuda de Graham Kendrick y comprobó que la luz aún seguía encendida. Sin duda, esperaría a que Arthur subiera para volver a salir a su encuentro. Algo que era de todo punto inadecuado.

Pensar en Arthur atendiendo a su cuñada a la luz de una lamparita que dejaba traslucir todos sus encantos bajo el camisón le hizo hervir la sangre. ¿Qué pretendía?

No, definitivamente, Victoria Kendrick no era del agrado de muchos en la casa, por muy bonita que fuera. Y tuvo que confesar, sin asomo de duda, que tampoco de ella, ahora.

Capítulo 19

Al día siguiente, Arthur pasó gran parte del día fuera, Victoria se paseó de un lado a otro como una fiera enjaulada, sin entretenerse en nada, y Lily e Ivy estuvieron recluidas en la guardería, donde almorzaron juntas, ya que la madre alegó un dolor de cabeza y comió a solas en su habitación.

Por la tarde llegó Clayton Wayne, y apenas empezó la clase, apareció lady Victoria, acicalada y con su mejor sonrisa, acaparando la atención del atribulado y extasiado Clayton, quien no podía creer que fuera el destinatario de las atenciones de tan bella señora. Tocó piezas del gusto de ella, asintió a todas sus opiniones y olvidó a su alumna Lily y a su acompañante Ivy, lo que era de todo punto normal teniendo en cuenta que Victoria exigía toda la atención sobre su persona.

Durante la fallida lección de Lily regresó Arthur, y Victoria corrió a recibirlo, dejando su perfume tras ella y al señor Wayne con la palabra en la boca y una expresión desolada.

El laird se dirigió al salón y pidió que le sirvieran el té. Permaneció frente a la chimenea para entrar en calor, fuera había comenzado a nevar. Victoria apareció en ese momento con una sonrisa resplandeciente, despidió a la doncella y le sirvió el té ella misma.

—Entiendo que anoche estuvieras cansado y no quisieras hablar, pero es necesario que lo hagamos —le dijo ella mientras se servía una taza—. Me encontraba en París cuando comprobé horrorizada como mi cuenta del banco había sido cancelada. No imaginas la vergüenza que pasé. Cuando fui a hablar con ellos, me dijeron que tú personalmente la habías suspendido. Fue un momento extraño. Por una parte, me encontraba a merced de la caridad de mis amigos y en la más absoluta indigencia —rio—, pero por otro lado, fue... reconfortante saber que estabas de nuevo en Escocia, en nuestra casa.

—A pesar de considerar que esta es tu casa, no puede decirse que hayas pasado mucho tiempo en ella, últimamente. Ni con tu hija. Ni siquiera fuiste a buscarla al internado tras morir su padre. Tampoco se lo comunicaste. La dejaste abandonada.

—Claro que no, ¿cómo puedes decir eso? La dejé en buenas manos y no le dije nada para no hacerla sufrir...

Yo estaba destrozada. Me sentía morir, sabes lo importante que era tu hermano para mí.

—¿Y por eso te fuiste de viaje al día siguiente de enterrarlo y recorriste Europa, de fiesta en fiesta, dejando a tu hija sola y gastando más de lo que las arcas de Rothesay podían permitirse?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que me dejara morir?

Unos amigos me ofrecieron su compañía, me aconsejaron que me distrajera y eso hice... Si tú hubieras estado no me habría marchado.

—No es necesario que me eches en cara mi falta. Es algo que yo hago todos los días y nunca me perdonaré.

Pero, precisamente, tú no tienes autoridad moral para reprocharme que me fuera...

Un brillo malicioso centelleó en los ojos de la mujer.

—Te eché mucho de menos cuando te marchaste. Te quería... pero, en aquel momento, yo me sentía hechizada por tu hermano y sus atenciones. Tuve que elegirlo a él.

—Y a su título y su herencia, no nos olvidemos de eso, Victoria. Nunca has sido una mujer que actúe sin pensar y se deje llevar por sus sentimientos. Elegiste al caballo ganador.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? ¿Aún me lo sigues echando en cara? ¿Es que no me has perdonado?

Yo te quería, pero cuando conocí a tu hermano quedé deslumbrada y tú ni siquiera luchaste por mí. Dejaste que él me envolviera y me pidiera en matrimonio.

—Tú y yo íbamos a prometernos, hasta que conociste al heredero y comprobaste que tenías la oportunidad de cazar al pez gordo. ¿Querías que luchara por ti?, ¿contra mi propio hermano que no sabía nada de lo nuestro porque nunca se lo dijimos? Bien pudiste confesarle que estabas enamorada de mí en cuanto comenzaron sus atenciones, pero no. tejiste tu tela y lo atrapaste, como antes lo hiciste conmigo.

—Mi pobre Arthur —se acercó hasta él y le pasó una mano por el cabello—, sigues tan dolido... Yo te quise entonces y... te sigo

queriendo ahora. ¿Por qué no nos damos otra oportunidad?

Arthur dio un paso atrás y se deshizo de su contacto.

—Estoy dolido por no haberle contado a mi hermano la verdad y no haberlo prevenido contra ti. Al menos espero que te portaras bien y lo hicieras feliz, aunque pasaras más tiempo fuera de Rothesay que con él.

—¿Y qué querías que hiciera? La vida aquí era tan aburrida... Al principio me acompañó en todos nuestros viajes y fuimos muy felices, aunque tu marcha lo preocupó... nos preocupó a los dos. Pero, luego, tras nacer Lily, dejó de ir conmigo. Se justificaba diciendo que tenía que velar por los intereses de la hacienda. Se volvió aburrido y ensimismado con su hija, me dejó a un lado, pero, al menos, permitió que hiciera mi vida y fue cuando me abrió una cuenta para mis gastos que tú has cerrado ahora.

—Rothesay no puede permitirse mantener tu nivel de despilfarro y lujos.

—Te recuerdo que estás obligado a amparar a tu cuñada viuda y a su hija de por vida.

—Mantendré una casa en Londres y unos gastos congruentes para que puedas vivir sin estrecheces.

—¿Y tú te preguntas por qué lo elegí a él? —le gritó furiosa—. No puedes limitar mi vida y decidir dónde debo vivir y lo que puedo hacer...

—Yo también debo ajustar mis gastos, Victoria. Esa es mi oferta. Podría obligarte a vivir aquí con tu hija, aunque te murieses de aburrimiento.

—¿Aquí? ¿Contigo? ¿Los dos solos? No estaría bien visto. Quizá lo que quieres es obligarme a quedarme contigo para mantenerme cerca de ti.

—No, Victoria, no te confundas, preferiría que te marcharas a Londres. No eres tú la que ocupa ni un ápice de mis pensamientos ahora...

—Oh, vaya, entonces hay otra dama, por lo que veo.

Y a juzgar por tus miradas, debe ser esa institutriz insignificante.

—No hables así de ella. Es más íntegra y honesta de lo que tú serás nunca.

Victoria volvió a acercarse a él, insinuante, y acarició su pecho por encima de la camisa, recorriéndolo con sus dedos.

—¿Y eso es lo que te gusta de una mujer ahora? Te recuerdo como un hombre más fogoso, lord Kendrick.

—Vamos, Victoria —dijo apartándose—, a nosotros solo nos une Lily. Nada queda de mis antiguos sentimientos por ti.

—Si solo nos une Lily, quizá deberías contemplar la opción de que el nuevo lord Kendrick se una a su cuñada viuda. Te recuerdo que es mi hija y puedo hacer lo que quiera con ella. Si nos casamos, te garantizarías que la niña siguiera bajo tu custodia y, además, te aseguro que lo pasaríamos muy bien, Arthur.

Él le dirigió una mirada de hastío.

—No, no has cambiado, Victoria. Todo vale para conseguir tus propósitos. Yo, al contrario que tú, sí he cambiado y sé muy bien lo que quiero en mi vida ahora y estoy dispuesto a luchar por ello. Y tú no entras en mis planes.

—Piénsalo, Arthur, piensa bien cuáles son tus prioridades, porque de lo contrario… te arrepentirás —sentenció antes de darse la vuelta y dirigirse, rabiosa, hacia la salida, con pasos rápidos y contundentes.

Capítulo 20

Airada salió del salón y estuvo a punto de tropezar con Clayton, Ivy y Lily, que habían acabado sus clases.

Subió las escaleras como una exhalación, sin dirigirles una sola mirada. El profesor de música le presentó sus respetos al lord antes de marcharse e Ivy comprobó en el semblante del caballero que la conversación que había sostenido con Victoria no lo había dejado de muy buen humor. Las tazas de té seguían intactas sobre la mesa.

Por su parte, Victoria había ordenado que le prepararan un baño, eso siempre la ayudaba a relajarse y agudizaba sus ideas; y mientras

calentaban el agua y llenaban la bañera no dejó de pasear, furiosa y molesta con sus sirvientas, por toda la habitación. Una vez dentro de la bañera y después de que la doncella le lavara la espalda y esparciera cuidadosamente sus sales favoritas en el agua, la despidió y se quedó a solas con sus pensamientos.

Tenía claro que no iba a quedarse por nada del mundo en Rothesay, aunque se casara con su cuñado.

Ese carácter terrible y su intento por dominarla la volvían loca. Para bien y para mal. Lo amó apasionadamente a los dieciocho años, cuando lo conoció mientras pasaba unos días en casa de sus tíos. Ella era una dama emparentada con la nobleza cuyo patrimonio había desaparecido a causa de las malas gestiones de su padre. Tuvieron que irse a vivir a una casa mucho más pequeña y despedir a casi todos sus criados. Victoria no podía contar ni siquiera con una doncella personal, tenía que compartir una sirvienta con su madre, quien se pasaba los días quejándose en su alcoba, mientras su padre se emborrachaba en el salón. Por fortuna, pasaba muchas temporadas en casa de unos tíos pudientes, y allí fue donde conoció al hijo de lord Rothesay, Arthur, de su misma edad, un muchacho atractivo como un demonio, de intensos ojos azules, sonrisa fácil y porte atlético. Le resultó muy sencillo deslumbrarlo y conseguir que se enamorara de ella. Y ella también cayó presa de su irresistible encanto natural. Pero entonces él la invitó junto con sus tíos a Rothesay; y antes de que decidieran hacer público su compromiso, ella conoció a Graham, el heredero al título y a las tierras, tan parecido a su hermano que no tendría ni que cerrar los ojos para imaginar que era él. Y eligió convenientemente, como cualquier mujer venida a menos y con dos dedos de frente hubiera hecho.

Graham se sintió atraído por sus encantos de inmediato, y Arthur cometió el error de no revelar a su hermano sus intenciones con ella. Si lo hubiera hecho, habría entorpecido su relación de momento, pero Victoria estaba segura de que Graham estaba tan loco por ella que la hubiera desposado pese a su hermano. Se casaron enseguida. Arthur estuvo muy comedido durante la boda, mas ella vio el brillo del dolor y el deseo en sus ojos cuando se despidió para embarcarse rumbo a América, sin un destino fijo. Creyó que tarde o temprano volvería, quizá tras morir el anciano lord, pero no lo hizo hasta que la muerte de su hermano lo obligó.

Eso significaba que no la había olvidado en todo ese tiempo, aunque lo negara, se dijo. No había vuelto porque seguía dolido con ella, por lo tanto, la seguía amando, aunque intentara que ella creyera

que la había olvidado por esa insignificante institutriz. La excusa de que se sentía atraído por esa Ivy Archer la hacía reír. La joven no era rival para ella. En absoluto. Cuando oyó su nombre por primera vez, le sonó familiar, lo había escuchado antes en alguna parte. Poco después lo recordó con gran placer, porque eso le iba a dar la oportunidad que necesitaba para echarla del lado de Arthur.

Definitivamente, no debía preocuparse por aquella jovencita de cabellos cobrizos y grandes ojos, por mucha carita angelical que tuviera. Iba a quitársela de en medio.

Necesitaba un esposo rico y quién mejor que Arthur, que era joven y bien parecido, no como algunos de sus ancianos pretendientes. En cuanto a las finanzas de Rothesay, estaba segura de que, si había algún problema, se solucionaría ahora que el laird empezaba a ocuparse de estas, y ella podría seguir viviendo de manera tan espléndida como hasta el momento.

Trazó un plan para conquistarlo. Se mostraría cariñosa y complaciente, escondería sus garras, y tras la boda haría lo que le viniese en gana, le gustase a su esposo o no. Sostendrían interesantes discusiones, pero estaba convencida de que acabaría imponiendo su voluntad. Y si no era así, siempre podría utilizar a Lily.

Había sufrido lo indecible al darla a luz y se había encontrado con la decepción de parir a una niña. Si hubiera nacido un varón, ella sería ahora la madre del heredero y no necesitaría casarse con ningún hombre para conseguir el dinero suficiente para mantener su elevado tren de vida. Pero no fue así. Recordó que Graham pasó varios días sin dormir, entusiasmado con aquella niña y pendiente de todos sus gestos y movimientos. Nunca lo entendió. Ahora bien, si Lily no podía ser la heredera, al menos la ayudaría a conquistar a su tío… y a doblegar su voluntad.

Durante los siguientes días, los más cercanos a Victoria se percataron de su cambio de actitud. Se volvió menos exigente, más dulce y encantadora.

En una de las tardes que hizo buen tiempo y la nieve se fundía devorada por el pavimento y la hierba, propuso, tras el almuerzo, salir a pasear con Lily a solas, pensando en sacudirse así a la institutriz, creyendo que Arthur las acompañaría y tendría ocasión de demostrarle lo buena y cariñosa madre que podría llegar a ser. Sin embargo, Arthur se disculpó por no salir con ellas alegando que tenía

trabajo en su despacho. Y la pequeña salió, cariacontecida, detrás de su madre, en lo que iba a ser uno de los paseos más cortos y desagradables de su vida.

Tras la marcha de Lily con Victoria, Arthur le pidió a Ivy que lo acompañara a la biblioteca. Hacía mucho tiempo que no se encontraban a solas y necesitaba hablar con ella en la más estricta intimidad, en un lugar donde pudiera tenerla cerca. Ansiaba sentirla, abrazarla, besarla.

En la sala intercambiaron libros e ideas para el próximo cumpleaños de la niña, que sería a finales de diciembre. El lord le solicitó a la joven que se ocupara de ello, junto a Eunice, ya que estaba seguro de que su madre ni siquiera se acordaría. El nombre de Victoria en los labios de Arthur le provocó a Ivy un mohín de disgusto que no pudo evitar.

—¿Qué te ocurre, querida? —le preguntó él acunando su rostro entre sus manos—. ¿Hay algo que te preocupe?

Ella lo contempló con sus inmensos ojos color miel y suspiró:

—No es nada, Arthur, es solo que... preferiría no tener que ver a lady Victoria coqueteando contigo a todas horas. —Inmediatamente, se arrepintió de lo que le había confesado. Estaba comportándose como una mujer insegura que reclamaba a su amante algo de lo que él no era responsable.

—¿Crees que le hago caso alguno?

—Claro que no. Perdóname, Arthur, no debí decirte nada.

Él la abrazó.

—Puedes contarme todo lo que te preocupe, Ivy, pero no tengas dudas sobre mis sentimientos. No estoy interesado en ella y preferiría, al igual que tú, que se marchase, pero temo por Lily. Quisiera convencerla de que dejarla aquí en Rothesay es la mejor idea. Estoy seguro de que no sería capaz de ocuparse de ella y la volvería a internar.

—Están solas las dos ahí fuera...

—Es solo un paseo y yo necesitaba hablar contigo y tenerte cerca.

Posó su frente sobre la de la joven, estaban tan cerca que sus

alientos se mezclaban y sus labios se rozaban.

Ella separó los suyos y él los tomó, devorándolos, con ansia arrebatadora. Ella rodeó su cuello con los brazos y jugueteó con su pelo, acarició su nuca, y sintió la dureza de los contornos de su cuerpo contra el suyo, pese a las capas de ropa. El beso se prolongó mientras él movía sus manos de manera sinuosa a lo largo de su cuerpo, ardiendo de deseo, sufriendo por la necesidad de contenerse.

Cuando los labios se separaron, él decidió poner un espacio entre los dos. La tentación de ir mucho más lejos con Ivy lo consumía, pero quería hacer lo correcto con ella, ir paso a paso, no asustarla exigiéndole más de lo que estuviera dispuesta a darle.

Para Ivy también era frustrante quedarse con esa sensación de deseo insatisfecho, de perderse lo mejor, lo que sucedía tras la puerta cerrada. Y para eso Arthur debería pedirle matrimonio y no lo había hecho.

Recordaba que él le había dicho que los Kendrick se casaban por amor y no por interés, y eso la había alentado, pero aún no había oído ni una palabra de sus labios en cuanto a un compromiso, y la imagen de su hermana Rose advirtiéndole acerca de los hombres la asaltó de repente. Arthur notó su preocupación y musitó junto a su oído:

—Mi querida Ivy, no voy a dejarte escapar. Solo te pido paciencia. Tengo cosas que resolver y después seré tuyo por completo.

La joven descansó su cabeza sobre el pecho del hombre, y él besó su cabello y la abrazó durante largo tiempo.

Victoria notaba un incipiente dolor de cabeza al tener que soportar a Lily sin ninguna contraprestación, esto era que Arthur hubiera paseado con ellas y ella hubiera podido lucir sus dotes maternales. Pararon un rato pese al frío y se sentó a descansar en un banco, mientras le pedía a la niña, que en su afán por agradarla le contaba anécdotas de sus paseos por el jardín con su tío y la institutriz, que dejara de hablar, pues le daba dolor de cabeza.

La pequeña calló inmediatamente y estuvo un rato de pie junto a ella. Poco después cogió una ramita y comenzó a escribir en la nieve. Cuando Victoria decidió que ya era hora de volver a casa y que ya había controlado su decepción y su enfado, se puso en pie y echó una mirada de reojo a los garabatos de la niña. Lo que vio la puso de muy mal humor.

—¿Qué has escrito ahí? —le preguntó ceñuda.

Lily creyó que su madre estaba admirando su escritura y orgullosa explicó:

—He escrito el nombre de tío Arthur como al él le gusta, entre el mío y el de la señorita Archer. Lily: «lirio», e Ivy: «hiedra». A tío Arthur le gusta estar entre dos flores.

—¡Pero qué niña tan tonta eres! —le chilló, molesta—.

¿Qué te enseña esa maestra? Ivy no es un nombre de flor, sino de una planta desagradable que carece de belleza, que se agarra a las demás y trepa sobre ellas, y eso es algo que yo no voy a permitir, ¿me oyes?

Lily agachó la cabeza, asustada, con los ojos llenos de lágrimas y dando pasitos rápidos, se obligó a seguirla, pues ya regresaba, con un humor de perros, a la mansión, como si la persiguieran los demonios.

Capítulo 21

Sorprendentemente, Victoria recordó el cumpleaños de su hija y decidió prepararle una fiesta a la que asistirían… todos los amigos de su madre. Una celebración en horario tarde-noche en la que Lily aparecería apenas un momento antes de irse a dormir.

Durante las semanas anteriores al evento, la viuda estuvo muy ocupada enviando invitaciones y ordenando que prepararan habitaciones para los invitados, que pasarían aquel fin de semana anterior a las celebraciones navideñas junto a ellos. Sus ataques de malhumor cuando las cosas no salían como ella planeaba se sucedían; sin embargo, siempre conseguía disimular delante de Arthur y dedicarle la mejor y más ensayada de sus sonrisas.

Ella no se daba cuenta, pero el laird no estaba precisamente encantado con sus planes de festejar por todo lo alto el cumpleaños de Lily cuando, en realidad, lo que Victoria estaba haciendo era utilizar el cumpleaños de su hija como una excusa para matar el aburrimiento.

Y de camino, contribuir, aún más, a vaciar las arcas de Rothesay.

La mañana de la fiesta, Eunice, Arthur, Ivy y Victoria celebraron el cumpleaños de la niña con un desayuno familiar en el que Lily sopló las siete velas de su tarta, pidió un deseo y recibió los regalos. Victoria se levantó de la mesa la primera con la excusa de terminar de arreglarse para recibir a los primeros invitados, que no tardarían en llegar, e Ivy y Arthur llevaron a la niña hasta el establo donde lord Kendrick le mostró su regalo: un precioso poni de color caramelo, manso y dócil, con el que la niña empezaría sus primeras clases de equitación.

Paseó montada en él buena parte de la mañana, acompañada por su tío, quien le sujetaba las riendas y le daba instrucciones.

Ivy permaneció junto a ellos un buen rato hasta que Eunice la llamó y la condujo hasta la habitación de la muchacha. Sobre la cama Ivy encontró un precioso vestido de color verde esmeralda que habían estado cosiendo entre las dos para que ella pudiera lucirlo en el evento que tendría lugar por la tarde. Nunca lo hubiera imaginado, pero Victoria la había invitado a la fiesta que organizaba para celebrar el cumpleaños de Lily. Delante de Arthur, y exhibiendo sus modales más encantadores, le había pedido que se ocupara de llevar la niña a la fiesta y que, una vez que la hubiera acostado, regresara para divertirse como una invitada más. Ella miró a lord Kendrick y él asintió, por lo que aceptó, dándole las gracias.

Pero tenía un problema. Le había dado vergüenza decir que no disponía de un vestido decente para la celebración, había dejado en Londres sus mejores galas y, por tanto, vestiría austeramente y se retiraría cuando Lily se marchara. Se lo comentó a Eunice, apenada, ya que realmente le hubiera gustado estar, y la gobernanta le propuso confeccionar un traje para ese día.

Eunice sacó de un baúl un vestido de fiesta que había lucido en un par de ocasiones hacía ya algunos años. Como estaba pasado de moda, lo descosieron y decidieron aprovechar la tela para crear uno nuevo.

Sobre la amplia mesa de la cocina, dibujaron un patrón en el que participaron todas las mujeres empleadas en la casa con ideas sobre costura y moda. Poco a poco, fueron uniendo las piezas de tela, dando vida al diseño que habían dibujado, y añadieron algún bordado, puntillas y adornos. El vestido terminado descansaba, lavado y planchado, encima de la cama de la habitación de Ivy.

Era un trabajo soberbio. Sin ser un traje recargado, era tan

hermoso y distinto que Ivy pensó que luciría como una princesa cuando lo llevara puesto. No pudo contener la emoción y abrazó a Eunice, quien se mostraba tan entusiasmada como ella. Una sirvienta llamó a la puerta, entró y no pudo evitar dar su opinión sobre el vestido, admirando su corte y su prestancia. Al rato, recordó que había ido a avisar a Ivy de que lord Kendrick la esperaba en la biblioteca. La institutriz recogió sus faldas y con rapidez salió de la habitación dejando a Eunice riñendo a la atribulada y olvidadiza muchacha.

Ivy llamó con los nudillos y abrió la puerta. Al parecer Lily y él ya habían terminado su paseo a lomos del poni y Arthur se encontraba sentado frente a la mesa del escritorio tan enfrascado en sus pensamientos que no la oyó llegar. Pudo contemplarlo durante unos segundos sin que él se percatara de que ella ya se encontraba allí. El sol incidía en su pelo de un castaño oscuro, resaltando su brillo y su rostro, embebido en la tarea de leer unos documentos.

Suspiró, levantó la cabeza y la vio, y una deliciosa sonrisa se dibujó en sus labios. Ivy caminó hasta su escritorio y él se levantó y le salió al encuentro.

—Creí que ya no vendrías —le dijo, acariciándole el cabello.

—Estaba… ocupada —musitó recordando la mala memoria de la sirvienta.

—Ha llegado el vestido de Lily —le explicó señalándole una caja pequeña que se encontraba al lado de una mucho mayor—. Abre la grande, es para ti.

Espero que te guste.

Ivy lo miró sorprendida, ¿qué era aquello? Se acercó a las cajas que se encontraban sobre el sofá, apartó la de Lily a un lado y abrió la otra. Unos pliegos de papel de seda tapaban el contenido sobre el que Ivy no tuvo ninguna duda de qué se trataba. La joven lo sacó de la caja y desplegó sobre el sofá un precioso vestido blanco de seda salvaje, con puntillas y encajes del más fino hilo.

Ivy no sabía qué decir. Recordó que encima de su cama se encontraba un vestido en el que habían participado de una forma u otra todas las sirvientas de Rothesay, en especial su querida Eunice. Y, frente a ella, tenía el regalo inesperado de Arthur, el atuendo más hermoso que ella había visto nunca, digno de ser llevado por una princesa.

—Siento que no llegara antes, Ivy, pero creo que es de tu talla, te sentará a la perfección. Lo encargué en Londres especialmente para ti, querida.

—¡Oh, Arthur! —Ivy lo abrazó entusiasmada.

—¿Es de tu gusto? No sabía si tenías algún vestido apropiado para la fiesta...

—Creí que no te importaban los convencionalismos.

—Rio ella.

—Y no me importan, Ivy, pero quiero que te sientas a gusto y hacerte feliz. ¿Lo he conseguido? ¿Estás contenta?

—Me siento feliz, Arthur, porque has pensado en mí y has tenido un gusto exquisito eligiendo el vestido, pero...

no era necesario. No sé qué voy a hacer ahora... Eunice me ha confeccionado un precioso traje que está sobre mi cama y tú...

—Entiendo. Tendría que haberte avisado. He sido un tonto, las mujeres no dejáis estas cosas para el final...

¿Cómo no lo pensé? —le dijo mientras se echaba el cabello hacia atrás en un gesto de preocupación—. Tú quieres ponerte el de Eunice, ¿verdad?

—Este es precioso, es el vestido más bonito que he visto nunca y te lo agradezco tanto... Significa mucho para mí el que te hayas acordado... pero Eunice ha deshecho un vestido suyo para utilizar la tela y ha pasado muchas noches confeccionándolo, a veces descosiendo y volviendo a coser ese vestido que está en mi habitación. ¿Qué puedo hacer?

—No te querría tanto si hubieras decidido ponerte el mío. Creo que has elegido bien, aunque prométeme que te veré vestida con este tan pronto como sea posible.

Ivy se volvió a acercar a él y se puso de puntillas para besarlo mientras musitaba:

—Te lo prometo.

Y en su cabeza resonaban las palabras que él le dijera antes: «No te querría tanto...». ¡La quería! Ojalá no fuera simplemente una forma de

hablar, porque ella ya estaba segura de que sí que lo amaba, y nada la haría tan feliz como oírselo decir de sus labios.

Con su precioso vestido verde puesto, y el blanco que Arthur le regalara guardado en su armario, Ivy se dirigió a la habitación de Lily, donde Eunice y otra muchacha ya estaban terminando de peinarla.

La gobernanta, que aún no la había visto peinada y vestida, la felicitó sinceramente al entrar, Lily también se sumó a la felicitación. E Ivy no pudo más que transmitir toda esa admiración a la muchacha que terminaba de peinar a la pequeña y que también le había hecho un lindo recogido a ella. Contempló su reflejo sobre el espejo en el que Lily admiraba sus preciosos rizos rubios, que destacaban sobre el vestido azul oscuro que su madre había elegido para ella, y el conjunto le agradó.

Ciertamente no parecía una institutriz, sino una invitada más con aquel precioso traje verde que resaltaba el color de su cabello y sus ojos marrones y con el que se sentía tan cómoda como si unas manos maternales la arropasen.

Bajaron al hall de entrada, donde Arthur y Victoria recibían ya a los primeros invitados. La viuda le dedicó una mirada recriminatoria y sus ojos se posaron durante unos segundos más de lo que le hubiera gustado sobre Ivy. «Está especialmente bonita esta noche. ¿De dónde habrá sacado ese vestido?», pensó con rabia, mientras tiraba de su vestido rojo hacia abajo para que su escote quedara perfectamente visible y resaltara sus atributos femeninos, así como un espléndido collar de rubíes del color de la sangre a juego con su llamativo vestido.

De todas formas, se consoló, esa no iba a ser su noche de suerte, sino la de la vergüenza y la del fin de sus aspiraciones con el lord, en cuanto llegara el invitado sorpresa que estaba esperando con ansia.

Capítulo 22

Los Kendrick recibían a sus invitados en la antesala, junto a la escalera, y los hacían pasar al salón grande situado a la izquierda, donde los músicos ya habían empezado a tocar alegres piezas y los criados deambulaban portando copas de champán, licores y vinos. En varias mesas se había dispuesto un amplio surtido de canapés, y la

habitación contigua se hallaba preparada para aquellos caballeros y damas que quisieran jugar a las cartas o al billar.

Ivy, situada detrás de Lily, se limitaba a sonreír y contemplar a los invitados que saludaban a ambos cuñados y a la cumpleañera al llegar. Algunos, los que venían de más lejos, se quedarían a pasar la noche y se adentraban en la fiesta con la tranquilidad de que serían los criados los que se ocuparían de sus maletas y enseres mientras ellos disfrutaban de la hospitalidad de lord Kendrick y su cuñada Victoria.

Hubo quienes, más tarde, avanzada la celebración, preguntaron por la bonita muchacha que los acompañaba discretamente. Arthur la presentaba como la maestra de su sobrina y una querida amiga de la familia. Victoria, en cambio, y ante la sorpresa de los oyentes, se limitaba a decir que era la institutriz, poniendo los ojos en blanco, con cierto deje malicioso y hastiado, dejando entrever que era especialmente querida por el laird, provocando que estos pensaran que quizá la muchacha fuera el entretenimiento ocasional del lord.

Cuando parecía que ya todos los invitados habían llegado y tocaba comenzar el baile, una última pareja se presentó y, de repente, los nervios de lady Victoria se calmaron y una perversa felicidad la envolvió.

Ivy notó el súbito envaramiento de Arthur y vio como Victoria se dirigía a la pareja para tomar a la mujer de las manos y saludarla con voz aduladora:

—¡Mi querida lady Gunn! ¡Y su recién estrenado esposo Christopher! ¡Qué placer verlos! ¿Qué tal ha ido el viaje? Dejadme que os presente a mi cuñado Arthur Kendrick, lord de Rothesay. Arthur, querido, estos son el señor y la señora Gunn, a los que tuve el placer de conocer en Francia durante su luna de miel. Nosotras nos hicimos tan buenas amigas que no he podido dejar de invitarlos al cumpleaños de nuestra Lily.

—Creo recordarlo, lord Kendrick… ¿Puede ser que nos hubiéramos visto en casa de los Muir? —inquirió Christopher Gunn.

La mandíbula de Arthur se tensó y contuvo las ganas de girarse para observar a Ivy.

—Efectivamente, señor Gunn, nos conocimos allí.

—Es un placer volver a… —Las palabras se atravesaron en la

garganta del señor Gunn cuando, de repente, se dio cuenta de la presencia de Ivy.

Arthur soltó una especie de bufido y saludó cortés a la señora Gunn, para a continuación hacerlos pasar al salón. Victoria dio instrucciones a los criados de cerrar las puertas, ya estaban todos los invitados, incluyendo la pareja que más interés había tenido en que asistiera, lo que le costó varias cartas de compromiso, recordándole una amistad a lady Gunn que, en el fondo y como todas las que mantenía en su vida, había sido superficial. Una sonrisa despiadada asomó a su rostro. Esa noche iba a ser tremendamente productiva para ella y destructiva para otras. Lord Kendrick se enteraría de los amoríos pasados de su protegida, quien no era la inocente e ingenua joven que aparentaba, sino alguien con experiencia en intentar comprometer a hombres de elevada posición. Si lady Gunn se acababa enterando y pasaba un mal rato, no le importaba en absoluto, así aprendería que su marido no era el santurrón que aparentaba ser y que, como la mayoría de los hombres, no era de fiar. Aunque, de todas formas, ¿qué caballero no había tenido uno o más entretenimientos antes de contraer matrimonio?

Ivy se sintió molesta y enfadada tras su encuentro con aquel personaje que tanto daño le había hecho y que ahora caminaba tan a gusto del brazo de su esposa a un lado y de lady Victoria al otro. Ella iba junto a Lily, quien se desplazaba guiada de la mano por su tío.

Sonó el primer vals, y sobrina y tío bailaron juntos.

Poco después Arthur bailó con Victoria, y el resto de las parejas se les unieron en la pista. Ivy tuvo que reconocer que, si la pareja de Lily con su tío había sido tierna y entrañable, la de este con Victoria derrochaba glamour y elegancia.

Se sintió súbitamente triste. No hubiera esperado volver a ver a Christopher Gunn y mucho menos en Rothesay. Ningún sentimiento la ataba a él más que el de la injusticia a la que había sido expuesta por el exceso de confianza del caballero hacia sus propias cualidades y su persona, sin tomarla en cuenta en ningún momento.

Ahora todo este malentendido pasado la mortificaba, ¿qué habría pensado Arthur al verlo?

Su mirada lo buscó entre la gente y lo encontró conversando sonriente con Lily y un grupo de damas, quienes a juzgar por sus gestos, se deshacían en halagos para con la niña.

Los observó durante un rato con cariño, hasta que captó una persistente mirada sobre ella y, al enfrentarla, se dio de bruces con Christopher Gunn.

—Señorita Archer, ¡qué placer volver a verla! Nunca lo hubiera esperado. Yo… me encuentro anonadado ante su presencia. Está usted más bella que nunca.

—Señor Gunn, yo tampoco esperaba volver a verlo.

Se marchó usted tan rápido y de forma tan desconcertante de Arlington Row…

—Bueno… yo… mi padre me mandó llamar.

—Ya… Recuerdo que usted me dijo que lo esperara, no sé con qué propósito exactamente, pues nunca me lo expresó, aunque al parecer sí informó usted con detalle a sus amigos.

—Yo… no lo recuerdo bien. Comprenda que un hombre de mi posición tiene múltiples asuntos que atender…

—Lo entiendo, señor Gunn. Sin embargo, las explicaciones que usted dio a sus amigos al marcharse crearon un rumor sobre mi persona que supuso una mancha en mi reputación.

—Señorita Archer, ¿cómo puede acusarme de algo tan grave? Yo… siento mucho que usted creyera…

—Yo no creí nada, señor Gunn. Era de todo modo imposible que, examinando nuestras conversaciones, alguien pudiera pensar que yo lo había alentado de alguna manera a hacer lo que usted les dijo a sus amigos aquella noche que haría. Debería reconocer su equivocación, fruto quizá de alguna copa de más, que me supuso estar presente sin quererlo en las conversaciones y chismorreos de muchas personas de forma maliciosa.

—Ivy, señorita Archer…, lo… siento mucho. —Se acercó un poco más a ella y bajó la voz—. Siento mucho haber sido tan… indiscreto. Me encontraba tan embelesado con usted que pensé que, si le pedía que nos comprometiéramos, no se opondría. Yo era un buen partido. Creí, ingenuamente, que a mi padre no le importaría y, sin embargo, puso el grito en el cielo y amenazó con desheredarme.

—Todo eso lo sé. Estuvo mucho tiempo en boca de todos. Y yo

quedé como una mujer vil, aspirante a subir de categoría social usando sus… atributos femeninos y que había recibido su merecido al ser despreciada, al final, por usted. No contento con eso, incluso se atrevió a malograr mi plaza como profesora en Mowbray.

—Señorita Archer, no entiendo a qué se refiere con lo de su trabajo en Mowbray. Yo solo sé sobre eso lo que me contó en casa de los Muir, y en cuanto a todo lo que se dijo sobre usted… ¿cómo podría repararlo ahora? Si le sirve de consuelo le diré que la recuerdo muchas veces, y ahora que la he encontrado, veo claramente todo cuanto perdí y me desprecio por no haber sido más valiente y haberme opuesto a los deseos de mi padre.

—En el fondo, aunque debió ser más discreto, su padre, por fortuna para mí, hizo lo mejor. Nunca me preguntó mi opinión sobre un posible compromiso y yo no tuve la oportunidad de negarme. Jamás me hubiera casado con usted, aunque fuera el mejor partido del mundo.

Christopher Gunn palideció al oír las palabras de Ivy.

Al parecer, hasta ahora no había tenido en cuenta la opinión y los sentimientos de la muchacha. De la palidez, su cara pasó al rojo más violento. La ira y la vergüenza lo embargaron al asimilar las palabras de la joven. Tragó saliva y fue a contestarle cuando sintió acercarse la imponente presencia del laird de Rothesay, acompañado de su sobrina.

La mirada interrogante y fiera de Arthur la impresionó, pero él no dijo nada. Gunn se sentía tan violento que no era capaz de musitar una palabra, y fue Ivy la que rompió el hielo al preguntarle a Lily si lo estaba pasando bien. La niña comenzó a contarle, entre bostezos, lo divertido que había sido bailar con su tío, y Arthur, entonces, le pidió a Ivy que la llevara a su alcoba.

La institutriz se marchó con Lily, y lord Kendrick se encaró con Christopher, quien aún lucía un color sonrosado en su rostro.

—¿Y bien…? —le dijo.

—¿Qué? —contestó el interpelado, sin saber muy bien qué agregar. «¿Habría oído algo de la conversación entre nosotros? ¿Y qué le importaba si así era?».

—Lo he visto muy interesado hablando con… mi protegida. —La sorpresa más absoluta asomó al rostro de Gunn—. Creo que hace un

tiempo estuvo usted interesado en ella y la dejó escapar... —Christopher no sabía qué podría responderle sin que sus palabras lo condenasen. Lord Arthur parecía un hombre dispuesto a usar sus puños en esos momentos si lo disgustaban.

Recordó su porte arisco y huraño en casa de los Muir.

Mucho había cambiado con respecto al que se había encontrado al entrar en la mansión Rothesay, pero su actitud en ese instante era la de aquellos tiempos pasados. Kendrick prosiguió—: Tengo que preguntarle, espero que no lo tome a mal... —Gunn observó un brillo socarrón e irritado en los ojos del laird y supo que estaba siendo irónico, lord Kendrick le diría lo que le viniera en gana y, en realidad, le importaba un bledo si se lo tomaba a mal—. ¿Hay alguna intención por su parte o por la de Ivy Archer en retomar la relación que tuvieron en el pasado?

—¡Oh, por Dios! No, en absoluto. Solo nos saludábamos y... aclarábamos unos desagradables malentendidos que dieron lugar a... comentarios malintencionados, de los que usted, sin duda, será conocedor...

—Ilústreme...

Gunn tragó saliva. Se arrepentía de haber accedido a la petición de su esposa de ir a la fiesta. Al principio se había negado, por encontrarse en un lugar bastante alejado de su lugar de residencia, pero cuando su esposa le explicó quién sería la anfitriona, ya no le pareció tan mal acudir a la mansión Kendrick para socializar con tan relevante familia escocesa y volver a ver a la hermosa y muy amigable lady Victoria. Miró de soslayo a su alrededor pensando si alguno de esos ancianos señores que pululaban cerca sería capaz de auxiliarlo en el caso de que a lord Kendrick no le gustara lo que tenía que decirle. Inventarse algo que lo dejara en buen lugar no tendría mucho sentido, si después «su protegida» le contaba otra versión diferente.

—Verá, la señorita Archer y yo mantuvimos... En realidad, no mantuvimos relación alguna. Yo me encapriché de ella y quise hacerla mi esposa, ya que a mí me agradó, aunque... sin preguntarle su opinión... —balbuceaba—, lo cual reconozco que estuvo mal porque... bueno, ya sabe, la gente creyó... —Arthur dio un paso hacia adelante, indignado, lo que hizo retroceder a Gunn y encogerse aún más sobre sí mismo.

—¿Dio a entender que la muchacha estaba interesada en usted y

no era cierto? ¿Públicamente?

¿Aún a sabiendas de que echaría por tierra su reputación? —Kendrick se echó hacia atrás unos molestos rizos que le caían sobre la frente, en un gesto que era más automático que necesario. Y de repente, comenzó a reír—. Y yo pensaba todo este tiempo..., señor Gunn, que era usted un idiota. No sé si darle las gracias o partirle la nariz de un puñetazo. ¿Sabe...? En el fondo me da pena... Ha dejado usted escapar a una mujer única, aunque supongo que tampoco tendría muchas oportunidades con ella por mucho que hubiera hecho las cosas bien... Por favor, no lo tome a mal y discúlpeme ante su esposa, pero no lo quiero ver ni un minuto más en mi casa. Aluda un compromiso, una diarrea o un dolor de muelas, salga con la cabeza bien alta de mi residencia, pero váyase... No quiero que cuando la señorita Archer baje, tenga que soportar su presencia.

Rojo de ira y de vergüenza, Christopher Gunn asintió y, levantando la cabeza para buscar a su esposa entre todos los invitados, se sintió desfallecer y se convenció de que la indisposición que lo obligaba a fingir no sería, en modo alguno, ficticia.

Capítulo 23

Lily estaba agotada después de un día tan ajetreado, por lo que enseguida se quedó dormida. Ivy permaneció un rato velando su sueño, preguntándose si su madre estaría dispuesta a dejarla en Rothesay junto a su tío, mientras ella seguía con su vida.

Finalmente bajó por la escalera que llevaba a las cocinas. No tenía muchas ganas de dejarse ver de nuevo en la fiesta, quizá saludara a Eunice y al personal de servicio que esa noche se había multiplicado para atender a los invitados, y se marcharía a su habitación.

En la cocina la recibieron con gran ilusión. Todos alabaron lo bonita que se veía, la buena confección de su vestido y la animaron a que saliera a bailar y divertirse; con suerte, dijeron las más picaronas entre risas, lord Kendrick no podría resistirse y la sacaría a bailar.

Así que, en vista del aprecio que le hacían todos, le fue imposible desilusionarlos anunciando que se marcharía pronto a la cama, y, armándose de valor, se dispuso a entrar de nuevo en el salón decorado con brillantes candelabros y lámparas por doquier, que ofrecían la

sensación de una falsa claridad diurna.

Paseó entre los invitados, picoteó algunos canapés y correspondió a aquellos que la saludaban. No vio a Gunn ni a su esposa por ninguna parte. Divisó a lady Victoria a lo lejos y a Arthur a su lado, y sintió un gran desconsuelo cuando la vio tomarlo del brazo, sonreírle y hacerle un sinfín de gestos que denotaban la proximidad entre los dos. Enfrascada en sus pensamientos, apenas se percataba de que algunas matronas la miraban de arriba abajo, evaluándola, con aires de superioridad. Ivy no era consciente de lo que se cocía a sus espaldas, un rumor malintencionado que alguien se había encargado de difundir con sutileza y que se estaba convirtiendo en la comidilla de esa noche y seguramente de la de posteriores días.

Quizá fuera sin malicia por parte de ellas o, en realidad, porque Ivy pasaba junto a dos de las invitadas en ese momento, la muchacha las oyó comentar:

—¡Qué bonita pareja hacen Victoria y Arthur!

¿Verdad, querida? —La mujer continuó su perorata sin que a su acompañante le diera tiempo más que a asentir—. Desde luego, tal y como lord Kendrick le ha propuesto a la viuda de su hermano, la opción más conveniente es que se casen y así no se vería indecoroso que ella viviera con un hombre tan apuesto, aunque sea su cuñado, y, por descontado, su hija tendría el padre más deseable.

Ivy se apoyó en la pared al oír lo que aquellas señoras chismorreaban. ¿Arthur le había propuesto matrimonio a Victoria? ¿Esa iba a ser la solución para proteger a Lily?

Sin embargo, aún no había terminado su tormento.

La que había permanecido callada hasta ahora se acercó al oído de su amiga y bisbiseó:

—Confiemos en que Arthur consiga deshacerse de esa pelandusca de la institutriz. Recuerda que ya intentó comprometer al hijo de lord Gunn y, al parecer, ahora anda enredada con el laird de Rothesay.

—Oh, querida. Ni caso. Todos los caballeros tienen sus entretenimientos prematrimoniales... eso acabará en nada, ya lo verás.

La joven quiso fundirse con la pared al oírlas, desaparecer de aquel lugar y de ese preciso momento.

Volver atrás en el tiempo, a los días en que era una niña y acompañaba a sus padres, de la mano, a dar un paseo, rodeada de todos sus hermanos mayores, y todo estaba bien, los problemas no tenían importancia. Ahora la sensación de indefensión y de desdicha era tan fuerte que le cortaba la respiración, sentía que se ahogaba.

Pegada a la pared, tropezando con unos y otros, recorrió con rapidez los metros que la separaban de las estancias exteriores, hasta los pasillos que se dirigían a la cocina y, por una puerta lateral, salió al exterior.

Allí fuera intentó inhalar el aire que le faltaba, segura de que, si no conseguía respirar con normalidad y lograr que el mareo que sentía pasara, acabaría desmayándose.

Esa noche hacía un frío helador, pero ella lo recibió con agrado, como si aquellas agujas punzantes que se le clavaban en la piel la ayudasen a seguir viva.

Nada estaba bien. Nada salía bien. Su tía Henrietta la había definido perfectamente hacía más de una década cuando sentenció: «Esta criatura es una catástrofe andante». Se reiría si tuviera humor para ello, pero, al parecer, si conseguía poner patas arriba todo lo que tocaba cuando era una niña, ahora que era una adulta tampoco se quedaba atrás. Para empezar… ¿quién le mandaba a ella enamorarse de un lord? O tal vez tendría que haberse preguntado… ¿quién le había mandado a ella abrir la boca y conversar con lord Gunn? ¿O visitar a sus primas en Arlington Row? ¿O aceptar ser la institutriz de Lily?

Oh, Lily… Los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar en ella… ¡Cuánto la iba a echar de menos! Lo único bueno de todo esto era que ella se quedaría junto a su tío y no tendría nada que temer. Él siempre la apoyaría y la ampararía y no dejaría que nada malo le sucediese. Sería feliz y la olvidaría.

¿Y ella? Ella no podría olvidarlos nunca. Lily le había arrebatado un trocito de su corazón, y Arthur… Arthur lo había devorado entero. Sin piedad.

No imaginó nunca que el amor pudiera ser tan doloroso.

¿Qué haría ahora? Debería regresar a casa. La pequeña ya no la necesitaría. Su función la podría desempeñar cualquier otra. Sería terrible si los rumores llegaban a oídos de sus padres. Otra vez… Cuando era niña fantaseaba con conocer nuevos lugares, viajar… quizá

ese era el momento preciso para hacerlo. Pondría tanta tierra de por medio como pudiera, tal vez así conseguiría olvidarse de todo… y de él. Le pediría ayuda a tía Henrietta para que le gestionara un puesto en alguna escuela del continente, en Francia, quizá en Italia. Era un desastre reconocido al piano, pero al menos los idiomas siempre se le dieron bien. Y, a lo mejor, si se atrevía a verlo antes de marcharse, podría pedirle a lord Kendrick que tuviera el detalle de escribirle una carta de recomendación, pensó mientras tiritaba a causa de la baja temperatura.

—¿Ivy? ¡Dios mío, criatura! ¿Qué haces ahí con todo ese frío? ¡Vas a enfermar! —La voz de Eunice le llegó de lejos. La mujer la tomó del brazo y la condujo al interior—. Estás helada. ¿Qué hacías fuera? Ven a mi cuarto y siéntate junto a la chimenea.

Ivy se dejó guiar hasta la alcoba de la gobernanta, quien la sentó sobre una mecedora y le puso un grueso chal sobre los hombros.

—Avisaré a lord Kendrick de que te hemos encontrado. Lleva un buen rato buscándote.

—¡No! No lo hagas, Eunice. Vas a estropearle la fiesta, deja que se divierta —le pidió casi gritando.

—¿Qué ocurre, Ivy? Me estás preocupando…

—Yo… oh, Eunice, ¡qué estúpida he sido! —La muchacha se tapó el rostro con las manos para que la mujer no la viera llorar.

—Mi querida niña, dime qué te sucede…

—Arthur y lady Victoria van a… casarse. Y yo no puedo evitar… sentirme tan mal, como si una piedra me aplastase el pecho… Oh, qué tonta he sido…

El rostro de Eunice se llenó de sorpresa y de algo parecido a la indignación, pero Ivy no pudo verlo porque intentaba componerse, mientras se secaba con las manos las lágrimas que le caían por las mejillas.

La gobernanta, que estaba de pie hasta ese momento, se acercó hasta una silla para desplomarse sobre ella. El crujido al sentarse sacó a Ivy de sus pensamientos.

—He sido una ilusa, Eunice. Yo creí que él…

—Ivy, lo conozco y sé que él está ilusionado contigo, te aprecia más de lo que crees.

—Eso no es suficiente.

—¿Cómo sabes que ellos...? ¿Te lo ha dicho él?

—No, pero estaban comentándolo en la fiesta. Al parecer lord Kendrick le ha propuesto matrimonio a lady Victoria.

—Eso no tiene sentido —dijo la mujer en voz baja, negando con la cabeza—. No, no puedo creer que Arthur se case con ella después de todo lo que le hizo.

Ivy levantó la cabeza, súbitamente interesada.

—Después de lo que le hizo... ¿A qué te refieres?

Eunice suspiró. Era una persona poco dada a chismorreos y comentarios sobre la vida de otros, pero se consideraba culpable de haber alentado, quizá, a la muchacha con sus palabras cuando conversaron en la cocina. Tenía que reconocer que su corazón estalló de alegría cuando reconoció a Ivy como la culpable de que Arthur comenzara a sonreír de nuevo y se permitiera ser feliz y salir de su honda culpabilidad y perpetuo mal humor. Aquella muchacha lo llenaba de vida, de alegría, y a él le brillaban los ojos tanto como a ella. Los Kendrick se habían casado siempre por amor y... ¿por qué no?

¿Por qué no podía ser aquella criatura tan risueña e inocente, tan niña y tan madura a la vez, la elegida?

La respuesta era... porque existía Victoria Sinclair. Y ya era hora de que Ivy supiera con quién se enfrentaba, de qué maldades estaba hecha.

Capítulo 24

—Tuve que soportar los caprichos y el malhumor de Victoria Sinclair desde antes de que se casara con Graham —comenzó diciendo Eunice—. Hace unos años, Arthur pasó una temporada en las Tierras Altas. Allí conoció a la señorita Sinclair, se enamoró de ella y la trajo a

Rothesay junto a sus tíos, con los que ella vivía, para que la familia los conociera. Todo el mundo se dio cuenta de que él bebía los vientos por ella; y ella… bueno, podría decirse que se dejaba querer. Por Arthur supe que tenía la intención de presentarla como a su prometida, aunque decidió esperar a que su padre regresara a Rothesay. La presentó a su hermano, a quien le pidió que la cuidara mientras él iba a recoger a su padre, que regresaba de un viaje a Francia, y ella aprovechó el tiempo para engatusarlo.

»Arthur era el segundón. Le esperaba una carrera militar o estar permanentemente a la sombra de su hermano. Nada le faltaría, por supuesto, Graham no lo permitiría, pero, estaba claro, nunca tendría el poder, las finanzas y el título que su hermano, por ser el mayor, heredaría.

»Yo lo vi, Ivy. Vi día tras día cómo aquella muchacha, criada entre lujos de niña y cuya familia había caído en desgracia durante su adolescencia, tejía su tela en torno a Graham, sin pensar, sin importarle el hecho de que había venido a Rothesay de la mano enamorada de su hermano. Y no pude hacer nada. Temí la llegada de Arthur. Temí que ellos acabaran enfrentados y distanciándose por ella. Cuando el menor regresó con su padre, se encontró con la sorpresa de Graham pidiéndole permiso al lord para casarse con Victoria. El viejo Kendrick se lo dio, por supuesto. Y yo asistí en silencio al derrumbe de Arthur. Él no le recriminó nada a Graham, ignoro si le dijo algo a ella. Arthur es tan generoso que antepone la felicidad y el bienestar de los demás al suyo propio. Y la felicidad de su hermano siempre había sido lo más importante para él. Lo admiraba. Y permitió que se casara con la mujer que él pensó que sería su esposa.

»Los preparativos fueron rápidos y en tres meses se celebró la boda. Y tras ella, Arthur decidió marcharse, roto de dolor, para evitar que su tristeza pudiera afectar a Graham si descubría la causa. Mi pobre muchacho, con apenas diecinueve años, se marchó rumbo a un lugar desconocido. No imaginas cuánto sufrí por él.

»Después de casarse, ella hizo en Rothesay todos los cambios que consideró. Celebró fiestas, tiró muebles antiguos y los cambió por otros nuevos, quitó pinturas de lejanos antepasados para poner las suyas. Teníamos a un artista viviendo permanentemente en la casa para que la pintara cuando le apetecía. Llenó las paredes de los pasillos con sus retratos, que Arthur mandó quitar cuando regresó.

»Graham le consentía gustoso todos sus caprichos, y el viejo lord ya no era el mismo desde que su hijo pequeño se marchó y no tenía

fuerzas para oponerse a nada. Cuando el padre de Arthur no despertó una mañana, casi dos años después de marcharse su hijo, Graham comenzó a recurrir a las embajadas y a enviar cartas y emisarios para encontrar a su hermano, de quien había oído que se encontraba en las Antillas.

Meses después lo hallaron, y Graham le escribió contándole de la muerte del viejo lord y del próximo nacimiento de su hijo, el futuro heredero, que sería varón, según aseguraba Victoria.

»Arthur contestó aquella vez; y aunque luego Graham le seguiría escribiendo, él no le respondió nunca más. En esa única carta, Arthur felicitaba a Graham por su futura paternidad, le decía lo mucho que se alegraba de su felicidad y se condolía de la muerte del padre.

También le dejaba claro que, tras morir el viejo lord, nada lo ataba ya a Rothesay y, por tanto, no regresaría más que de visita en alguna ocasión futura, si sus negocios se lo permitían. Supe de todo esto por boca del propio Graham, quien me lo contó extrañado y visiblemente preocupado por su hermano tras leer su carta. Graham nunca llegó a sospechar ni pudo entender los motivos por los que su querido hermano se había marchado, y yo cumplí la promesa que le hice a Arthur de no desvelar nada.

»Al fallecer el laird de Rothesay, Graham heredó el título, y lady Victoria, quien ya no se sentía bajo la mirada suspicaz y el poder del anciano, se mostró tal y como era en realidad. Graham y ella habían viajado mucho, antes de que ella se quedara embarazada.

Durante el embarazo y los meses de posterior recuperación permanecieron en Rothesay, lo que le dio a Graham la oportunidad de volver a cuidar y velar de la hacienda y del patrimonio familiar. Pero en cuanto ella estuvo recuperada, quiso regresar a esa vida de constantes vacaciones, sin pensar en Lily, alegando que bajo el cuidado de su ama de leche y mío estaría bien.

Graham se opuso. Y ella se marchó sola.

»Iba y venía. Pasaba muchas temporadas fuera y luego permanecía aquí durante uno o dos meses, hasta que volvía a aburrirse. Él la echaba mucho de menos, pero deseaba hacerla feliz y se conformaba con estar junto a ella el tiempo que quisiera dedicarle. Cuando estaba contenta, era la más complaciente y cariñosa de las criaturas, pero cuando quería marcharse era como una leona enjaulada, odiaba todo y a todos, incluyendo a Graham y a Lily. Él la dejaba marchar y

volcaba su cariño en la niña.

»Un día Graham empezó a encontrarse mal. Al principio no quiso consultar al médico, pero después su malestar era tan notorio y persistente que no tuvo más remedio. Y le diagnosticaron lo peor, un tumor se había apoderado de su vientre y no era posible ninguna cura.

Dado que su enfermedad era incurable, tuvo que dejar todo cuanto pudo en orden. Mandó llamar a sus abogados y les pidió que contactaran con Arthur, quien debería hacerse cargo de Rothesay a su muerte. Le pidió, también, que velase por su hija. Creo que imaginaba que su esposa no estaría muy dispuesta a hacerlo. Y, finalmente, la mandó llamar.

»Sé que fue un duro golpe para ella, aunque no sé si lo sintió de corazón. A veces lo dudo, ya que se marchaba cada vez que quería sin pensar en los que dejaba atrás.

Quizá lo que en realidad le dolía era que el cómodo mundo al que estaba acostumbrada se desmoronase, porque, poco después de llegar, tomó la despiadada decisión de mandar a Lily a un internado. No la dejó compartir el poco tiempo que le quedaba junto a su padre. Puede que lo hiciera con la voluntad de evitarle sufrimientos a la niña, pero... ¿acaso no fue peor dejarla sola, a tan corta edad, alejada del cariño de todos los que la habíamos cuidado desde niña?

»Cuando mi pobre Graham murió, Victoria tardó muy poco en hacer las maletas y volver a marcharse. Me resultó extraño que no trajera a la niña, así que resolví escribir al internado y allí me confirmaron que no sabían nada de la muerte de lord Kendrick y que la niña seguía allí, nadie la había ido a buscar. Escribí una carta explicando todo esto a los abogados, para que se la entregaran a Arthur cuando finalmente llegase. Sé que tomé decisiones que no me correspondían, pero asumí el riesgo de que me despidieran si Arthur consideraba que había actuado mal. Y, por desgracia, no estaba equivocada. Cuando meses después lord Arthur regresó de América, comprobamos que Lily había pasado por un auténtico tormento durante su internamiento. Cuando se enteró de que su padre había fallecido, enfermó y creímos que no se recuperaría. Arthur vivió esos días sin moverse de su lado, hasta que tuvo que reunirse de nuevo con los abogados en Londres, ya que al parecer existían problemas graves con la hacienda que le exigían su presencia. Y entonces fue cuando, por lo visto, te conoció. Y después de todo lo que te he contado, dime, Ivy, dime si no tengo motivos para desconfiar de lady Victoria... Dime si no hay razones para preocuparme por Arthur, a quien un día dejó

abandonado sin piedad y quien apenas imagina los tejemanejes de ella durante el tiempo que estuvo casada con Graham. ¿Y Lily?, ¿acaso no debo temer por ella?

Ivy asintió apesadumbrada. Aquellos hermanos habían vivido una historia de amor que los había acabado separando. Arthur se había marchado, incapaz de soportar el peso de su desdicha o de que esta se reflejara en la felicidad de su hermano.

Ahora tal vez quisiera darle una nueva oportunidad a Victoria. Quizá aún se sentía atraído por ella, aunque no lo mereciera. O puede que, como Eunice había dicho claramente, Arthur era tan generoso que anteponía la felicidad y el bienestar de los demás al suyo propio. Y es que se trataba de la persona que le era más querida: Lily.

Y ella sabía que él le había prometido que haría cualquier cosa por el bienestar de la niña. Cualquier cosa.

Capítulo 25

Ivy se fue a la cama antes de que la velada acabara, sin pasar de nuevo por el salón. Victoria y Arthur estuvieron un buen rato despidiendo a los invitados o atendiendo a unos pocos que pasarían la noche en Rothesay y se marcharían por la mañana para llegar a tiempo a sus hogares antes de las celebraciones navideñas. Eunice había excusado a Ivy, ante la inquietud del laird, diciendo que una leve indisposición la había obligado a guardar cama.

Cuando, finalmente, el último carruaje cruzó la verja de Rothesay, Arthur se encaminó a las escaleras para dirigirse a su alcoba. Victoria lo agarró del puño de una de las mangas para llamar su atención.

—No puedo creer que te marches sin felicitarme siquiera. ¿Acaso no ha sido una fiesta exquisita y todo ha salido a pedir de boca?

—Tienes razón, Victoria. Perdóname —le dijo cansado—. Te felicito. Eres una experta en el arte de organizar eventos.

—Estoy segura de que todos nuestros invitados se habrán llevado una excelente impresión del señor de Rothesay y de su cuñada.

—Es probable... —asintió distraído.

—Lo que me inquieta es esa súbita indisposición del señor Gunn. Bien podría haberse quedado en Rothesay.

Lo habríamos atendido y llamado al médico si lo hubiera considerado oportuno.

—Yo mismo lo hubiera mandado a buscar si hubiera sido necesario, pero te aseguro que no lo era en absoluto —la cortó tajante, dirigiéndose hacia la escalera.

—Arthur, ¿qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?

¿Tiene algo que ver con la institutriz? —preguntó sibilina, exponiendo, por fin, el asunto que le interesaba—. Te confesaré que he oído comentarios indecorosos sobre ella y el señor Gunn y no voy a permitir que nuestra Lily...

—¿Qué clase de comentarios, Victoria? ¿Y desde cuándo eres amiga de ese necio? ¿Qué interés tenías en traer a la fiesta de Lily a alguien que no pertenece a nuestro círculo de amistades? —inquirió elevando el tono de voz y echando chispas por sus ojos.

—Oh, Arthur..., ya te lo dije. Los conocí durante mi estancia en Francia. Y ellos... fueron extremadamente generosos cuando tú me dejaste sin un penique —mintió—. En cuanto a los comentarios, tú también debes de haberlos oído. Al parecer la señorita Archer tuvo algún tipo de relación amorosa inapropiada con Christopher Gunn...

—Eso no es más que una mentira salida de los labios de tu nuevo mejor amigo. Un canalla al que no le importó echar a perder la reputación de una dama sin motivo alguno.

—¿Sin motivos? ¿En serio? ¿Acaso no te das cuenta de que ahora ella pretende hacer lo mismo contigo? No lo consiguió con Gunn e intenta que tú ocupes su lugar.

—Querida Victoria —Arthur se acercó a ella decididamente enfadado—, crees que todas las mujeres son tan interesadas como tú, pero déjame decirte que estás muy equivocada. Hay quienes son capaces de amar, amar de verdad, de corazón, sin recibir nada a cambio, que no tienen doblez ni falsedad en sus gestos o en sus sentimientos. No aman o fingen que aman por conveniencia. La mayoría no son como tú, por suerte. Y a mí tus jueguecitos ya no me impresionan ni me engañan.

La viuda quiso abofetearlo, lívida de indignación, pero él le sujetó la muñeca. Todo lo que había preparado para hundir a Ivy no le había servido de nada. Decidió entonces jugar su última carta. Se acercó a él tanto como pudo, aunque el brazo de Arthur, que asía su muñeca, hacía de parapeto entre los dos.

—¿Te quedarás con ella entonces?

—Nunca tuve duda.

—Pues entonces me marcharé tan pronto como sea posible y me llevaré a Lily.

No hubo una palabra más entre ellos. Ella lo miró con satisfacción y odio. Él la soltó y la mujer huyó escaleras arriba, a su habitación.

A la mañana siguiente un ambiente tenso se respiraba en el comedor durante el desayuno. Los invitados fueron bajando a desayunar antes de partir hacia sus hogares. La nieve había dado tregua esas últimas semanas y el estado de los caminos hacía aceptable y hasta cómodo el viaje. No parecieron darse cuenta de la tirantez entre Arthur y la viuda de su hermano.

La oronda señora Gardner y su hija fueron las últimas en partir. Arthur se despidió de ellas en el hall, y Victoria las acompañó al exterior, ya que Ophelia Gardner era una de sus amistades más interesantes, no en vano era la mejor a la hora de procurarle información acerca de todo lo que se cocía en la intimidad de los hogares y alcobas de sus conocidos. Ella fue la que le habló de pasada de una tal Ivy Archer, hija de un pastor metodista, que había tenido la osadía de intentar casarse con el hijo de lord Gunn, según contaban las malas lenguas. Victoria, oportunamente, había recordado su nombre al encontrarla en Rothesay y había orquestado la fiesta y la invitación a Gunn para mostrarle a su cuñado cómo era en realidad aquella Ivy Archer. Lástima que su plan no hubiera funcionado. Arthur se había prendado de la institutriz y a ella no le guardaba más que rencor.

Antes de subir al carruaje, Ophelia no pudo menos que recalcar ante su amiga Victoria lo que estuvo opinando ayer en la fiesta a todos cuanto quisieron escucharla:

—Es indignante haber tenido que compartir la sala con una criatura tan descarada, Victoria. ¡Qué situación tan incómoda ver a la hija del reverendo hablando con el señor Gunn y lord Arthur! De todas formas, querida, déjame decirte que es tan ambiciosa como tonta, en

vista de las finanzas del lord. Aunque hay que decir que, para estar arruinado, la fiesta de ayer se podría calificar como de suficientemente aceptable.

—¿Qué quieres decir con lo de arruinado, Ophelia? —inquirió lady Victoria, bajando la voz, de repente alarmada.

—¿No lo sabes? Oh, querida, por tu expresión puedo apreciar que, en verdad, no lo sabes —le dijo con un brillo malévolo en la mirada—. Se dice que lord Kendrick no ha heredado más que deudas y que tendrá que vender todo esto —abarcó con una mano indolente la mansión y las tierras a ambos lados—, para pagar los préstamos.

¿No te dijo nada tu marido? Pobrecillo, es comprensible...

Lo que no entiendo es eso que se decía ayer que tú ibas a casarte con él. Podrías encontrar a un partido mejor con solo chasquear los dedos, aunque supongo que lo haces por tu hija, ¿verdad? No tendría mejor padre...

«¡Cállate, vieja arpía, y déjame pensar!», quiso decirle Victoria, pero en vez de ser sincera compuso su más ensayada sonrisa y, a punto de empujarla dentro del coche, le contestó:

—Te agradezco tu sinceridad, queridísima Ophelia, te aseguro que me han sido de gran utilidad todos y cada uno de tus comentarios.

La despidió cerrando de un portazo la portezuela del coche y chasqueando la lengua para que el cochero se pusiera en marcha de inmediato. No la soportaba. Ni a ella ni a sus noticias. Se dio la vuelta tan pronto los caballos echaron a andar, dejando a su amiga asomada a la ventanilla, y entró en la mansión temblando de ira y rabia. Subió a su cuarto para procurar serenarse.

Necesitaba un buen baño que la ayudara a pensar.

Capítulo 26

Ivy y Lily se encerraron en la guardería tan pronto la niña se levantó y desayunó. La pequeña contaba, emocionada, sus impresiones sobre su primera fiesta. Lo mejor había sido bailar con su tío, seguido de poder acostarse terriblemente tarde. Ivy la escuchaba con una sonrisa sin molestarse en interrumpirla; la velada había sido tan

especial para la niña que ese día las clases pasarían a un segundo plano y su garganta, que había empezado a molestarle durante la noche, también se lo agradecería.

Arthur llegó al poco. Dio un beso a la niña y, tras escucharla un buen rato, la mandó a la cocina a por una taza de té caliente con miel y limón para la garganta de la institutriz. A Lily le encantó la novedad de atender una tarea que ella consideró en extremo importante para la curación de su querida señorita Archer.

Cuando su sobrina salió de la habitación, Arthur le preguntó a Ivy por su súbita desaparición durante la fiesta.

—No pude encontrarte por ningún sitio. Mandé que te buscaran en la habitación de Lily o en la tuya, pero habías desaparecido. Estaba preocupado.

—No tenías que haberte molestado. Tú tenías que atender a tus invitados…

—¡Al cuerno con mis invitados! Eras tú quien me preocupaba. Te vi hablando con Christopher Gunn y parecías disgustada. ¿Qué ocurrió?

—Gunn y yo tuvimos una desagradable conversación acerca de lo que sucedió en Arlington Row. —La mirada firme de Arthur la animó a seguir hablando—. Él fue contando a sus amigos que iba a pedir mi mano cuando en realidad no me había dicho nada. Yo nunca lo alenté.

Si me hubiera preguntado, le hubiera dejado bien claro que no tenía ningún interés en su persona, pero fue tan sumamente egoísta que solo pensó en sí mismo. Se lo dijo a sus amistades y todo el mundo creyó que yo era partícipe, que estaba de acuerdo… —Arthur asentía con interés—. Ayer pude decirle cuánto me había desagradado y perjudicado su comportamiento. Me manifestó sus excusas, pero me temo que no me sirven de mucho a estas alturas.

—En aquel momento pensé que estabas triste porque lo amabas…

—En absoluto, intenté explicártelo durante nuestra conversación en el jardín de los Muir, pero… no tenía la suficiente confianza.

—Lo siento mucho, Ivy. Siento lo que has pasado por culpa de ese engreído e inútil de Gunn, pero si te hace sentir mejor, lo retaré a un duelo. Sé que está prohibido, pero no me importa lo más mínimo si le doy su merecido.

—¡Arthur! ¡No digas eso! Es una locura que nunca te permitiría… Además, no tiene sentido… ahora… que vas a casarte con lady Victoria.

El laird de Rothesay la miró extrañado.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Te lo ha dicho ella?

—¿Acaso no es cierto? ¿Lo haces por Lily o…? —Ivy evitó manifestar en voz alta lo que más le dolía pensar; que él pudiera estar aún enamorado de ella.

—¿Lo comprenderías si te dijera que es así? ¿Lo aceptarías?

Ivy bajó la cabeza para ocultar sus ojos brillantes, cuajados de lágrimas.

—Lo aceptaría si esa fuera tu decisión.

—Te aseguro, Ivy —le dijo acercándose todavía más a ella—, que no está en mis planes compartir el resto de mi vida con quien fue la esposa de mi hermano. Hace muchos años estuve enamorado de Victoria, pero ella escogió a Graham. Durante mucho tiempo pensé que yo había sido el hermano perdedor, hasta que me di cuenta de que, en realidad, no había sido así. Espero que Graham estuviera tan enamorado de ella que nunca se diera cuenta de con qué clase de persona se había casado.

—Entonces… ¿Ya no…? ¿No vas a…?

—¿Casarme con Victoria? ¿Por quién me tomas? ¿Me ves capaz de seducirte mientras empeño mi palabra de matrimonio con otra? —le preguntó, dolido.

—Sé que eres un hombre sincero, que dices lo que piensas, pero ahora hay algo mucho más importante de por medio y por lo que yo entendería que estuvieses dispuesto a sacrificarnos. Sé que te preocupa mucho lo que le ocurra a Lily, y es una forma de asegurarte su bienestar.

—Así es. Victoria me ha dicho muy claramente que, si no nos casamos, se la llevará de mi lado.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo puede obligar a alguien a…?

¿Está enamorada de ti?

—No, claro que no. Victoria Sinclair no se quiere más que a ella misma. Solo utiliza a su hija, pero es muy capaz de llevársela para hacerme daño.

—¿Y entonces? ¿Qué harás...?

—No voy a ceder a su chantaje, Ivy. Es a ti a quien quiero. Eres tú la que ha devuelto la paz a mi espíritu, la que me ha hecho creer de nuevo que hay personas generosas, transparentes, sin dobleces, dignas de ser amadas. Y eres tú a quien nuestra Lily necesita. Alguien que la quiera por como es, sin ninguna compensación a cambio, sin utilizarla. ¿No ves cuánto te necesitamos los dos? ¿Y cuánto te quiero... y te deseo yo?

La abrazó tiernamente, y ella se dejó acunar entre sus brazos. Se oyó un ligero sonido más allá de la puerta y se separaron un momento, pero tras unos instantes, Arthur, impaciente, la tomó de la barbilla y le susurró:

—No pienso dejarte escapar, Ivy Archer, pero tendrás que confiar en mí. Quiero la custodia de mi sobrina, pero su madre no me la cederá sin nada a cambio, y aunque podría llevarla a los tribunales y reclamarla alegando el tipo de vida que lleva Victoria, no quiero hacerle eso a mi hermano ni a Lily. No quiero que en el futuro la gente la conozca por ser la hija de una mujer cuyos trapos sucios se airearon y que no pudo mantener la custodia de su propia hija. Debo ser más sutil. En el fondo, sé lo que ella quiere, y para eso necesito viajar hasta las Antillas de nuevo.

Ahí estaba el miedo que Ivy nunca había querido expresar en voz alta, el retorno de Arthur a un lugar que lo convirtió en un hombre huraño, duro. Ella recordó que él le habló de que regresaría al cabo de un año, pero, al final, partiría mucho antes.

—¿Es... absolutamente necesario?

—No sé de qué otra forma podría ayudar a Lily. —La tomó de las manos—. Confía en mí, querida Ivy. Quédate con Lily. Hablaré con Victoria y le pediré tiempo. Pero necesito que creas en mí.

—Te echaré de menos cada uno de los días en que no estés y haré todo lo que pueda por la niña, te lo aseguro.

—Sé que lo harás. Y yo te pensaré todos los días y todas las noches... —Se acercó a ella y fue depositando suaves besos sobre su

frente, en su nariz y sobre sus labios. Ella se puso de puntillas, atrapó su nuca y lo besó con ansia, entreabriendo su boca, dejando que sus lenguas cabalgaran una sobre la otra.

Esta vez el sonido de unos pasos rápidos acercándose a la habitación fue inconfundible. Se separaron por obligación, aturdidos, inmersos todavía en el aroma y el sabor del otro.

La puerta estaba entreabierta, Eunice llamó apenas y entró en la habitación como una exhalación. En su rostro se traslucía la ansiedad y el miedo.

—¡Lily ha desaparecido!

Capítulo 27

—¡Lily ha desaparecido! El jardinero la vio atravesar el jardín y entrar en el bosque, y aunque fue rápidamente tras ella, la perdió de vista —explicaba la gobernanta a lord Kendrick y a la institutriz mientras bajaban a toda prisa la escalera.

Arthur ordenó a todos los criados que se abrigaran y fueran a buscarla por parejas y que cada uno cubriera un tramo de terreno diferente. El jardinero les indicó por dónde la vio desaparecer, y Arthur e Ivy siguieron su rastro.

La nieve caída días atrás se había fundido y en el suelo solo quedaba una escarcha húmeda que no permitía distinguir posibles huellas con facilidad. Se internaron más y más en la espesura mientras la llamaban a gritos. A lo lejos se oía el eco de otras voces que repetían su nombre.

Conforme avanzaban, el bosque se cerraba y la luz disminuía. Se hacía más difícil vislumbrar dónde podría estar la niña. Pasaron horas interminables hasta que alguien gritó a lo lejos.

Había encontrado una pista.

Los grupos más cercanos se reunieron. Comprobaron que era un trozo de la capa de cuadros de la niña que se había enganchado entre la maleza. Lily no debería estar muy lejos. Ya habían pasado varias horas, estaría cansada, sedienta y hambrienta, y la ropa que llevaba no era adecuada para el frío que se aceraba conforme avanzaba la

tarde.

Unas mujeres de la casa llegaron en ese momento.

Les llevaron agua y bocadillos, y les contaron que Eunice se había encargado de avisar a las autoridades de Rothesay, que ya estaban en camino para ayudarlos en la búsqueda.

Arthur reordenó los grupos de rastreo, les indicó el terreno a cubrir teniendo en cuenta la pista encontrada, y la mayoría se puso en camino sin pararse a comer nada. Ivy rezaba en silencio para que la encontraran antes de llegar la noche y cruzaba miradas temerosas con el laird.

Siguieron avanzando, la tarde iba cayendo y la luz se hacía cada vez más tenue. Al pasar junto a un viejo roble cuya corteza se caía a pedazos, Ivy se dio cuenta de unas leves rayaduras que cruzaban su superficie. Se detuvo a mirarlas y, con sorpresa, descubrió que eran los trazos de una mano infantil intentando esbozar algunas letras, entre las que distinguió el nombre de Lily, el de su tío y el de ella, junto a ellos. Con un nudo en la garganta, llamó a Arthur y se lo mostró. Intercambiaron una mirada de entendimiento y esperanza, Lily no debía estar muy lejos.

Se separaron unas yardas para abarcar más terreno en torno al añoso roble.

Ivy no necesitó avanzar demasiado para descubrir a la pequeña dormida dentro del tronco de un árbol muerto. La abrazó, para darle calor, pues estaba helada, y llamó a Arthur, quien no tardó más que unos segundos en llegar junto a ellas. Abriendo sus brazos, las rodeó, besándolas a ambas, mientras Lily se despertaba con rastros de llanto en sus ojos, pero con una sonrisa de felicidad en su rostro al encontrarse amparada por las personas que más quería.

Lily regresó a casa acompañada de una muchedumbre que a lo largo de la tarde se había reunido en los bosques aledaños a la mansión Rothesay para participar en su búsqueda. En brazos de su tío y bien abrigada por una manta que alguien le cedió, engullía un bocadillo sin importar que no se hubiera lavado las manos o que luciera churretes por todo su rostro. Se sentía feliz y a salvo entre los brazos de su tío, pero no podía olvidar lo que había oído tras la puerta entreabierta de la guardería: que su madre se la llevaría si no se casaba con Arthur y que este estaba enamorado de Ivy. Aunque eso

ella ya lo sabía. No había que ser muy lista para darse cuenta, por lo que estaba segura de que su madre se la acabaría llevando con ella, y prefirió huir.

Al llegar a la casa, Eunice y lady Victoria los esperaban.

Arthur dejó a la niña en el suelo y un suspiro de alivio se escapó de la garganta de la gobernanta al ver a Lily sana y salva mientras que Victoria se encaraba con su hija y la agarraba por los hombros.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¡Tengo un dolor de cabeza terrible por tu culpa! ¿Cómo se te ocurre...? —

Arthur se interpuso en su camino y le dirigió una mirada reprobatoria a su cuñada.

—Victoria, ¡es suficiente! ¡Ya ha sufrido bastante por hoy!

La niña, temerosa, se refugió tras las faldas de la institutriz, quien la tomó de la mano y la llevó a su habitación. El laird agradeció a todos su participación en la búsqueda de la niña y los invitó a pasar a la cocina, donde podrían tomar un refrigerio y beber algo que les hiciera entrar en calor.

Poco después, la gente regresó a sus hogares, y Arthur ordenó descansar a todo el personal de servicio.

Había sido un día muy largo.

Se disponía a subir a la habitación de su sobrina para ver cómo se encontraba cuando distinguió a Victoria en la sala y decidió tener unas palabras con ella.

—Hablaré con Lily mañana, ahora es mejor que descanse —le informó.

—No la entiendo, Arthur, no sé por qué se comporta así... ¿Ves por qué pienso que necesita un padre? Yo sola no me veo capaz de...

—Lily ya tiene un padre, no necesita un sustituto.

Graham es su padre, aunque no esté. Lo que necesita es alguien que la entienda y la conozca, y tú no eres esa persona, Victoria. No has pasado el suficiente tiempo con tu hija para saber cómo es y nunca te has molestado en entenderla.

—Es muy fácil para ti decir eso, tú no has pasado por lo que he pasado yo. Me siento frágil, sola. Tampoco hay nadie que cuide de mí. —Se condolió con voz zalamera.

—No me das pena, Victoria, tú eres una mujer adulta, capaz de manipular a los demás para que bailen a tu antojo. Sabes muy bien cómo sobrevivir, no pretendas compararte con tu hija de siete años...

—Esta conversación me da dolor de cabeza, Lily me da dolor de cabeza y tú también. Voy a marcharme a Londres a pasar las navidades, a casa de unos amigos, donde pueda recuperarme de tantos reproches absurdos —dijo desafiante.

—Muy bien, como desees. Puedes tomarte el tiempo que quieras. Lily estará bien cuidada aquí.

—Sabes que volveré, ¿verdad? Tú y yo tenemos algo pendiente.

—Puede que cuando vuelvas, yo no esté. Necesito regresar por un tiempo a Centroamérica. —Los ojos de Victoria se abrieron como platos—. Pero no te preocupes, te dejaré una pensión más que suficiente para que permanezcas en Londres todo el tiempo que quieras.

—No voy a conformarme con una mísera pensión mientras que Lily disfruta de todo esto. Yo lo quiero todo.

Quiero todo lo que tenía cuando me casé con Graham.

—Graham ya no está, Victoria, y las finanzas de Rothesay no son lo que eran. Puede que incluso tenga que deshacerme de esta mansión.

—No te creo, Arthur. Lo dices para que no me lleve a la niña.

—Ojalá, pero me temo que es cierto. De todas formas, es mejor que la dejes aquí, en Rothesay, mientras yo esté fuera. Solo te pido un poco de tiempo. Te compensaré.

—Está bien, pero no lo olvides, no voy a conformarme con una limosna —le dijo, antes de marcharse de la sala, depositando en su mano el vaso de licor en el que ella había estado bebiendo.

Arthur lo tomó y lo estrelló contra la pared, mientras ella, asustada por el gesto, huía corriendo hacia las escaleras.

Victoria sabía que lo había presionado hasta el límite.

Él estaba enamorado de la institutriz, no la quería a ella.

Era sorprendente, pero al parecer aquella muchacha tenía unas cualidades ocultas que lo habían engatusado y ni siquiera le había importado su affaire con Christopher Gunn.

Sin embargo, ella era la madre de Lily. Y seguía creyendo que esa era la baza que inclinaría la balanza a su favor, si le interesaba. Volvería a Londres a pasar las navidades; no se iba a deprimir en Rothesay cuando la capital, en esa época del año, era tan excitante. Había estado dándole vueltas a la idea de llevarse a Lily para que Arthur probase a estar sin ella, pero luego pensó que la niña le estorbaría demasiado y, además..., tenía una misión mucho más importante que la de divertirse en Londres. Tenía que saber, averiguar qué había de cierto en los rumores sobre la ruina de su cuñado.

Es verdad que él le había dicho en innumerables ocasiones que no podía hacer frente a los gastos de su cuenta, de sus viajes o a las propuestas de celebraciones y compras que le había sugerido desde que había llegado.

Victoria lo achacó a un carácter tacaño y vengativo hacia su persona, como una forma de resarcirse de sus sufrimientos pasados provocados por ella. Y pensó que sería capaz de cambiarlo cuando se casara con él. Pero, tras su conversación casual con Ophelia Gardner y la confesión de Arthur de hacía unos minutos, temía que aquella falta de dinero, que la bancarrota de Rothesay fuera real, que no fuera una argucia para librarse de ella y dejarle una mísera pensión. En Londres usaría sus influencias para que le contaran la verdad. Visitaría, incluso, a sus abogados de Bereford & Cía. y les sonsacaría la verdad. Quizá invitara a cenar a alguno para conocer todos los detalles. Si Rothesay estaba en la ruina, tal vez Arthur poseyera algo de valor en América para compensar. No en vano pasó allí ocho largos años.

Tenía que saber qué había de real y cierto en todo ese asunto para decidir qué hacer.

Lo descubriría a su tiempo. Ahora lo primordial era ordenar que le preparasen las maletas para poder marcharse mañana mismo. Se llevaría lo imprescindible y ya le enviarían el resto. No pasaría un minuto más entre los muros de Rothesay.

Capítulo 28

Ivy enjuagaba el cabello de Lily con una jarra de agua templada, mientras la niña echaba su cuello hacia atrás y cerraba los ojos. Cuando terminó, besó su cabecita, y la niña, al notarlo, se volvió.

—Me alegro mucho de que me encontrara, señorita Archer. La eché mucho de menos. Y a mi tío. Pero ahora que estoy aquí, las cosas serán peor...

—¿Por qué dices eso, Lily?

—Porque por mi culpa mi tío tiene que casarse con mi madre y él no la quiere a ella...

—¿Cómo sabes...?

—Yo lo escuché cuando regresaba de la cocina. Yo... no debí oír detrás de las puertas, pero no lo pude evitar —dijo con un sollozo—. Lo siento mucho.

—Oh, Lily, tranquila. Tú no tienes culpa de nada.

Todo se va a solucionar, ya lo verás.

—Me volveré a marchar con mi madre. Puede que si soy una niña muy buena y no hago tonterías, ella me quiera.

—Lily, no digas eso —musitó con un nudo en la garganta—. Las madres quieren a sus hijos tal y como son, y tú eres una niña maravillosa... Si supieras lo desastre que era yo de pequeña... Cuando tenía tu edad quise preparar el desayuno a toda la familia, así que me levanté antes que todos y lo primero que hice fue encender el fuego... No sé qué pasó, Lily, pero aquello creció tanto y sin control que por poco no quemo la cocina y ¡hasta la casa!

—¡No! ¡No es verdad! —Rio la niña.

—Yo no te mentiría, Lily.

—Pero no es posible que usted... quiero decir, no la imagino... —Ivy asintió contundente, mientras Lily la miraba asombrada y se tapaba la boca para evitar la carcajada—. ¿Y qué le dijeron sus padres?

—Bueno, me riñeron, pero no mucho, porque había sido con la mejor de las intenciones. Aunque desde entonces me prohibieron entrar sola en la cocina.

—¿Y ahora la dejan?

—Me temo que aún no, Lily. Aunque cuando vaya a verlos les preguntaré si ya me han perdonado. ¡Hala, vamos! Déjame que te seque que el agua ya se está enfriando.

Ivy le abotonaba a la niña su camisón cuando la puerta se abrió y aparecieron Arthur y Eunice, esta última llevaba una bandeja con una humeante taza de leche y un trozo de bizcocho.

Tras dejar la bandeja sobre una mesita en la habitación de la niña y preguntarle cómo se encontraba, la anciana se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Lily abrazó las piernas de Arthur y este se agachó y se puso a su altura para darle un beso en la mejilla. La contempló serio. La pequeña tenía muchos rasgos hermosos de su madre, pero estaba seguro, sin duda alguna, de que su carácter y su alma tenían más que ver con los de su hermano, afortunadamente.

—¿Estás enfadado conmigo, tío?

Arthur suspiró.

—No quiero que lo vuelvas a hacer. No volverás a salir sola de casa y mucho menos a entrar en el bosque.

La niña negó con la cabeza, muy seria.

—No lo haré. —Miró a la institutriz—. ¿Podré hacerlo acompañada?

—¡No! —insistieron Arthur e Ivy a la vez.

—De acuerdo. Mi castigo es peor que el suyo, señorita, pero sé que me lo merezco.

—¿Qué quiere decir? —susurró Arthur a Ivy, extrañado. La joven, sonriente, le hizo un gesto de que más tarde se lo contaría y se dispuso a secarle y peinarle con paciencia el pelo frente a la chimenea, mientras la niña comía. Arthur permaneció junto a ellas en silencio.

Un buen rato después, Lily, con el cabello ya seco, pudo acostarse y cayó enseguida en un profundo sueño.

Arthur e Ivy salieron de la habitación sin hacer ruido.

Decidieron bajar a la cocina y prepararse un té antes de irse a la cama. La pieza había estado muy frecuentada hasta hacía un buen rato en el que todos decidieron que había sido un día muy largo y se habían retirado a sus habitaciones y a sus casas.

Arthur llenó la tetera de agua, avivó el fuego y puso el té a calentar, mientras Ivy sacaba pan de una bolsa de tela y cortaba unas rodajas.

—¿Tienes hambre? —le preguntó el laird.

—Mucha, ¿tú no?

Arthur no le contestó, se limitó a observarla de arriba abajo con una mirada animal que la hizo estremecerse de placer y temor. Se mordió los labios y se apoyó en la encimera para disimular su turbación. Él se acercó a ella, tomó el cuchillo que ella había dejado abandonado y siguió untando el dulce.

—Mermelada de naranja —dijo lamiendo un dedo que se había manchado—. Es mi favorita.

—La mía también —aseguró Ivy.

Metió el dedo en el tarro de cristal y se lo dio a probar a ella. Ivy se puso roja, pero se acercó y lo lamió, varias veces, hasta que no quedó nada. Arthur podía notar como la respiración de la muchacha era cada vez más acelerada, percibía sus ojos brillantes, la boca entreabierta… La besó paladeando el sabor de la naranja amarga en sus labios, mordisqueándolos suavemente.

Notó la rigidez en cierta zona de su cuerpo y decidió separarse antes de que fuera demasiado tarde y la comprometiese más de la cuenta. «Oh, Ivy», pensó, «¡qué largos se me van a hacer los días lejos de ti!».

—Y bien… —carraspeó—, ¿qué es eso que decía Lily sobre tu penitencia? ¿La han castigado alguna vez, señorita Archer? Sería difícil de creer…

—Arthur, no te burles… —lo riñó la muchacha, que seguía

apoyada sobre la encimera esperando que sus piernas se dignasen a sostenerla correctamente—. Era un desastre de niña. En una ocasión incendié la cocina, sin querer, claro, y mis padres me prohibieron volver a entrar sola. —Arthur se echó a reír—. Te dije que no te burlaras, es humillante. No sé apenas cocinar nada. Te morirías de hambre si dependieras de mí.

—No tienes que preocuparte por eso, mi querida Ivy, yo he aprendido por los dos, y creo que nos vendrá bien porque... probablemente vienen tiempos malos para los Kendrick. —Arthur se volvió inesperadamente serio—.

Ivy, quiero que sepas que es posible que no pueda seguir viviendo en esta mansión y tenga que hacerlo en otro lugar mucho más humilde. Tendré que prescindir de tantos criados y... necesito que conozcas cuál va a ser mi situación en breve. ¿Estás dispuesta a amarme aún en estas circunstancias?

La institutriz se acercó a él y lo tomó de la barbilla.

—Lord Kendrick, es usted el hombre más tonto con el que me he topado en mucho tiempo. Ya lo sabía. Si tuvieras dinero suficiente habrías mantenido a Victoria lejos todo el tiempo. ¿Y crees que no imaginaba lo que hacías todo el día en la biblioteca entre esos legajos y títulos de propiedad que tienes desparramados de cualquier manera encima de la mesa?

—Ivy Archer, me impresionas. Eres una mujer mucho más lista de lo que aparentas...

—¡Caramba! No sé si tomármelo como un halago o como un insulto. Me parece estar de nuevo frente al Arthur Kendrick de Arlington Row, al que no le importaba decir lo que pensaba, aunque fuera de lo más impertinente. «No voy a hablarle de vestidos y zapatos y todas esas cosas tan importantes para las mujeres, me temo que la voy a aburrir»... —le recordó su primera conversación, remedando su voz grave y su gesto afectado.

Ivy se echó a reír y Arthur la miró con ojos llameantes.

—Ahora es usted quien se burla, señorita, y sepa que no voy a permitírselo. Es usted terrible y merece un castigo.

La mirada encendida del caballero le provocó una extraña mezcla de temor y placer que hizo que echase a correr alrededor de la amplia mesa de la cocina con Arthur a la zaga. Al final, el hombre alargó su

brazo y consiguió sujetarla para, a continuación, cogerla en brazos y depositarla sobre la mesa repartiendo un sinfín de besos por su rostro y cuello, mordisqueando el lóbulo de su oreja hasta hacerla jadear de placer.

—Ivy, dime —la miró directamente—, ¿me esperarás?

¿Aunque esté arruinado?

—Te quiero a ti, Arthur, no a tu dinero.

—Lo sé, mi amor, solo quería oírte decir que me amabas.

—Te amo, te amo… —le susurró junto a su oído.

Él volvió a besarla con mayor pasión si eso hubiera sido posible. Cuando pudieron separar sus labios, le dijo:

—Ivy, voy a subir a tomar un baño de agua fría. No puedo, no debo quedarme… Toma tu té y vete a la cama, mi amor. Descansa.

El suspiro de Ivy bien pudo haberse oído a muchas millas. Lo vio marchar a la vez que notó como volvía a estremecerse en cuanto se alejaba de él. Estaba claro que la única cura para su taquicardia y sus temblores era Arthur, e intuía que tenía mucho que ver con el roce de sus labios sobre su piel y las caricias de sus manos sobre su cuerpo.

Empezó a sentir frío y resopló. Se sirvió un té y mordisqueó una rebanada de pan. De repente no tenía hambre. No de comida, al menos.

Subió las escaleras sintiéndose cansada e irritada. La súbita marcha de Arthur la había dejado turbada. No tenía mucha experiencia; en realidad, ninguna, pero… su intuición le decía que para él había sido muy difícil separarse de ella. Parecía tan… ardiente, tan fogoso hasta el último momento…

En su alcoba se desvistió, se puso el camisón y se quitó las horquillas que aún sujetaban parte de su despeinado cabello. Se peinó su larga melena cobriza y se acercó al balcón. Hacía una preciosa noche de diciembre y pequeños copos de nieve comenzaban a caer. Pensó en los pocos días que le quedaban junto a Arthur. Se marcharía después de Navidad y no sabía con exactitud cuándo regresaría. Aún no se había ido y ya sentía la nostalgia de su voz profunda, de su cuerpo cálido, de sus ojos pícaros…

Tomó un quinqué y se dirigió a la puerta. Antes de atravesarla, la imagen de su hermana Rose apareció un momento en sus pensamientos. Bufó y la apartó. «Oh, Rose, no me reprendas, sé lo que hago», se dijo. Y echó a andar por el pasillo hasta llegar al ala derecha. Se paró frente a la puerta del laird.

«Muy bien», se dijo. «Veamos qué secretos ocultan un hombre y una mujer tras una puerta cerrada». Asió el pomo y, con una sonrisa nerviosa, abrió la puerta.

Capítulo 29

Arthur se encontraba ya en la cama, pero no conseguía dormir cuando oyó abrirse la puerta. Se incorporó, extrañado, y la vio entrar despacio, vestida con un camisón blanco, iluminada por la tenue luz de un quinqué, con su glorioso cabello suelto.

—Arthur... —le susurró con voz tímida, a la vez que sensual y cargada de deseo. Cerró la puerta y echó el pestillo.

—¡Ivy! ¿Qué haces aquí? —Él la miró desconcertado, inquieto, notando como sus músculos se tensaban y le empezaba a arder la piel, mientras ella depositaba la lámpara sobre una mesa.

—No quiero que te vayas, pero comprendo que tengas que hacerlo —le dijo ella mientras se acercaba a la cama.

La visión del torso desnudo del hombre le secó la garganta—. Es solo que... que no quiero que te vayas sin que... nos hayamos conocido por completo. Quiero sentirte por entero y que tú me sientas igual. No sé muy bien cómo sucede todo, pero sé que será maravilloso, y aunque no estemos casados...

—Ivy, voy a casarme contigo, pero quiero esperar para poder hacerlo frente a todos, sin amenazas que perjudiquen a Lily...

—Lo sé, y esperaremos para hacerlo oficial, pero yo te necesito ahora. No sé si tú sientes lo mismo...

—¿Bromeas, Ivy? —Se incorporó aún más hasta situarse frente a ella, a un lado de la cama, y la tomó de una mano. La sábana resbaló hasta su pelvis y mostró, con suficiente claridad, la línea de vello que partía de su pecho, recorría su vientre y se perdía por debajo de la

abultada tela. La muchacha se sonrojó ante la visión—.

Te deseo tanto que no podrías llegarlo a imaginar. Te dejé en la cocina y me marché porque era incapaz de estar más tiempo junto a ti sin hacerte mía... Y ahora has venido a tentarme... ¿Estás segura, mi amor? Porque si empezamos ya no querremos parar...

Ivy se sentó a su lado y comenzó a desabotonarse el camisón.

—De entre todas las locuras e insensateces que haya hecho en mi vida, estoy segura de que esta va a ser la que más disfrute y de la que menos me arrepienta —le susurró mirándolo seriamente, para a continuación mostrarle una sonrisa feliz y atrapar sus labios con sus dientes.

—Ivy, me vuelves loco... —consiguió decir mientras la rodeaba con sus brazos y, reclinándola sobre la cama, la cubría con su cuerpo.

La claridad de la mañana la despertó. Se sentía diferente, especial, amada, deseada y... muy sabia. «Así que era esto», se dijo, mientras se desperezaba voluptuosa y se volvía hacia Arthur, quien seguía dormido a su lado.

Mientras recorría con una mirada enamorada la silueta del cuerpo masculino, recordó los acontecimientos de la noche que, a la luz del día, la hicieron sonrojar y estremecerse de placer.

No le extrañaba nada que fuera un asunto tan secreto... teniendo en cuenta qué partes del cuerpo intervenían en el... acto. Nunca, ni en un millón de años, hubiera pensado que esas cosas tan íntimas pudieran besarse, lamerse o... morderse, y que, finalmente, los dos hubieran... Sintió un escalofrío de lujuria al recordarlo.

Tenía que reconocer que había sido un poco doloroso la primera vez, aunque Arthur la había avisado y la había tratado con suma delicadeza. Las siguientes oportunidades apenas notó cierto escozor, pero todas y cada una habían valido la pena. Él había estado muy pendiente de todas sus sensaciones y la había hecho disfrutar hasta el punto de que casi se había desmayado de gozo.

Recordar todo aquello ahora —el roce de su piel sobre sus pechos, de su lengua recorriendo su vientre, la visión del hombre desnudo, el olor de su cuerpo— le empezó a animar esa inquietud conocida. «Quizá debería despertarlo», se dijo. «No creo que importe».

Se levantó desnuda a correr la cortina para que no entrara tanta luz, y antes de que lo hubiera hecho, escuchó la voz del laird que le decía:

—Ni se te ocurra moverla, date la vuelta y déjame verte. Hay cosas que es mejor disfrutarlas con una buena luz.

Arthur le contó a Eunice que se había hecho una pequeña herida durante la noche para justificar unas manchas de sangre sobre la sábana. Ivy evitó estar delante durante la explicación, lo que, por otra parte, tampoco tendría sentido, y se refugió en la guardería con Lily. La niña había desayunado con Arthur y Victoria, quien anunció que se marcharía después de la comida, haría una parada en casa de unos amigos y al día siguiente partiría hacia Londres, con lo que llegaría justo el día de Navidad.

Arthur subió a la guardería para hablar con Lily. Ivy se sonrojó al verlo llegar y ser el blanco de sus miradas pícaras y sensuales. Ahora que recordaba, a plena luz del día y ya vestida, todo lo que hicieron y se dijeron durante la noche y a la amanecida, se sentía arder por dentro, de placer y vergüenza.

Bajó la cabeza para que el caballero no viera su expresión azorada y musitó una excusa para dejarlos solos. Sabía que Arthur quería hablar con la niña y contarle lo de su partida. Cerró la puerta al salir.

—Lily, ya has oído a tu madre decir que va a marcharse a Londres a pasar las Navidades, aunque, posiblemente, permanezca allí durante una temporada.

Quiero decirte que me encantaría, nos encantaría a Ivy, a Eunice y a mí, que te quedaras con nosotros durante todo el tiempo que quisieras, aunque no sé si preferirías estar con ella...

—No, tío, yo no me quiero ir a ningún sitio... yo quiero quedarme aquí contigo y con la señorita Archer y Eunice para siempre. Por favor, tío Arthur, no dejes que mi madre me lleve otra vez...

—No lo haré, Lily, pero tenía que oír tu opinión. No te puedo prohibir que te vayas con tu madre si ese es tu deseo, pero si me dices que quieres quedarte con nosotros, no dejaré que nadie, ni siquiera tu madre, te aleje de nuestro lado.

—No deseo marcharme con ella. Por eso ayer me escondí en el bosque, porque no quería que me encontrase y me llevara, y tampoco que te obligara a casarte con ella. Yo sé que tú a quien quieres es a la

señorita Archer.

—Pero, bueno… ¿y se puede saber quién te ha dicho eso, señorita?

—No me lo ha dicho nadie, es que se te nota mucho.

—¿Sí? Yo creo que eres una niña demasiado lista.

¿En qué se me nota, si se puede saber?

—Si te lo digo… ¿prometes no enfadarte?

—¿Enfadarme? Claro que no, a ver…

—Es que pones cara de bobo cuando la miras…

Las carcajadas de Arthur se oyeron en la planta baja, donde los sirvientes se afanaban bajando los baúles con los vestidos y complementos más «imprescindibles» de Victoria.

Arriba, Arthur se secaba los ojos llorosos por la risa.

—Espero que la señorita Archer no piense igual, Lily.

No me gustaría que me tomara por un bobo.

—No, no lo creo. Siempre habla muy bien de ti.

—Pues es un alivio, me tranquilizas. Mira, Lily, quiero que sepas que tengo intención de pedir tu custodia y que te quedes junto a nosotros hasta que te hagas mayor, muy mayor, casi anciana, y haya algún imbécil que te mire con los mismos ojos de bobo con los que yo miro a la señorita Archer. Entonces, si tú quieres y una vez que yo le haya dado el visto bueno y una paliza al tipo, podrás casarte con él…

—¡Tío! ¡No me digas esas cosas! —Lily se tapó la cara con las manos, avergonzada—. Yo nunca me casaré, me quedaré siempre con vosotros.

—Ya… —musitó Arthur, poco convencido—. ¿Te parecería bien que fuera tu tutor legal? —Ante la cara de extrañeza de la niña, Arthur le explicó—: Se trata de que legalmente seas mi hija, Lily, y que nadie, ni tu madre, nos pueda separar.

La pequeña se abrazó a su tío, gritando emocionada, alegre y feliz:

—Sí, tío, por favor, sí…

Una vez que se calmó, Arthur le pidió que guardara el secreto, no quería que llegara a oídos de Victoria y pudiera intentar algo para perjudicarlos. Le contó que tendría que viajar lejos para poderlo llevar a cabo. Se separaría de ella durante unos meses, pero la dejaría en la compañía de Eunice e Ivy hasta que regresara. Lily asintió triste, pero lo aceptó con un sentido de la responsabilidad sorprendente para una niña de apenas siete años.

Capítulo 30

Victoria se marchó poco después del almuerzo, dejando a los atribulados sirvientes a cargo del resto de baúles que habían de serle enviados sin falta durante el fin de semana a la dirección que les consignó en Londres.

Se despidió con rapidez de todos como si le faltase el aire dentro de Rothesay y necesitara salir cuanto antes de allí.

Arthur la vio partir calculando mentalmente lo que le costaría la estancia de su cuñada en Londres y las tierras que debería vender para poderlo costear, pero lo daba por bien empleado si mientras tanto él conseguía algo de tiempo para poder llevar a cabo su plan.

Después de partir lady Kendrick, Ivy sugirió preparar algunos adornos caseros para adornar el salón ya que apenas quedaban unos pocos días para la Navidad.

Arthur salió fuera de manera misteriosa, y volvió, al poco, con un precioso abeto que puso en la sala donde se reunían tras las cenas y que era la favorita de lafamilia desde que él era niño. Mientras Ivy y Lily terminaban unos bonitos adornos para colgar sobre la chimenea, hechos de tela y lana, Arthur subió al desván y bajó cargado con una enorme caja de adornos para el árbol.

Tío y sobrina fueron sacando uno a uno los objetos de la caja: bolas de cristal, estrellas doradas, espumillones de tela, largas tiras de cuentas de colores…

Ivy los miraba henchida de amor por los dos, y escuchaba al laird, el hombre que ocupaba sus pensamientos, contar a la pequeña

anécdotas sobre las navidades cuando Arthur y Graham eran niños.

Él le mostró a su sobrina un pequeño trineo de madera tallado por su hermano y la ayudó a colocarlo en el lugar adecuado. Lily no tenía recuerdos de haber montado un árbol, aunque Arthur estaba seguro de que Graham habría hecho con su hija lo mismo que él estaba haciendo ahora.

Para el laird, ver a Lily, con la ayuda de Ivy, colocar los mismos adornos que él y su hermano habían puesto una vez bajo la supervisión de su madre lo inundó de dicha y de una extraña melancolía. Hacía tiempo que no rezaba, tanto que ni siquiera lo recordaba, pero, mentalmente, musitó con dificultad una oración por aquellos que ya no estaban y se prometió que su recuerdo estaría siempre presente entre ellos, entre esa familia que ahora componían los tres y que no permitiría que nadie le arrebatara.

La Navidad llegó y se fue… casi en un suspiro.

Aquella noche cenaron los tres juntos y después tomaron el postre en la cocina, junto al personal de servicio al que fueron a felicitar. La mañana del 25 de diciembre, Lily madrugó muchísimo y bajó emocionada para ver si Santa Claus le había llevado lo que había pedido. Descubrió que había dejado regalos para todos tal y como ella le había escrito con la colaboración de su institutriz, quien se ofreció amablemente a echar su carta al correo en días anteriores.

Cuando Ivy y Arthur bajaron juntos, la descubrieron intentando leer los nombres escritos en las tarjetas de los regalos. La ayudaron con la lectura y después la acompañaron, aún sin desayunar, a repartir los presentes a todos en la casa, incluyendo su tío y su institutriz, quienes, por supuesto, no podían faltar. Tan solo un pequeño regalo quedó sin abrir, el de su madre, pero Lily lo guardó para cuando ella regresase, sin asomo alguno de impaciencia.

Lily, a su vez, recibió regalos de todos: pasteles con formas de animalitos, cintas de colores para el pelo, un oso de peluche de parte de su tío y un precioso libro ilustrado de parte de su institutriz. A ella la hicieron muy feliz todos aquellos presentes, pero lo que más la emocionó fue pasar el tiempo en compañía de Arthur e Ivy y compartir con ellos sus juguetes y juegos.

Aquella noche la niña cayó rendida en cuanto se metió en la cama. Ivy se marchó a su habitación tras arroparla y al poco oyó abrirse su

puerta. El corazón le dio un vuelco y todo su cuerpo se tensó ante la expectativa de lo que estaba por venir. Acudió al encuentro de Arthur y lo abrazó en cuanto cruzó el vano de la entrada.

—Parece que me has echado de menos —le dijo susurrando, mientras ella lo soltaba y cerraba la puerta, dejando caer su espalda contra esta. Él la tomó por la cintura y la besó con pasión y ansia, acorralándola contra la entrada, tomando sus manos y subiéndolas por encima de su cabeza, mientras su boca se deslizaba hacia abajo, buscando la suavidad de su escote y la turgencia de sus senos.

Ivy se removió sinuosa y él la soltó. Ella aprovechó que sus manos estaban libres para empezar a desabotonar su camisa blanca y besarlo en el cuello.

—Ivy, esto es muy... tentador... ah, y peligroso. Esto... no... está bien...

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no te parece?

—Sí —le contestó él sonriendo—, tendré que volver lo antes posible por muchas razones... —Ella se detuvo y lo miró a los ojos, curiosa—. No me digas que no has pensado en lo que puede ocurrir...

—Desde antes de entrar la primera vez en tu habitación, pero... yo te quiero y sería algo maravilloso si...

—Claro que lo sería y nada me haría más feliz, pero sería maravillosamente inapropiado.

—Oh, la palabra exacta sería... «indecente». Y mi tía Henrietta me desheredaría por séptima u octava vez, aunque esta ocasión sería la definitiva. Pero te aseguro que no me importa lo más mínimo, yo quiero... esto. Te quiero a ti... por completo.

—Y yo estoy dispuesto a sacrificarme para cumplir todos y cada uno de tus deseos —le contestó risueño y más que dispuesto a la entrega. Se besaron hasta llegar a la cama, y entonces él sacó de su bolsillo un cofre pequeño de madera de marfil rosado y se lo entregó.

—Este es mi regalo, Ivy. No quería que te quedaras sin el tuyo en un día tan especial.

La joven abrió el cofre y en su interior, sobre un cojín en tono rosado también, descubrió unos pendientes de esmeralda, en forma de

gota, suspendidos de un gancho de oro. Ivy sacó uno de ellos y comprobó que cada una de las esmeraldas estaba rodeada de diminutos diamantes que brillaban con el reflejo de la luz.

—Arthur, son... preciosos.

—Es mi herencia, Ivy. Es de las pocas cosas personales que me dejó mi madre y lo reservé siempre para la persona que me arrebatara el corazón. Y esa eres tú. No creo que pueda hacerte regalos muy valiosos durante una buena temporada, amor mío, pero esto es tuyo y mi vida por entero también.

Ella lo abrazó tiernamente y lo retuvo contra sí durante mucho tiempo, mientras escuchaba los rápidos latidos de su corazón. Aquella noche se amaron despacio, cadenciosamente, explorando cada centímetro de la piel del otro, como si quisieran recordarse hasta la eternidad, como si quisieran retener y alargar el tiempo para que no transcurrieran los minutos que los llevarían a separarse.

Algunos días después, tras la entrada del nuevo año de 1856, Arthur partió de Rothesay rumbo al puerto de Bristol, donde tomaría un barco que navegaría por el Atlántico durante tres semanas, para dejarlo de nuevo en aquellas tierras de recuerdo amargo, a las que en brazos de Ivy logró olvidar y de las que llegó a pensar que solo habían sido una pesadilla. Regresaba de nuevo a un infierno que, una vez, él aceptó voluntariamente.

Consideraba que ya había pagado su penitencia por amar a la esposa de su hermano. Ese amor había dejado de existir hacía mucho, se había diluido como el humo, la verdad había aparecido ante sus ojos. Esperaba que Graham hubiera sido feliz con ella, aunque tenía sus dudas, quizá lo fue al principio. De lo que no tenía ninguna duda era de que iba a hacer todo lo posible por ofrecerle a su hija un hogar, una familia como la que ellos tuvieron de niños. Y que no iba a sacrificar a Ivy en el intento.

Desde la baranda del barco, Arthur contemplaba el horizonte, donde habían quedado atrás sus seres queridos. Hacía casi nueve años que realizó el mismo trayecto sin esperanza, triste y angustiado por la pena de dejar a su padre y a su hermano, herido de amor por el rechazo de la mujer que amaba. Ahora todo era muy diferente. No habría nada en el mundo que pudiera hacerlo desistir de volver. Regresaría al hogar lo antes posible, al cariño de su sobrina y al calor de los besos de la mujer que amaba, que le correspondía y que lo estaría esperando.

Capítulo 31

Lentamente, los más fríos días de enero fueron pasando. Las jornadas se sucedían entre clases de Aritmética, Gramática, Geografía, Música y Dibujo.

También había ocasión para practicar algún idioma y leer. Eunice se les sumaba en sus cortos paseos los días menos gélidos, y Lily practicaba en su poni guiada por uno de los mozos de cuadra que Arthur había designado.

Retomaron la costumbre de comer juntas las tres generaciones de mujeres, y en sus conversaciones siempre estaba presente Arthur. Lo echaban mucho de menos.

Febrero llegó y con él una carta de Arthur desde Jamaica. Ivy leyó en voz alta, a unas interesadas Eunice y Lily, aquellas líneas en las que les contaba que se encontraba bien, que había arribado al puerto de Kingston, que había resuelto sus asuntos pendientes allí y que se desplazaría muy pronto hasta Haití, donde tenía que entrevistarse con unos caballeros. Les refirió lo mucho que las echaba de menos y evitó leer unas últimas líneas dedicadas a ella, ya que, de haberlas pronunciado en voz alta, habrían aclarado en demasía la relación tan estrecha que los unía. Por la noche se la llevó a su habitación y, una vez acostada, volvió a releerla y se durmió con ella bajo la almohada. No podría contestarle, pues Arthur no tenía una dirección definitiva en el país. Viajaría de un lugar a otro hasta concluir sus asuntos, y entonces regresaría.

Pocos días después, Ivy recibió otra misiva dirigida a ella, la puntual, alegre y reconfortante carta de su familia que se sucedía invariablemente cada pocas semanas. Le llamó la atención que, en esa ocasión, no habían transcurrido ni dos semanas desde la última y que no estaba remitida por su padre, sino por su hermana Rose.

Cuando Lily se acostó para dormir la siesta, Ivy aprovechó para sentarse en el salón junto a la chimenea y rasgar el sobre con impaciencia, esperaba que no fueran malas noticias.

Ivy se tranquilizó tras leer las primeras líneas en las que su hermana mayor le informaba de que todos se encontraban bien, pero conforme continuó leyendo, palideció y una enorme desazón se fue instalando en su alma. Rose le escribía acerca de una serie de rumores sobre ella que estaban en boca de los más pudientes.

Myrtle había sido informada de ello cruelmente cuando una de sus empleadoras, una dama que la tenía contratada durante unas horas para que les diera clases a sus hijos, la había echado tras decirle que no era digna de aleccionar a sus pequeños cuando en su casa no las habían enseñado a comportarse con decencia. Cuando Myrtle le exigió una explicación, la mujer le contestó diciendo que la díscola Ivy Archer era conocida por comprometer su reputación de nuevo, esta vez con un lord escocés para el que, al parecer, trabajaba. Rose, en extremo preocupada, le pedía que le contase qué había de cierto sobre esto y le rogaba encarecidamente que regresara de inmediato al hogar y dejara ese trabajo, que con tan poco acierto había escogido, antes de que todo llegara a oídos de sus padres.

Ivy se encontraba devastada. ¿Qué podría decirle?

¿Qué explicación le daría? Miró a través de la ventana sin apreciar el espléndido paisaje invernal que se manifestaba a solo unos pasos de donde se encontraba, sumida en sus pensamientos.

Al final, los rumores que comenzaron en la fiesta de cumpleaños de Lily, preparada por su madre, habían llegado y arraigado en Londres, una ciudad en la que diariamente se necesitaban cotilleos escandalosos, criticables, que sirvieran de entretenimiento en las fiestas de la gente bien, sin importar a quién se despellejaba y qué daños le acarrearía.

Esta vez, sin embargo, la noticia era escandalosa, pero… cierta. ¿Cómo se lo explicaría a Rose, a su familia?

Pobre Myrtle, cuánto le apenaba que hubiera sufrido por su culpa. No estaba segura de que la entendieran si les decía que era verdad lo que se decía de su «implicación» con el laird, pero que ellos se amaban y él haría lo correcto, se casaría con ella en cuanto volviera de América. Ivy era muy consciente de lo que había sucedido, nadie la había engañado o engatusado en contra de su voluntad y ella tampoco lo había hecho.

Ambos habían sido dos adultos que habían descubierto una afinidad especial entre ellos que los había llevado a interesarse en el otro y, al conocerse, se habían dado cuenta de que ya no querían alejarse porque se amaban y querían pasar el resto de su vida juntos.

Pero Arthur no estaba para poder acompañarla y dar verosimilitud a esa explicación.

Guardó la carta en su secreter, sin tener muy claro qué le contaría

a Rose. Un molesto e insidioso dolor de cabeza la acompañó aquella tarde, y a la mañana siguiente se levantó con náuseas y mareos que persistieron durante toda la semana. Apenas se sentaba ante el escritorio para redactar su respuesta, los síntomas se hacían más patentes. Finalmente, y aunque le hubiera encantado desahogarse con su hermana y hablarle de esa felicidad que experimentaba, mezclada con temor por la lejanía de Arthur, resolvió escribirle en un tono normal, diciéndole que se encontraba bien, que no había nada de lo que preocuparse, que no se marcharía de Rothesay dejando sola a Lily Kendrick y que, a su vuelta dentro de dos o tres meses, según calculaba, les daría explicaciones suficientes sobre todo lo que quisieran a ella y al resto de la familia.

No quiso contarle a Rose nada de su romance con el laird, ya que corría el riesgo de que se preocupara en demasía. Ella no iba a marcharse de Rothesay en ningún caso. Había prometido a Arthur cuidar de Lily y esperarlo, y eso haría. En cuanto el laird llegara, volaría a suplicarles perdón a sus hermanas y les contaría todo.

O casi todo, pensó prudente.

Envió la carta y sintió un ligero alivio, lo que se le antojó una acción egoísta, ya que mientras sus hermanas tenían que encarar y enfrentarse a las maledicencias que andaban de boca en boca sobre ella, Ivy se ocultaba a salvo en Rothesay.

Capítulo 32

La primavera se dejó sentir temprano en Rothesay. Y aprovecharon para pasar más tiempo en el exterior. Ivy, a veces, se quedaba mirando durante un rato el camino de entrada por si un correo llegara trayendo una nueva carta de Arthur en la que les confirmase su regreso. No había recibido ninguna otra misiva de él y aunque no era del todo extraño que la correspondencia tardara en llegar desde lugares tan lejanos e incluso se extraviasen en el camino, le hubiera emocionado, sin duda, tener de nuevo un papel que plasmara sus pensamientos y anhelos.

Aquella tarde en la que sol despuntaba tímidamente y se hacía sentir su tibia caricia tras días gélidos, Eunice, Lily e Ivy vieron aproximarse un carruaje que avanzó por el camino hasta la entrada principal y se detuvo junto a ellas.

La portezuela se abrió e Ivy descubrió con asombro y una mezcla de temor como Jacob Archer se bajaba y ayudaba a su hermana Rose a salir del vehículo.

La institutriz estaba petrificada. El pastor saludó educadamente a la gobernanta y a la niña y se dirigió a Ivy. Clavó sus pupilas en las de la muchacha y le dijo:

—Ivy, mi querida niña, ¿no vas a darle un abrazo a tu padre?

Ella lo abrazó y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarse a llorar. En los ojos del hombre había descubierto dolor y tristeza, la necesidad de comprender... y la joven no sabía aún qué podría decirle. Se separaron; y mientras abrazaba y besaba a Rose, lo oyó preguntarle a Eunice:

—¿El laird de Rothesay se encuentra en casa?

Desearía hablar con él.

Poco después Ivy, Rose y Jacob se encontraban en la salita frente a una taza de té y algunos pastelillos que había llevado Eunice tras explicarle que lord Kendrick había salido de viaje hacia unos meses y no sabía, con exactitud, cuando regresaría.

Aquella era la situación más incómoda en la que Ivy se había encontrado jamás, y eso que acumulaba unas cuantas en su haber. Sirvió el té y engulló varios pasteles de forma inconsciente, como si teniendo la boca llena estuviera exenta de dar explicación alguna.

Sorprendentemente, Jacob solo habló de cómo se encontraba el resto de la familia y de generalidades. Ivy esperaba que en cualquier momento le dijera qué era lo que lo había hecho ir, aunque el hecho de preguntar por el lord al bajarse del carruaje le daba una clara idea de la preocupación que lo había llevado.

Mirar a Rose para intentar descubrir en su rostro alguna emoción que la orientara no le estaba sirviendo en modo alguno. La expresión de su hermana no dejaba traslucir nada en absoluto, como era habitual. Ella conseguía mantener sus acciones y pensamientos bajo control de una forma tan estricta como a Ivy le resultaba imposible hacerlo.

Al rato de una charla cariñosa, pero intrascendente, llegó Eunice y les informó de que les habían preparado sendas habitaciones para que

pasaran la noche y el tiempo que gustasen. La gobernanta les aseguró lo muy feliz que se debía sentir Ivy con su visita y se puso a su disposición para mostrarles sus alcobas por si querían refrescarse y descansar de tan largo viaje. Solo el reverendo aceptó la propuesta y subió a su habitación acompañado de la mujer, dejando a las dos hermanas a solas.

Cuando Jacob se hubo marchado, un pesado silencio se instaló entre ellas. La información sobre el estado de salud de su madre y hermanos ya estaba dicha, y también el resto de trivialidades sobre el tiempo y los últimos acontecimientos importantes en la vida de los Archer. Quedaba únicamente hablar del motivo que los había llevado hasta allí. Si hubiera sido una simple visita sin más, la hubieran avisado y, además…, Ivy no habría detectado rastros de dolor y decepción en la mirada de su padre.

Se puso en pie y comenzó a caminar hacia delante y atrás frente a los ventanales de la sala, pensando en qué decir, cuando la voz de Rose la sobresaltó.

—Así que es cierto, Ivy.

La institutriz suspiró, ¿por qué no le extrañaba que su hermana lo supiera? Miró a Rose con tristeza, pero sin asomo de arrepentimiento.

—Nos queremos, Rose, y vamos a casarnos.

El gesto sarcástico de la mayor al levantar la barbilla y sonreír la hirió profundamente.

—¿Y dónde está él ahora? —le preguntó.

—Está en América, pero volverá muy pronto.

—Oh, Ivy… ¿Cómo has podido ser tan tonta? Aunque vuelva no va a llegar a tiempo de… ¿Y por qué no hizo lo correcto antes de irse?

—Te lo explicaré, Rose. Él no es…

—Mi querida y pequeña hermanita —le dijo mientras la abrazaba y la reñía con suavidad, con voz emocionada y dolida—. ¿Acaso no te avisé? ¿No te conté lo suficientemente claro lo que ellos pretenden a nuestra costa… para después abandonarnos?

—¡Rose! —Ivy detectó en las palabras de su hermana un dolor que iba más allá de las convenciones sociales y que ahondaba en la propia

experiencia de ella. Se recriminó cuán poco sabía de su hermana y se preguntó si su perenne gesto hierático no ocultaba sufrimientos y experiencias sentimentales que nunca había compartido. Pero Rose la soltó y comenzó a contarle lo que su padre sabía, escondiendo así sus sentimientos.

—Oculté nuestra correspondencia, pero padre se acabó enterando por tía Henrietta. Sus amistades le contaron que la institutriz de lord Rothesay tenía un affaire con él y a resultas de eso su cuñada viuda se había visto obligada a dejar la mansión, para no sufrir de tan escandaloso... amancebamiento. Padre le suplicó a nuestra tía que no le dijera nada a madre, porque la mataría del disgusto. No quería creerlo, necesitaba hablar contigo, así que me pidió que lo acompañara y tomamos un tren en la estación de London Bridge. A mamá le dijo que había sufrido de pesadillas recurrentes en torno a ti y que se sentiría más tranquilo si te veía.

—¿Mamá lo creyó?

—Bueno, padre no es supersticioso, no presta atención a esas cosas, pero jamás miente, por lo que sí, lo creyó. Y no me extrañaría que fuera verdad, Ivy, porque desde que Myrtle y yo nos enteramos de los rumores, no dejamos de pensar en ti. Él me lo contó todo, como si yo no lo supiese, durante el trayecto.

Tuvimos la precaución de elegir unos asientos lo suficientemente discretos y apartados de los demás viajeros. Nos ha dejado solas con el propósito de que hablemos, pero si lo que yo le cuento no lo convence, hablará contigo y, por supuesto, con lord Kendrick.

—Pero él no está aquí ahora...

—Entonces te llevará a casa. No va a permitir que sigas aquí.

—No. No voy a marcharme. No voy a dejar a Lily sola, se lo prometí y..., créeme, es mejor que lo espere.

—Oh, Lily. Lo sé. Ya no necesitas que te explique nada de lo que sucede detrás de las puertas cerradas entre un hombre y una mujer, ¿verdad?

Ivy se mordió los labios para reprimir una sonrisa, aunque no pudo evitar que el rubor le coloreara el rostro.

—¿Es tan... evidente?

—Sí. —Rose la tomó de la mano—. ¿Te encuentras bien?

—Estuve algo mareada después de recibir tu carta —sonrió—, pero ahora que ya lo sabes, me siento mucho mejor. ¿Puedo preguntarte cómo lo has notado?

—Desprendes una luz especial y te delatan tus formas más contundentes... más... rellenitas.

—Es algo único, tan extraordinario... ¿Entiendes que no pueda volver, que tenga que esperarlo y que sienta que en el fondo no he hecho nada malo?

—Yo no soy quién para juzgarte, Ivy, pero espero que ese laird haga lo que debe... o se las verá conmigo.

—Solo necesito tiempo, Rose...

—Yo te ayudaré. Hablaré con padre.

Capítulo 33

Jacob Archer partió temprano, al día siguiente, después de haber hablado con Rose y haberse despedido de Ivy. La mayor nada le contó que pudiera perjudicar a su hermana pequeña e incluso lo alentó para que se marchara con la seguridad de que no tenía nada que temer. Le aseguró que el comportamiento de Ivy era el correcto, que debía permanecer en Rothesay, y le prometió que su hermana regresaría a casa en cuanto hubiera finalizado su contrato.

Ante la sorpresa del reverendo, Rose le solicitó permiso para acompañar a Ivy en Rothesay hasta que llegase la hora de partir. Mirándolo a los ojos, le pidió que confiara en ella. Jacob no las tenía todas consigo, pero el hecho de que el lord faltara desde hacía meses y de que su sensata hija Rose lo tranquilizara y le dijera que todo estaba bien lo convenció de darle una nueva oportunidad a Ivy.

Se marchó cabizbajo, pensativo, temiendo qué ocurriría si Eleanor se enteraba y él no la había llevado a casa. Sin embargo, Rose se quedaba por un motivo que él no alcanzaba a discernir con claridad, aunque lo imaginaba, y Jacob confiaba ciegamente en ella. Si pasado un tiempo no volvían al hogar, él regresaría a por ellas sin más tregua.

Después de la marcha del reverendo, Rose se desplomó sobre un

sillón de la salita y se echó a llorar.

Nunca le había mentido a su padre. No le había contado muchos acontecimientos importantes de su vida que la habían hecho sufrir, pero eso era distinto. Ahora le había mentido descaradamente. Y una nueva carga se sumó a las que ya arrastraba su conciencia.

Ivy se sintió destrozada al ver a su hermana sufrir. A petición de ella la acompañó por la tarde al pueblo, para asistir a una misa, y la esperó a que se confesara.

Cuando terminó y salieron al exterior, la cara de Rose estaba tan pálida que Ivy temió que se desmayase. Haber mentido a su padre por su causa le estaba suponiendo a la joven una dura prueba. E Ivy lo sentía en lo más profundo de su corazón.

Apenas hacía una semana de la llegada de Rose cuando esta oyó desde su habitación, situada junto a la de Ivy, grititos y exclamaciones de sorpresa.

Extrañada, salió al pasillo y oyó cerrarse con un sonido seco la puerta de su hermana. Lily no podía ser la que provocara esos gritos, ya que se encontraba en sus clases de equitación. Abrió la puerta, temiendo por su hermana, y la encontró abrazada y... devorada, casi literalmente, por un hombre alto y barbudo que la oprimía contra su cuerpo.

—¡Oh, por Dios! ¡Déjela en paz! —Rose se acercó dispuesta a golpear con su puño a aquel extraño.

El hombre despegó su rostro del de Ivy al oírla y la miró con una sonrisa.

—Tú debes ser Rose, si no me equivoco.

Ella no tuvo oportunidad de contestarle, ya que Ivy le anunció, radiante de felicidad:

—¡Es Arthur, hermana! ¡Ha vuelto, al fin!

Durante el almuerzo, tras ser correctamente presentados, el laird les contó que, después de solucionar ciertos problemas legales en Londres, había ido directo a casa de los Archer, había solicitado una entrevista con el reverendo y le había pedido la mano de su hija pequeña. A Arthur le impresionó el hecho de que el sacerdote no

pareciese sorprendido ante su requerimiento, más bien daba la impresión de haber estado esperando esa conversación. El señor Archer le dio su bendición, siempre y cuando Ivy estuviera de acuerdo.

Arthur marchó a Rothesay sin perder un segundo de tiempo; y se disponía a plantearle a Ivy su propuesta, por la vía de la persuasión más sensual, cuando entró Rose en la habitación. El reverendo ya le había contado que habían estado allí, sumamente preocupados por unos rumores sobre Ivy que esperaba que lord Rothesay pusiera fin lo antes posible, y que su hija mayor Rose se había quedado acompañando a su hermana.

Así que Arthur no había esperado un minuto más para pedirle la mano a Ivy, y, aunque en principio pretendió algo íntimo, ahora se había convertido en una petición pública seguida muy de cerca por el resto de los comensales sentados a la mesa: Lily y Rose.

Tras contarle su encuentro con su padre y su propósito, al laird no le quedó más que aguardar la respuesta de Ivy. La muchacha decidió hacerlo esperar mientras le lanzaba una de sus miradas brillantes en las que le prometía las delicias del paraíso, al tiempo que él se consumía de impaciencia al igual que el resto de los asistentes. Lily aguantaba las ganas de saltar de alegría y Rose lo miraba como calibrando qué clase de hombre sería para su hermana, teniendo en cuenta que había comenzado la casa por el tejado.

El rotundo «sí» de Ivy llenó a todos de alegría y un suspiro de alivio se escapó de la garganta de Rose.

Arthur tomó una mano de su enamorada y la besó, y Lily se levantó para abrazarlos llena de contento, cuando se oyó la voz seria de Rose, que les advertía:

—Más vale que no tardéis mucho en celebrar los esponsales.

Era noche cerrada y ya estaban todos en la cama desde hacía un buen rato, cuando Ivy salió al encuentro de Arthur, quien recorría el pasillo en dirección a su habitación. Le hizo un gesto de silencio con el dedo posado sobre sus labios y se encaminaron de nuevo a la alcoba del caballero. Cerró la puerta tras ella.

—No me fio de Rose —le dijo a Arthur—, es capaz de entrar en mi habitación a medianoche a ver si estás.

—¿Y si no te ve en la cama?

—No creo que se atreva a asomarse a tu habitación, aunque quién sabe... Además, esto solo va a suceder esta noche. —Rio, tomándolo de la mano para guiarlo hasta la inmensa cama adornada con un imponente dosel—. Me temo que en las siguientes y hasta nuestra boda deberemos ejercer una piadosa abstinencia tal y como se espera de nosotros.

—Entonces, tendremos que hacer caso a tu hermana y aceptar su sugerencia de que se realice cuanto antes.

No podría estar más conforme, aunque me temo que ella no confía demasiado en mí.

—No es eso, Arthur. Es que muy pronto va a ser más que evidente y...

—¿Qué me quieres decir, Ivy? ¿Qué va a ser evidente...? — La miró emocionado—. ¿Estás...? ¿Es posible...?

—Tienes que reconocer que cabía la posibilidad de... sí, Arthur, estoy esperando un hijo. Y me temo que todos van a saber que fue concebido antes del matrimonio.

—¡Oh, al diablo todos! ¡Esto es lo más maravilloso que me ha sucedido nunca! Un hijo, tuyo y mío, Ivy. ¡Voy a ser padre!

La joven se acercó a él y reposó la cabeza contra su pecho mientras dejaba que el laird la envolviera con su calor y sus brazos.

—Debes cuidarte mucho ahora. Si lo prefieres, te dejaré dormir...

—¿En serio? Llevo meses soñando contigo, deseando que me hagas morir de amor, y ahora que al fin te tengo... ¿vas a dejar que me duerma?

—Eso es un «no» contundente, nada de dormir, entonces. Tus deseos serán satisfechos, querida —le dijo besándola sensualmente en el cuello.

Ella suspiró y se dejó caer sobre el colchón, mientras él continuaba su recorrido de besos y caricias ardientes.

Le desabotonó el camisón y ella se arqueó para quitárselo, mientras él no apartaba los ojos de su amada y se deshacía de su

camisa y del pantalón. Una vista gloriosa del cuerpo amado dio la bienvenida a Ivy, quien se recostó sobre sus codos para no perderse nada.

Después de desprenderse de su ropa, Arthur se reclinó y comenzó a besarle el empeine para ir subiendo lentamente por sus piernas hasta la cara interna de los muslos y alcanzar su intimidad, húmeda y ávida de placer.

Ivy se arqueó sobre las sábanas. Recorría el cabello masculino con sus manos y se mordía los labios para no gritar de placer. La intensidad de los envites de la boca del hombre contra ella fue en aumento hasta que no lo soportó más y se dejó ir, aliviada, extenuada, rota de satisfacción. Pero él no le dio tregua. Ella sabía que no se la daría en toda la noche y jadeó excitada. Sintió sus labios húmedos subir por su vientre y atrapar primero un pezón, para lamerlo con avidez, y luego otro. Cuando sus labios subieron por su cuello, ella le suplicó al oído.

Quería sentirlo por completo, atesorarlo en su interior, que la desbordara de placer. Él obedeció.

Lo sintió dentro, ardiendo, meciéndola con movimientos contundentes. Él la poseía y ella no le permitía otra opción, atrapado entre sus piernas. Una cadencia de goce y cariño infinito los mantuvo en vilo, con la piel enfebrecida y la respiración jadeante, durante un buen rato, para finalmente liberarse y dejarlos ahítos de amor y gozo.

Iba a resultarles muy difícil mantener la abstinencia a partir del día siguiente, pero, por si acaso la llevaban a cabo, aún tenían una larga noche por delante para compensar.

Capítulo 34

Lentamente, la respiración fue sosegándose y los latidos del corazón volvieron, poco a poco, a su ritmo normal. Arthur e Ivy descansaban uno junto al otro, las pieles brillantes, sudorosas, febriles. Ella le acarició la barba de semanas y él se excusó:

—Mañana me desharé de ella, te lo prometo. Tenía tanta ansia por llegar que no quise perder un segundo…

—A mí me gustas así, pero creo que Lily preferiría que te afeitaras... Arthur, te he echado tanto de menos...

¿Has conseguido solucionar los problemas con Rothesay... y con Victoria?

Arthur suspiró.

—He hecho todo lo posible. Tuve que viajar hasta Jamaica para poder vender mis propiedades allí y en Haití al mejor precio posible, sin intermediarios entre continentes y sin pérdida de tiempo. Conseguí, además, un buen préstamo por parte de un conocido en Kingston, que tendré que devolver con unos intereses más que aceptables, mucho mejores que los que me ofrecen los bancos ingleses. Mi aval es Rothesay, por lo que no voy a desprenderme de ella como pensé al principio. Sin embargo, no podremos seguir viviendo aquí, amor mío, ya que la he alquilado como estancia de recreo a unos comerciantes de Bristol. Será triste tener que embalar y guardar parte de los muebles y dejar de residir aquí durante unos años, pero ese alquiler me permitirá ir pagando el préstamo, y dentro de un tiempo Rothesay volverá libre de cargas a nuestras manos. He pensado que podríamos mudarnos al pueblo, a alguna casa que nos permita establecernos con comodidad a los tres. Nos llevaremos a Eunice, a la cocinera y un par de sirvientes más, creo que serán suficientes. No podremos vivir con grandes lujos...

—¿Bromeas, Arthur? En casa no teníamos sirvientes, alguna ayuda ocasional y ya está. Todos colaborábamos para que mamá no se tuviera que ocupar más que de la cocina. Te aseguro que lo que propones me parece más que suficiente para los tres, bueno, en realidad, para los cuatro... —Sonrió y se acarició el vientre. Arthur puso una mano sobre la de ella y la besó con dulzura en los labios—. Lo realmente importante es... ¿qué va a pasar con Lily? Das por sentado que ella vivirá con nosotros...

—Así será, Ivy. Tan pronto llegué a Londres, hablé con Victoria. Estaba sumamente enfadada conmigo por mi situación económica. Al parecer se ha informado muy bien de mis circunstancias financieras y soy un tipo muy poco interesante. — Arthur soltó una carcajada—. Me dijo que había perdido el tiempo en Rothesay creyendo que aún era rico. Le ofrecí todo el dinero que había conseguido con la venta de mis tierras en las islas a cambio de que firmara la renuncia total a la tutela de Lily y que esta pasara a mis manos. Le aseguré que no podía ofrecerle más, puesto que todos mis bienes en Rothesay estaban hipotecados. Ella ya lo sabía.

—¿Y...?

—Aceptó sin dudar. Firmamos el documento ante un notario. Lily pasa a ser responsabilidad mía exclusivamente. Ella puede solicitar el derecho a verla, a lo que yo no me opondré si la pequeña así lo desea, pero nada más. No volverá a amenazarme con quitármela y Lily no tendrá que temer nunca más que su madre se la vuelva a llevar.

—Oh, Arthur... Es triste que algo así suponga un alivio para todos, que Victoria se desentienda de la responsabilidad de su propia hija.

—Es lo mejor para mi sobrina y para ella. No todo el mundo es capaz de ciertos sacrificios.

—¿Se lo dirás a Lily?

—No le explicaré los detalles, pero sí le comentaré que ya no tendrá que preocuparse porque su madre la aleje de Rothesay o de nosotros. Tendré que contarle, también, que nos tendremos que mudar a una casa mucho más pequeña en el pueblo y que podrá ir a la escuela junto a otros niños.

—Va a ser emocionante para ella, Arthur.

—Nos llevaremos el piano y así podréis seguir practicando con el señor Wayne. No dejarás de verlo y seguirán teniendo esas charlas que te divierten tanto.

—Arthur Kendrick..., ¿estás sugiriendo alguna tontería o nada más estás celoso?

El laird rio divertido.

—Solo te tomaba el pelo, Ivy. Lo que siento por ti está por encima de sospechas e infundios sin sentido.

Además, creo que soy suficientemente correspondido...

—¿Solo «suficientemente»? —preguntó Ivy fingiendo enojarse—. Yo diría que estás siendo «ampliamente» —recalcó— correspondido. —Y se recostó sobre el hombre, atrapándolo con una de sus piernas. Arthur la tomó por la cintura y la sentó a horcajadas encima de él.

—Esta es mi idea de una correspondencia completa

—le dijo.

—No tiene ni idea, lord Kendrick —le susurró Ivy, moviéndose voluptuosa—. Voy a mostrarle cómo puede corresponderme totalmente.

Capítulo 35

La boda tuvo lugar una preciosa mañana de primavera en la que el cielo, de un azul límpido y sin nubes, permitió que resplandecientes rayos de sol caldearan la bonita ceremonia que tuvo lugar en los jardines de Rothesay. Los esponsales fueron oficiados por el padre de la novia, el reverendo Archer, que tuvo como ayudante a su hijo mediano Jake.

Ivy acudió al altar —acompañada de la música nupcial que Clayton Wayne tocaba al piano— de la mano de su hermano mayor Bellamy, quien lucía sus mejores galas militares, y allí la esperaba Arthur, escoltado a su vez por Eleanor Archer y el resto de sus hijos. Ivy llevaba el precioso vestido blanco de seda que le había regalado Arthur hacía unos meses y que había sufrido algún arreglo para que encajara perfectamente en las nuevas formas más redondeadas y curvilíneas de su cuerpo. Un elegante recogido del que caían unas favorecedoras ondas sobre la espalda resaltaba su precioso pelo cobrizo.

Lily esperaba de pie en la primera fila, junto a Eunice y el resto del clan Archer, y se sentía la niña más feliz del mundo. Por ella, Arthur había aceptado la sugerencia de Ivy de invitar a su madre, aunque esta había declinado la propuesta, algo que por otra parte Arthur imaginaba que haría. La causa, según había escrito Victoria, era que ella misma se encontraba preparando su propia boda, pues había aceptado el compromiso propuesto por un duque sexagenario de enorme fortuna. Victoria había decidido que la diferencia de edad entre los dos no le iba a impedir disfrutar de los placeres ilimitados que la riqueza de su futuro marido le podría ofrecer.

A Arthur, aquel compromiso no le resultó sorprendente. Él sospechaba que tarde o temprano algo así acabaría ocurriendo y le alegró sobremanera el hecho de que, en pocas semanas, el título de lady Kendrick no sería compartido y solo su esposa lo llevaría.

Después de la ceremonia, la familia y los invitados disfrutaron de un almuerzo en los hermosos jardines de Rothesay. Gracias a esto, Arthur tuvo la oportunidad de conocer mejor al resto de los hermanos Archer, además de a Rose, quien tras la boda había comenzado a mirarlo con mejores ojos. Todos le parecieron encantadores; a sus hermanos Myrtle y Percy y a su madre y a su padre ya los conocía, pues llegaron días antes para ayudar con los preparativos. Bellamy y Jake arribaron el día anterior y le causaron una muy buena impresión a Arthur, pero quien desveló ser un personaje realmente peculiar fue la tía Henrietta, quien no paró de comentar a todos cuantos estuvieron dispuestos a oírla que ella ya sabía que su sobrina favorita Ivy era una muchacha con unas virtudes extraordinarias y que por ello iba a acabar realizando un muy buen casamiento. Teniendo en cuenta lo que la joven le había contado sobre la buena mujer, era cuando menos sorprendente el cambio de opinión que había experimentado en tan corto espacio de tiempo.

Probablemente, cuando el próximo mes desalojaran Rothesay para trasladarse a una casa más pequeña, la opinión de Henrietta sobre el laird disminuiría bastante.

Una vez acabado el almuerzo formal, los invitados se quedaron a charlar de forma distendida mientras se servían copas de licor, postres y dulces variados. La mayoría se quedaría a pasar la noche y volvería a su casa por la mañana. Arthur buscó a Ivy con la mirada y la vio hablando con su tía Winifred y, algo más lejos de ellas, percibió a sus primas Margaret y Emily, quien, para sorpresa de todos, había ido acompañada de su esposo Dylan Murphy.

—Mi querida Ivy —le decía Winifred a su sobrina Ivy—, ayer no tuve ocasión de hablar contigo, llegamos muy tarde, como sabes, y no pudimos conversar a solas, pero no quisiera marcharme de Rothesay sin pedirte disculpas por mi comportamiento y el de mis hijas en Arlington Row. Me siento tan avergonzada… Nunca debí dudar de tu palabra y creer lo que ese insulso de Gunn iba contando por ahí. Los hijos de mi hermana Eleanor tienen a la mejor de las madres y la autoridad de un padre respetado, y no debí, por tanto, poner en tela de juicio tu palabra. Ya ves qué falta le hubiera hecho a Emily la autoridad de un padre…, pero yo no supe prever que se acabaría escapando a Gretna Green para casarse a mis espaldas, tras denegarle el permiso para matrimoniar con ese irlandés. En fin… lo hecho, hecho está, y aunque me avergüence, he decidido volver a acogerla en mi casa. Parecen felices, y al menos una de mis hijas podrá hacerme abuela.

Emily se acercó en ese momento hasta donde su madre se confesaba ante Ivy. Winifred, aliviada al asegurarse de que su sobrina no le guardaba rencor, se marchó y las dejó a solas.

—Ivy, me siento tan feliz por ti. ¡Ya estamos las dos casadas! —exclamó tomándola de las manos—. Tu boda ha sido toda una sorpresa.

—Podría decir lo mismo de la tuya, Emily.

—Oh, sí. Tuvimos que hacerlo a escondidas, aunque fue tan emocionante... Mamá no hubiera consentido jamás que me casara con alguien como Dylan, un maestro carpintero, pero te aseguro que es realmente bueno en lo suyo y nunca va a faltarle el trabajo, así que estaremos bien. Desde luego, no viviremos en una mansión como esta, pero ¿sabes, Ivy?, no me importa. Es tan reconfortante tener a alguien con quien dormir por las noches y con el que compartirlo todo... Bueno —la miró pícara—, ya sabes lo que ocurre tras la puerta cerrada la noche de bodas. ¡Qué tonta soy! Tú aún no lo sabes. No te preocupes, si quieres, puedo contártelo todo...

Ivy se apresuró en contestar:

—No es necesario, Emily. Prefiero que sea una sorpresa.

—¿Estás segura? ¿No quieres saber... alguna cosa?

—No. Deseo abrir la misteriosa puerta y dejarme llevar...

—Claro, querida, como quieras. Después de todo, ir descubriendo poco a poco los misterios del matrimonio junto a lord Kendrick deberá resultarte muy agradable —dijo riendo y tapándose la boca con una mano.

—Estoy segura de ello. —Rio Ivy a su vez.

—Mi querida prima —continuó Emily—, perdóname por no haberte podido traer un regalo que estuviera a la altura de lo que te mereces, pero te prometo que cuando estés esperando tu primer hijo, Dylan te construirá la cuna más bonita del mundo. Ya lo hemos hablado. La de mi hijo y el tuyo serán iguales —le prometió. Ivy se preguntó qué pensaría su prima cuando en breve le escribiera contándole que estaba embarazada y diera a luz a los cinco meses y medio después de casarse. Se encogió de hombros. Lo hecho, hecho estaba, como le había dicho su tía Winifred, y si era algo tan maravilloso como lo que le estaba sucediendo, mucho mejor.

Emily continuó con la conversación.

—Te he traído algo que dejaste en mi casa cuando te marchaste, en fin, por mi culpa... Me porté tan mal... No me guardas rencor, ¿verdad, Ivy? Eres demasiado buena para hacerlo. Comprendí que me había comportado como una persona horrible y pensé que, con la excusa de devolverte el chal, podría ir algún día a tu casa a hablar contigo. Apareció Dylan, el tiempo pasó y todo se complicó, pero no he olvidado traerte el pañuelo blanco con las flores bordadas que llevaste a mi casa.

—¡Emily! ¡Ese es el mejor regalo que me podías hacer!

Ese pañuelo es de Rose y le tenía un gran aprecio. Estaré encantada de devolvérselo.

—Eso sería estupendo, Ivy, pero no se te ocurra ahora ir a contárselo. —La joven la miró interrogante—.

Mírala con disimulo, está justo detrás de ti, un poco más lejos, ¿la ves? Lleva horas hablando con Mathew Muir.

—Eres una exagerada. Ha estado hablando con Sophie mucho más tiempo. Por cierto, yo sí me siento como si hiciera horas que no hablara con mi esposo.

Creo que iré a buscarlo. —Ivy paladeó aquella palabra nueva en su vocabulario. «Mi esposo» sonaba muy bien.

Contempló disimuladamente a Rose, que lucía preciosa con un vestido turquesa que resaltaba su tez pálida y su cabello oscuro, y sonreía alentada por las palabras del caballero.

Todo estaba bien ahora. Al fin la pequeña insensata, despistada y expresiva Ivy había hecho las cosas bien, pensó. «Más que bien», se corrigió. Y suspiró hondo.

También puede que resoplara un poco, aunque con disimulo, cuando vio como la tía Henrietta se dirigía decidida hacia ella con un millón de preguntas escritas claramente sobre su rostro.

Capítulo 36

Los últimos invitados se habían marchado por la mañana. La familia más cercana había permanecido con ellos un día más tras la boda, pero habían considerado que ya era hora de que comenzaran su matrimonio en solitario, y después de prometer próximas visitas habían partido. Ivy había subido a descansar después del almuerzo y había llevado a Lily a su habitación para la siesta. Eunice se encargaría de despertar a la niña a tiempo para sus clases de música con Clayton Wayne. La joven se sentía tan cansada después de tantos días de preparativos que dudaba que pudiera levantarse a tiempo.

Cuando por fin se despertó, se sintió mucho mejor y más descansada y bajó a buscar a Arthur. Sabía que él se estaba encargando de la mayor parte de los preparativos de la mudanza y quiso ofrecerle su ayuda.

De la sala de música salía el tono alegre de una melodía al piano; y aunque se encaminó hacia allí, al pasar por la biblioteca y ver la puerta entornada, decidió entrar.

Arthur, que se encargaba personalmente de embalar los libros que se llevaría a su nueva casa, no la oyó entrar. Y ella pudo contemplarlo bajo la luz del enorme ventanal del fondo, con el pelo oscuro alborotado cayéndole sobre la frente, el perfil de su rostro sin huella de barba, mostrando los signos de concentración en la tarea, vestido con un chaleco sin mangas abierto sobre una sencilla camisa blanca y unos elegantes pantalones oscuros.

Ivy cerró la puerta sin dejar de observarlo y él levantó la cabeza para encontrarse con sus ojos.

—Mi querida esposa, ¿ya te encuentras mejor? —Se interesó, levantándose y yendo a su lado.

—Me siento fresca como una rosa y descansada, aunque últimamente siempre tengo mucho sueño.

—¿Tendría que llamar al doctor?

—Claro que no, esposo, es normal en mis circunstancias —le dijo y se rio.

—¿Se puede saber qué es tan divertido? —preguntó él tomándola de la cintura.

—Llamarte «esposo». Aún no me acostumbro. Me suena raro y...

excitante.

Arthur hundió su rostro en el cuello de ella y comenzó a recorrerlo con su lengua.

—Eso está muy bien.

—Hay mucho por hacer y creo que te estoy distrayendo, ¿no prefieres que te ayude? Nos quedan pocos días para mudarnos...

—No me importan estas distracciones, Ivy. Son siempre bienvenidas... —le dijo sin dejar de besarla.

—¿Crees que Lily se adaptará bien a la escuela?

—Seguro que sí, querida. —Y, soltándola de su abrazo, la tomó de la mano y la sentó en el sofá, acomodándose junto a ella—. Dime qué te preocupa.

—Es solo que... bueno, cuando llegué a Rothesay, Lily era una niña temerosa de cualquier cambio o persona extraña. Y ahora vamos a obligarla a ir a un lugar distinto, con gente que no conoce... A veces dudo...

—Lily ya no es aquella niña, Ivy. Gracias a ti. Sabes tan bien como yo que será capaz de superar el temor de los primeros días y le irá bien aquel entorno con otros niños de su edad.

—Yo podría seguir dándole clases.

—Estoy seguro, pero no quiero que te fatigues, quiero que descanses. Además, en unos meses dedicarás mucho tiempo a nuestro hijo y sería conveniente que Lily ya estuviera acostumbrada a la rutina de la escuela.

—Lo sé, Arthur. Me tranquiliza tu seguridad sobre Lily... Y pensar que llegué aquí por casualidad. Tengo que confesarte que, si no hubiera sido por Christopher Gunn, no hubiera venido hasta Rothesay. ¿Puedes creerlo?

—¿A qué te refieres, querida?

—Gunn impidió que yo fuera maestra en el internado de Mowbray. La directora me escribió diciéndome que el número de matrículas había caído y ya no iban a necesitarme durante ese curso. Aquello no podía ser cierto y sospechamos que lord Gunn tuvo alguna influencia,

ya que su padre y la directora se conocen.

—¿Y eso te hizo tomar la decisión de venir?

—Así fue, ya te dije cuando me lo propusiste en Arlington Row que me había comprometido con ellos.

La mirada traviesa de Arthur y su sonrisa burlona provocaron en Ivy una cadena de pensamientos que la hicieron abrir desmesuradamente los ojos y taparse la boca con la mano, incapaz de creer lo que estaba sospechando en ese momento.

—¡Fuiste tú! —lo acusó—. No fue lord Gunn. Fuiste tú, Arthur Kendrick, el que habló con la directora para que no me contratara. ¡Oh, eres un bribón!

—Ivy, mi amor, hubiera hecho cualquier cosa porque fueras tú la institutriz de Lily. Le ofrecí un generoso donativo al centro a cambio de que te dejaran en libertad durante un año. Tengo que decir que los dejaste impresionados, pues les hablé maravillas de ti. No cabe ninguna duda de que estarían más que encantados de contratarte. Incluso puede que vuelvan a escribirte, pero tendrán que pasar sin tu presencia. Vas a estar muy ocupada estos próximos meses.

Ivy se levantó ágilmente del sofá.

—Arthur, eso no estuvo bien, aunque los motivos fueran loables.

—No podría disculparme. Lo haría una y mil veces, por Lily y... por mí. No tienes ni idea de cuánto me atraías... puede que ni yo mismo lo supiera a ciencia cierta, pero tenía claro que no quería dejar de verte.

Fuera como fuese, quería tenerte cerca.

—Arthur...

Ivy se acercó a él y se sentó en su regazo. Tomó su rostro entre sus manos y lo besó con ternura. Él correspondió a su beso con pasión. Cuando finalmente desunieron sus labios, él le preguntó:

—¿No estás enfadada, entonces?

—¿Te he parecido enfadada? No estuvo bien, pero si no hubiera sido por... tu intervención, no te hubiera conocido y tú y yo no estaríamos...

—Creo que no comenzamos muy bien nuestra relación, pero, sin lugar a dudas, nuestro destino era estar juntos.

—Eso es bonito, Arthur. Sí, no comenzamos muy bien, eras un gruñón y un salvaje de mucho cuidado…

—Y tú me has domesticado…

—Solo en apariencia —le contestó ella mirándolo con un brillo pícaro en los ojos—. Todos ven al encantador caballero, pero solo yo veo al indómito escocés que se esconde bajo toda esa ropa.

—Ivy —susurró con voz cargada de deseo, mientras le mordía con suavidad el lóbulo de la oreja—, no pretenderás que siga embalando libros después de esta conversación, ¿verdad?

La risa de la joven resonó cristalina junto a su boca, y el indómito y salvaje caballero inició un contenido cortejo amoroso en el que evitó destrozarle la ropa a su esposa y optó por desvestirla poco a poco, aunque la excitación alcanzada por ambos hizo innecesario, finalmente, el desprenderse de todo el vestuario, para encontrar formas de amarse y desahogarse a placer, sin que fuera necesario, en última instancia, el sacrificio de desvestirse.

Capítulo 37

Arthur depositaba la pluma en el tintero después de haber firmado los últimos documentos que lo liberaban definitivamente de todos sus préstamos en las islas americanas. Ivy, junto a él, contempló la firma y la fecha: 1 de mayo de 1863.

Siete años habían pasado desde que Arthur viajara solo a las Antillas, vendiera sus tierras y contrajera un préstamo que le permitió reflotar Rothesay y, sobre todo, conseguir la tutela de Lily. Esta tenía ahora catorce años y era una preciosa y sensata muchachita que se había quedado acompañando a sus hermanos, que era como consideraba y se llamaban entre ellos Lily y los hijos de Ivy y Arthur: Emma, que en agosto cumpliría siete años, y Graham, que en diciembre, como Lily, cumpliría cuatro. Los niños se habían quedado a cargo de sus hermanas y de sus familias, algo que les había encantado, y sus padres habían cruzado el Atlántico hasta Jamaica para saldar

definitivamente los préstamos.

Arthur tuvo especial interés en viajar con Ivy para mostrarle una tierra que ella una vez confesó que le gustaría conocer, pero que no creía que lo hiciera nunca.

A partir de ahora y con la economía de Rothesay de nuevo a flote, Arthur prometió a su bella esposa que viajarían tanto como fuera posible.

De momento, se hospedaban en Kingston, donde él le mostró algunos de los lugares que recorrió durante los ocho años que vivió en aquellas tierras. En unos días volverían a embarcar rumbo al continente cargados de regalos para todos, con el propósito de llegar con tiempo más que suficiente parar preparar la nueva mudanza a Rothesay y poder celebrar el cumpleaños de Emma allí.

Iba a ser toda una aventura para los más pequeños, que no habían visto la residencia por dentro mientras estuvo alquilada. Ahora la propiedad regresaba a sus manos libre de cargas, y todos juntos iban a vivir de nuevo en el hogar familiar, el que un antepasado lejano había empezado a construir, el que les había pertenecido durante generaciones y que, afortunadamente, Arthur, pudo conservar.

Les llegó una carta de Lily a una dirección de correos que Ivy les había dado para que pudieran escribirles. Era algo engorroso estar viajando a diario hasta allí para ver si había llegado algo, pero no querían estar sin noticias de los suyos.

En la carta, Lily les contaba que había visto a su madre en Londres, durante un paseo que dieron con los abuelos Eleanor y Jacob. Habían mantenido una conversación muy correcta. Victoria le había dicho lo bonita que la veía y le había pedido que la visitara alguna vez, siempre con previo aviso, ya que tenía una vida bastante ajetreada y casi nunca se encontraba en casa.

Se había quedado viuda recientemente de su anciano marido; y después de muchos años enclaustrada junto a él, dedicada en cuerpo y alma a cuidarlo de sus muchos achaques, su fallecimiento había resultado una liberación que había empezado a disfrutar sin pérdida de tiempo.

Lily les refería, además, que todos estaban bien, aunque los echaban mucho de menos, y que Eunice no paraba de hablarles a los pequeños de lo maravilloso que sería volver a Rothesay, con sus magníficos jardines, su caballeriza y su sinfín de habitaciones donde

podrían dedicarse a pintar, a leer, a jugar o a lo que quisieran durante las tardes de invierno.

Lily, además, les habló del bosque cercano y de su desastrosa experiencia cuando se adentró en él y les recomendó encarecidamente que no se acercaran. Les propuso, en cambio, el juego del escondite. Jugarlo en Rothesay era mucho más divertido que hacerlo en su pequeña casa, y ella se lo mostraría en cuanto se mudaran de nuevo.

Arthur e Ivy se miraron tras la lectura de la carta y decidieron que la estancia por placer ya había terminado y que sería mejor volver a casa e instaurar unas cuantas normas nuevas en lo que se refería a Rothesay.

Aquella noche, la última que pasarían en la isla, hicieron el amor a la luz de la luna, frente a un enorme ventanal que mostraba la costa en todo su esplendor. La casa, situada en una alta loma, se alzaba vigilante sobre enormes campos de árboles frutales, limas, cocoteros, palmeras que descendían en pendiente hasta llegar a una playa de arena dorada que era bañada por un agua azul casi transparente.

Arthur, cansado y satisfecho, acogió a Ivy —quien lucía un sano rubor en su rostro, y el cabello suelto, despeinado— entre sus brazos y contemplaron el hermoso paisaje bajo el filtro de la luz de la enorme luna caribeña.

—Arthur, esto es precioso. La naturaleza en estado salvaje, estas vistas y este clima...

—No siempre es así, Ivy, no la conoces en temporada de huracanes.

—Sí, pero... aun así, ¿nunca pensaste en quedarte a vivir aquí, en esta tierra?

—Quizá lo hubiera hecho si no hubiera tenido que regresar a Escocia, pero nunca la había visto con los ojos con la que la miro ahora junto a ti. Tú haces que la contemple con magnanimidad y descubra su belleza, pero cuando llegué por primera vez hace muchos años, después de rondar errante de un lado a otro, me quedé porque sentí que era una tierra salvaje y desafortunada, que pese a su esplendor atraía a los tipos más viles, a los que iban huyendo incluso de sí mismos. Sentí que este era el sitio para alguien atormentado como yo. Ahora ya puedo mirarla con el desprendimiento con el que tú lo haces y descubrir la belleza que hay en ella. Pero... nada es

comparable a Rothesay, ¿no sientes deseos de vivir de nuevo en nuestro hogar?

—Me he sentido muy cómoda todos estos años en nuestra casa del pueblo, aunque ya se nos ha quedado pequeña, pero entiendo que quieras regresar a tu hogar, Arthur.

—Nuestro hogar, Ivy, tuyo y de los niños... y ¿sabes que me apetece muchísimo? —Ivy negó con la cabeza sonriendo—.

Volver a practicar ese juego del escondite. De repente, al escucharte mientras leías la carta, me entraron unas ganas inmensas de cogerte de la mano, como aquella vez, y volver a meternos dentro del armario de la entrada, ¿lo recuerdas?

—¿Cómo iba a olvidarlo? Aún me avergüenzo al acordarme de cómo nos pilló Eunice...

—Tenemos una situación dentro de ese armario pendiente de resolver, querida... Quién sabe lo que hubiera sucedido si no nos hubieran descubierto...

Ivy rio de buena gana.

—No quiero ni pensarlo, probablemente hubiéramos comenzado nuestro indecente comportamiento mucho antes. Yo me sentía como enajenada junto a ti...

—¿Puedo preguntarte si es algo que aún te ocurre?

Su esposa lo miró con una sonrisa que lo fascinaba.

—Ocurre a veces, pero creo que he aprendido a manejarlo —presumió.

—¿Estás segura? —curioseó él con una sonrisa malévola, a la que ella respondió mordiéndose los labios en un gesto extremadamente sensual—. Veamos... —Y se situó encima de ella apoyado sobre sus firmes y musculados brazos, mientras comenzaba a besarla en la boca y continuaba bajando por su cuello, lamiendo el hueco de la clavícula hasta llegar a sus senos y sorberlos con ansia.

—Oh, te advierto que no me encuentro en disposición de ser fuerte y puede que al final me enajenes tanto que acabe gritando, lo que no sería muy propio de una lady escocesa.

—Puedes hacerlo tanto como quieras, mi amor. De hecho, estoy más que decidido a hacerte gritar, teniendo en cuenta que no estamos en Escocia y por aquí cerca no hay nadie…

—Eres un auténtico salvaje, lord Kendrick. Lo descubrí la primera vez que te vi, y después no me engañaron tus modales de caballero, pero me encanta.

Te aseguro que vas a rugir y clamar tanto como yo… ¡Ah, mi amor!

Fin

Nota de autora.

Estimada lectora, estimado lector, si has llegado hasta aquí, espero que hayas disfrutado de la lectura y Seducción escocesa haya servido para entretenerte, hacerte pasar un buen rato lejos de preocupaciones y soñar con amores apasionados en tiempos lejanos.

Si he conseguido que te encariñes con su protagonista, Ivy, quizá quieras saber más de sus hermanas y hermanos. En septiembre, te contaré la historia de amor de Rose Archer en Un castillo en las Highlands, y en noviembre será el turno del hermano mayor, Bellamy Archer, capitán de la Marina Real inglesa con destino en Gibraltar. ¿Querrás conocerlos?

Me encantará leer tu opinión y comentarios sobre la novela. Me encontrarás en Instagram en

@evangeline.cruz_, y en Facebook: Evangeline Cruz.